

CCIO

ANICIS

ITALIA

2

AL
DG424

A4

v.2

R. C.



1020025081

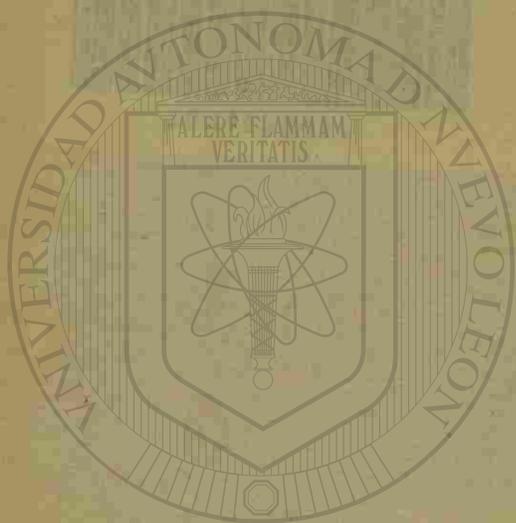


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





A LAS PUERTAS

DE ITALIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE D. H. GINER DE LOS RIOS
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

- El Colegio de Bolonia*, (en colab.), obra ilustrada, ptas. 6,50
Filosofía y Arte, con un prólogo de D. N. Salmeron, 3,50
Elementos de Filosofía moral, para la 2.ª enseñanza. — (Agotada)
Biología y Ética, (2.ª ed.), para la 2.ª enseñanza, 3.
Programa de Filosofía moral. — (Agotada).
Programa de Psicología, Lógica y Ética, 1.
Programa de Biología y Antropología, 1.
Proyecto para el ingreso en el Profesorado libre, etc. — (Agot.).
Teoría del Arte e Historia de las Bellas Artes en la antigüedad,
con un Programa de Arte y su historia, 1,50.
La Enseñanza obligatoria, trad. de Tiberghien (2.ª ed.), 2,50.
Moral elemental para las escuelas, id. de id., 2,50.
Krause y Spencer, id. de id., con una biografía del autor, 2.
Mendelssohn, id., con una *Historia abreviada de la música*, 1.
Paris en América, por Laboulaye. id. (2.ª ed., Gaspar), 1,25
Discordia entre la Iglesia y la Italia, trad. del italiano, 2,50.
Pío IX y su sucesor, por Bonghi, trad. del italiano, 3.
Leon XIII y la Italia, por el mismo. id. id., 2.
Poesías de Rios Rosas, publicadas por H. G. — (Agotada).
Fragmentos, reseñas y traducciones, por H. G. — (Agotada).
Amicis. — 1870 y 1871. *Recuerdos*; un vol., ptas. 3.
Amicis. — *Constantinopla*; 2 tomos, 5.
Amicis. — *Holanda* (en colaboración), un vol., 4.
Amicis. — *La vida militar*. *Boecios*; un vol., 5.
Amicis. — *La vida militar*. *Nuevos boecios*; un vol., 3.
Amicis. — *Novelas*; un vol., 3.
Amicis. — *Páginas sueltas*; un vol., 3.
Amicis. — *Retratos literarios*; un vol., 3.
Amicis. — *España*; un vol., 3,50.
Amicis. — *Italia*; 2 tomos 6.
Rios Rosas, *Poesías* (2.ª ed.) — Un vol.

- Milton*, drama en un acto, original y en verso, 1.
Historia de un crimen, drama en tres actos y en prosa, 2.
A tiempo, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.
El último sacrificio, drama en un acto y en verso (id.), 1.
Los parientes del difunto, sainete lírico y en verso (id.), 1.
En busca de protección, juguete original en verso (id.), 1.
Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.

- Amicis*. — *Poesías*.
Amicis. — *Los Amigos*. 3 vol.

EN PREPARACION

- Estudios*. — *Fiambrés*. — *Crítica*.
Lógica, para la 2.ª enseñanza.
Obras completas de Rios Rosas.

OBRAS DE AMICIS

ITALIA

TRADUCCION DEL ITALIANO

DE

H. GINER DE LOS RIOS

TOMO 2.º



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

86306

MADRID

IMPRENTA DE A. J. ALAÑA

15, Estrella — Cueva, 13

15206

C
910
A



U A N L

LAS TERMÓPILAS VALDENSES

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



9.-08. DE AMICIS.

L

LAS TERMÓPILAS VALDENSES



OMENCEMOS como los novelistas de otro tiempo. Era una hermosa mañana de fines de Setiembre, al salir el sol, cuando tres amigos, aun medio dormidos, un diputado, un periodista y... (la frase es tan bella y nueva que no puedo dispensarme de emplearla) y *el que escribe estas líneas*, salíamos juntos de la gran fonda del Oso, donde se guisa magistralmente la gamuza, y bajábamos la calle principal de Torre-Pellice para llegar al valle de Angrogna con intencion de subir hasta el célebre prado del Torno, llamado "el santuario y la fortaleza de los valles valdenses."

—Allí—me habfan dicho valdenses y católicos,
—se encuentra el más original y el más romántico

de aquellos valles, y además el más glorioso. Volvía V. entusiasmado.

Y me habían dado una recomendación para el pastor de Angrogna, Estebán Bonnet, natural de aquel lugar, que se me representaba un venerable anciano de ochenta ó noventa años; el cual sería para mí el más docto y cortés *cicerone* que podría desear.

El tiempo nos favorecía. El cielo estaba claro y limpio, pareciendo que no había de nublarse en un mes, y el Vandalino levantaba su cabeza granítica en aquella atmósfera pura, dorado por el sol, soberbio como en los más hermosos días de sus glorias.

A los pocos minutos nos encontramos cerca de la embocadura del valle, á los piés de la hermosa colina de Rocciamancot, que es como un fuerte avanzado del valle de Angrogna; cuyas inmediaciones fueron teatro en 1488 de una de las primeras contiendas de las revoltosas huestes del legado de Inocencio VIII, y donde cerca de doscientos años despues, uno de los personajes más heróicos y más poéticos de la historia de los valdenses, el capitán Tanavel, rechazaba, con solo seiscientos de los suyos, tres asaltos furiosos del ejército de Carlos Manuel II.

Pero el que quisiera detenerse á citar todas las acciones que se dieron en aquellas alturas, no llegaría nunca al Prado del Torno. Los valdenses fueron atacados, en el trascurso de tres siglos, en todos los puntos de su país, desde Pragellato hasta Lusernetta, desde Bobi hasta Pramollo, en las llanuras y en los montes; en las estaciones

medias y en el corazón del invierno; por ejércitos regulares, por voluntarios, por cruzados y por bandidos; tras largos preparativos, y de improviso; con extensos atrincheramientos, y con fuerzas concentradas; á la descubierta, y con emboscadas; con todas las combinaciones extratérgicas posibles, con todos los engaños lícitos é ilícitos, con todos los recursos guerreros, políticos y propios de bandidos que pueden ocurrir á la mente humana.

Cada palmo de sus tierras, cada roca de sus montes, tiene su historia de sangre, de fuego y de gloria. Pero las memorias más solemnes y las más antiguas glorias son las del valle de Angrogna. Esta fué la meta suprema de todos los capitanes católicos, y al mismo tiempo su rabia, su vergüenza y su desesperación, y por esto es el más querido y venerado de los valdenses, su valle sagrado, que llaman también el corazón de los valles, y cuyo nombre es difícil que pronuncien en presencia de un forastero sin señales de emoción.

Por esto quizá, al llegar cerca de la embocadura, apresuramos los tres el paso, sin hablar, impacientes de dirigir las miradas á su fondo, como á un lugar lleno de maravillas y de misterios, en el cual, los profanos católicos, no podían entrar sino de contrabando.

*
*
*

El primer aspecto de los valles, es, en efecto, extraño, misterioso, inolvidable. Me habían dicho que era un valle angosto, mas no esperaba ver un embudo tan estrecho, tan bello, á pesar de su angostura, y tan triste, á pesar de su belleza. La vereda que llevábamos, corre horizontalmente despues de una breve subida, sobre el lado de los montes que forman la ladera derecha á una gran altura sobre el fondo. El fondo es tan estrecho, que en algunos puntos apenas podría pasar una compañía en batalla ó cuatro filas de soldados de una parte y cuatro de la otra del torrente. Del camino para abajo, todo estaba aun en sombra. Despues de algunos momentos vimos un espectáculo hermosísimo: á la derecha, delante de nosotros, sobre las cumbres de tres alturas sucesivas, todavía casi sumergidas en la oscuridad, una iglesia valdense, una iglesia católica, y despues otra iglesia valdense, una detrás de otra, blancas, plateadas por el sol, resplandecien-

tes y solitarias en medio de una vegetación oscura y espesísima que ocultaba todo lo que había en derredor. En el valle un silencio profundo: ni un alma en el camino, ni en las alturas, ni en las laderas de las montañas ni en el fondo. Solo los golpes apresurados del mazo de un taller que no veíamos, llenaban de tiempo en tiempo los valles de un ruido sordo, al cesar el cual, parecía mayor el silencio.

A cortas distancias divídese los montes en profundos valles, por los cuales se precipitan arroyuelos y torrentes hasta el lecho del Angrogna, girando el camino por estos valles sombríos, pasa despues un puentecillo, sale fuera al otro lado del monte, al sol; vuelve despues á la sombra, sale otra vez al sol, y así avanza serpenteando con regularidad, y ofreciendo variados puntos de vista á cada instante. Aquellos valles son tan profundos, oscuros, húmedos y exuberantes de vegetación, que entrando y saliendo de ellos parece que se pasa de un golpe, de pleno día á la noche y de la noche al día, y se calofría el cuerpo en estas transiciones. Se camina al borde de precipicios peñascosos por orillas escarpadas semejantes á grandes muros verdes, ligeramente inclinados, destilando humedades, en medio de verdaderos bosques de castaños gigan-

tescos, que llegan casi hasta el fondo del valle y se levantan á gran altura sobre el camino y sobre la cabeza del viajero. Dentro, grupos de encinas, de nogales, de robles, de álamos, y despues otra vez altísimos castaños, rodeados de vástagos desde el suelo hasta los troncos con ramas enormes prolongadas en mil formas estrañas de brazo de candelabro gigantesco, de miembros colosales movidos por la desesperacion, de monstruosas garras estendidas para coger su presa en el cielo. Todo verde intenso, todo fuerte, grande y austero, árboles, grupos, rocas, quebraduras, desfiladeros. La sombra era tan verdosa, tan densa, en aquellas grandes hendiduras del monte, que desde un lado apenas se veían los grupos de casas de piedra gris que estaban en la parte opuesta, á pocos pasos de distancia, adosados á la pendiente; y los montes del otro lado del valle, vistos desde aquel fondo negro iluminados por el sol, y como encerrados entre dos lados oscuros del valle, daban la idea de un país, en el cual reinase otra estacion, parecian resplandecientes de oro y deslumbraban. Al salir de cada valle, veíamos de un lado la altura del vallado, que parecía cerrar el horizonte, cual si á la media hora de andar concluyera el camino, y del otro la embocadura cerrada tam-

bien por la gran masa azul y violeta del Frioland, de la Punta de la Morella, y de los montes lejanos de Bagnolo que flanquean el valle del Po, perdiéndose en el cielo. Las pocas casas que encontrábamos en el camino, estaban cerradas y solitarias.

No se veía á nadie por ninguna parte.

No había otra señal de país habitado que aquellas tres iglesias altas, blancas y solitarias que parecían alejarse, como palacios encantados, á medida que avanzábamos en el camino.

El rumor del mazo también había cesado. No se sentía ya ningún ruido. Parecía que estábamos los tres solos en todo el valle y ninguno se atrevía á hablar. ¡Qué belleza! ¡Qué admiración, qué encanto!

*
*
*

Después de hora y media de camino llegamos á una altura donde está situada la parroquia de Angrogna: un grupo de casitas limpias, un zaguán, un patio plantado de árboles, una inscripción en una esquina con grandes caracteres: *Amonestaciones*, un templo blanco, un poco más en alto, aparte, y todo alrededor verde y sin un alma. Pero casi de repente salió por la puertecilla de un lado el pastor Bonnet.

Yo que esperaba una especie de viejo de la montaña, quedé más admirado al ver un hombre guapo, como de cuarenta años, con toda la barba negra, alto y esbelto, de rostro sonriente, formas amables, vestido de negro, pero con cierto aire elegante que á no haber sido por la corbata blanca se le hubiese podido tomar por un capitán de cazadores, de temporada en el campo. Me admiré aun más sabiendo que era natural de Angrogna, cuando le oí hablar con pronunciación toscana casi perfecta. Supe después que la había adquirido en la isla de Elba,

donde había estado diez años y en Florencia. El motivo de esto es que en el colegio de Torre-Pellice hay un buen profesor toscano, del que casi todos los maestros y maestras valdenses aprenden algo del *parlar celeste*; pero de todos modos es raro oír en aquellas montañas un toscano tan correcto.

El Sr. Bonnet se ofreció cortesmente á servirnos de guía, y nos detuvimos algunos minutos en el patio para discutir el programa de la excursión.

Por todo aquel tiempo y durante un buen rato, mientras andábamos por la calle, escuchamos un canto notabilísimo que salía de una casita cerrada, el canto de un hombre que trabajaba, y que cambiaba de tema continuamente sin interrumpirse, saltando del aire popular á la *Traviata*, de la canción militar á *Rigoletto*, con una vivacidad, con un entusiasmo loco, con una intensidad de voz y de pronunciación, que parecía pagado expresamente para divertir al pueblo.

—Es más feliz que un millonario—dijo Bonnet sonriendo.

Y el diputado añadió, no sin razón, que no se cantaba mejor en la ciudad.

Por una abertura estrecha, vimos su cara en la ventana, una cara alegre; pero desapareció en seguida, entonando un coro de *Los Lombardos*.

El pastor nos hizo ver su templo, pequeño y desnudo, una especie de desvan desamueblado, mejor que la casa de Dios. Pero es un templo histórico, el más antiguo del valle, fundado hácia la mitad del siglo xvi, en el sitio donde solían reunirse los valdenses al aire libre, á deliberar y á orar; habiendo sido destruido por los frailes, y reedificado despues sirvió de cuartel á los soldados del Marqués de Pianeza, que acamparon allí alrededor, y ahora renovado y tranquilo para siempre.

El Sr. Bonnet nos lo enseñó con una cierta expresión de afecto y de emoción, hablándonos de la larga série de pastores, algunos martirizados y otros muertos de la peste, que le han precedido en aquella casa en el trascurso de cerca de cuatro siglos.

Y aquella voz dulce y armoniosa, aquellos recuerdos de antiguos pastores, aquella soledad rodeada de verde por todas partes, y el canto incansable de aquel trabajador, que se extendía por el valle silencioso, nos causaba una singular impresión, como si estuviéramos en un rincón del mundo, alejadísimo del en que habitamos nosotros y desconocido de todos, en el cual se gozaba todavía la paz de los tiempos primitivos.

El pastor nos propuso ir á ver la *Iglesia de la Cueva*; una de las maravillas del valle.

—¿Son ustedes cazadores?—preguntó.

—A ratos perdidos,—respondimos.

—Porque es preciso trepar,—añadió.—Y empecé á subir el primero con la ligereza de un soldado de los Alpes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

Era una cueva que servía de iglesia y de refugio á los valdenses en los tiempos de las persecuciones.

Si no se sabe dónde está es imposible encontrarla.

Después de diez minutos de subida escabrosa sobre un terreno de hierbas y de *detritus*, vimos un monton de rocas en el cual no había ninguna abertura. Se continúa subiendo, después se baja por un sendero de cabras, apoyándose en las peñas, agarrándose de los arbustos, sentándose á veces de repente, hasta que se llega á una especie de átrio de la cueva, oculto por algunos tilos.

La entrada es ancha, pero de pocos palmos de altura; toda erizada de puntas por arriba y por abajo, semejante á una gran boca de peñascos que apretase sus dientes; de modo que no se puede entrar más que acurrucándose hasta dar las rodillas con la barba, ó deslizándose y arrastrándose como

un herido que pide socorro. La entrada de la gruta es un pórtico de palacio, comparada con aquel maldito buzón; introducirse allí, es echarse uno mismo en el buzón para el otro mundo.

El pastor encendió un cabo de vela, y entró el primero; nosotros nos tendimos sobre las piedras, uno detrás de otro, en actitud de gladiadores moribundos, y girando á la ventura, rodamos hácia dentro sin graves contusiones.

Apenas entra los, nos encontramos en tinieblas; se necesitan algunos minutos para orientarse.

La cueva es estrecha y larga, de la forma de una gran hendidura, capaz de contener doscientas personas. Está tenuemente alumbrada desde lo alto, por tres aberturas pequeñas, que parecen tres troneras horizontales, y hay obstáculos en el fondo de moles inmensas de roca. Aquel rayo de luz que penetra, le dá el aspecto siniestro de la cárcel subterránea de un castillo, donde los prisioneros reciben la comida por la hendidura de la bóveda.

El pastor nos decía que á veces se cogen murciélagos en los huecos de las paredes, con sólo alargar la mano. Es una luz amarillenta, tristísima, peor que las tinieblas, que dá á los rostros la palidez del terror. El ángulo opuesto á la entra-

da estaba oscurísimo. El señor Bonnet, de pié en el fondo sobre una piedra, con el cabo de vela que le alumbraba de arriba á abajo la cara, tenía toda la apariencia de un espectro. Ciertamente, debía sentir una emoción profunda el pastor de larga barba blanca que, desde aquel púlpito de roca, á la luz de una bugía, predicaba con voz sumisa á la multitud apiñada, de la cual cada uno creía haber entrado por última vez. Mientras el pastor predicaba, ó los fieles cantaban salmos á media voz, los jóvenes valdenses estaban vigilantes sobre las alturas vecinas. Al aparecer á lo lejos las vanguardias enemigas, daban aviso, y entonces la gruta quedaba en un silencio sepulcral, y se apretaban los unos con los otros, temblando y orando con el pensamiento.

Pero no siempre las cosas pasaban así. Unas veces los espías, otras los perros, adiestrados en la caza del hombre, guiaban á los soldados por el camino más directo; entonces los centinelas corrían con la cara aterrorizada á llevar la fatal noticia. Las madres apretaban los hijos contra su corazón, los padres bendecían las familias, los amigos cambiaban el último saludo, y después, inmóviles, unidos, con la respiración suspendida, aguzaban el oído, encomendaban su alma á Dios...

¡Ah! ¡Qué sonidos de alabardas golpeaban sobre las rocas de la entrada! ¡Qué voces atronadoras dirigían por los respiraderos, la órden de salir! ¡Qué ruido de ramas de hojas secas amontonadas delante de la entrada! ¡Y las primeras nubes de humo que entraban acompañadas de un tropel de blasfemias y de risotadas sarcásticas! Pensábamos entonces que aquella pequeña abertura, por donde habíamos entrado con trabajo, podía cerrarse de un momento á otro, y se experimentaba un sentimiento de angustia como en aquellos abrumadores ensueños, en los cuales, dando vueltas por las sinuosidades de un subterráneo, veíamos apagarse todas las luces y ofamos que todas las puertas se nos cerraban.

Tan verdad es esto, que á pesar de la invitacion del pastor, no nos queríamos meter en otras dos cuevas, último refugio de los desesperados, las cuales son como dos rincones de la caverna grande, muy difíciles de descubrir, y que acaso salvaron la vida á más de un infeliz. ¡Y eso que no éramos los soldados del Conde de la Trinidad! ¡Y despues se veía tan espléndido sol por fuera!

Volvímos á echarnos en tierra..... Pero esta vez fué ménos afortunado y di un tropezon que me hizo ver las estrellas.

—¡Cuidado con la cabeza!—gritó Bonnet que estaba ya fuera.

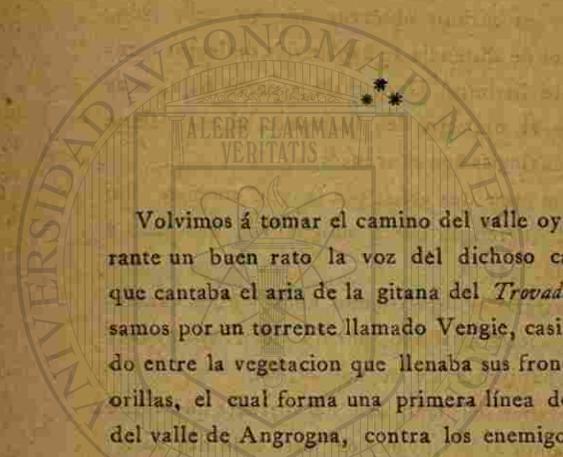
—¡Gracias! ¡Ya es tarde!—respondí.

Me pareció que se rió de mi contestacion; pero reía acaso por otra causa, viéndonos arrastrar á los tres como esclavos bajo el látigo.

—Nos habreis hecho pasar tantas veces así vosotros—pensaria;—que es justo que yo os haga pasar alguna vez, pícaros papistas.

Pero su semblante apacible no recordaba ciertamente la complacencia de la venganza.

Esperó que hubiéramos recogido las provisiones y despues volvió á tomar la direccion de la expedicion, saltando de peña en peña con la seguridad de un antiguo pastor acostumbrado á esta clase de ejercicio.



Volvimos á tomar el camino del valle oyendo durante un buen rato la voz del dichoso campesino que cantaba el aria de la gitana del *Trovador*, y pasamos por un torrente llamado Vengie, casi escondido entre la vegetacion que llenaba sus frondosísimas orillas, el cual forma una primera línea de defensa del valle de Angrogna, contra los enemigos que vinieron por el valle de Lucerna.

A un lado del torrente se levanta una enorme roca empinada, que parece el pedestal de un monumento titánico, la cual es objeto de una curiosa leyenda.

Una vez al año, dicen los moradores del valle, entre la media noche y el alba, una vieja está hilando sobre lo alto de aquella roca dejando caer el huso que oscila girando en las tinieblas. El joven que pasa por allí es llamado para que recoja el huso de la vieja; si lo coje, su felicidad está asegurada y gozará la bienaventuranza.

Pero no es esta roca lo único notable que hay

en aquellos lugares. El terrente de Vengie divide en dos partes el territorio de la parroquia de Angrogna, y es curioso observar que en cada lado, á dos pasos de distancia se hablan dos dialectos completamente distintos. Uno, el de la parte baja, más semejante al dialecto del Piamonte, el otro tiene mayores analogías con el francés.

"Scrivou cista dua grissa per fa vou conoisece lon langage d'Angrengna che á smiglia ren dar tout á neste parlá." (1)

Más extraño es, que siendo unos y otros valdenses haya cierta rivalidad, por no decir enemistad, entre los habitantes de las dos orillas.

Los jóvenes del lado acá del torrente que ván á hacer el amor á las jóvenes del otro lado del valle, corren á menudo el peligro de ser recibidos á palos. Igualmente sucede en los asuntos municipales; cada parte hace lo imposible para que sea elegido un alcalde de su bando. Pero es raro que vengan á las manos.

La guardia civil de Torre-Pellice no vá allí con otro objeto que el de matar lobos. Y el médico dice que asiste solo á las parturientas y á los moribundos. No tratándose de partos ó de enfermedades mortales, no llaman al médico.

(1) Escribo estas dos líneas para dar á conocer el lenguaje de Angrogna que tiene gran semejanza con el nuestro.

Se nos hacía raro oír hablar de costumbres y de habitantes, no habiendo visto ninguno, y sin embargo, la población del valle consta de cerca de 1.700 valdenses y 900 católicos, con tres templos, dos iglesias católicas y diez y seis escuelas. Pero entonces estaban casi todos en el trabajo allá abajo en el fondo del valle, en Angrogna, ó sobre lo alto de los montes, de aquellos bosques que pendían sobre nuestras cabezas.

Casi todos son pequeños propietarios; la propiedad está muy dividida aún entre los católicos, de los cuales muchos son expósitos, porque desde hace muchos años es costumbre mandar los expósitos, los *venturini*, como dicen graciosamente en aquel campo, al valle de Angrogna, donde crecen, trabajan y se casan lejos del mundo que ha renegado de ellos.

Pregunté al Sr. Bonnet si había alguna vez cuestion entre católicos y valdenses.

—Jamás,—me respondió.—Los pastores y los sacerdotes católicos se saludan cortemente sin estrechar amistad y los aldeanos viven en buena armonía. A veces los jornaleros de una y otra religión, trabajando juntos en la misma casa ó en el mismo campo, entablan discusiones religiosas sobre puntos dogmáticos, y á menudo se acaloran, pero no pasan de ahí.

Cuando un valdense muere, los católicos le acompañan al campo santo; cuando muere un católico le acompañan los valdenses. No hay, pues, entre ellos sombra de odio ni de antipatía.

Caminábamos hacia adelante siempre, en medio de castaños, á la sombra, por un verde señalado por pequeñas manchas de sol semejantes á fajas y montones de oro, que recordaban los hermosos bosques de Calderini.

De cuando en cuando se veía entre los árboles una casita blanca con dos ventanas y una puerta; eran las escuelas que se abren en invierno. El pastor nos indicó en un lugar sombrío y amenísimo, que parecía un ángulo del parque, un pequeño espacio redondo de tierra apisonada, un poco levantada sobre la pradera, con un grueso tronco colocado en medio.

Era la sala de baile de la "bulliciosa juventud del lugar." Algunos días de fiesta por la noche, se reunían allí los jóvenes y las muchachas, los tocadores se sentaban sobre piedras ó sobre hierbas. Dos faroles sujetos al tronco alumbraban á las parejas, y para el servicio de refrescos, el arroyuelo próximo.

El pastor lo censura naturalmente; no vé con buenos ojos aquel semillero de tentaciones y de pecado. Pero la juventud valdense no renuncia á sus gustos.

Las costumbres por otra parte, no puede decirse que sean libres, porque á los muchachos y á las muchachas no es posible tenerlos con una cadena. A los enamorados se les deja estar solos y juntos hasta tarde á la luz de la luna y creo que también cuando no hay luna, porque no es motivo la oscuridad para cortar la fiesta.

Una graciosa cancioncilla que voy á traducir lo dice.

Héla aquí:

Dormitando una noche
sobre mi lecho
de la voz de mi amante
oigo los ecos.
Me visto pronta
Y á su encuentro anhelante
corro gozosa.
Siéntate aquí cerquita,
sobre este banco,
y pasarán las horas
de amor hablando,
hasta que cante

la negra golondrina
sobre los árboles.

Y cantó al poco rato

la golondrina

á nuestro amor haciendo

traicion indigna.

¡Ave traidora!

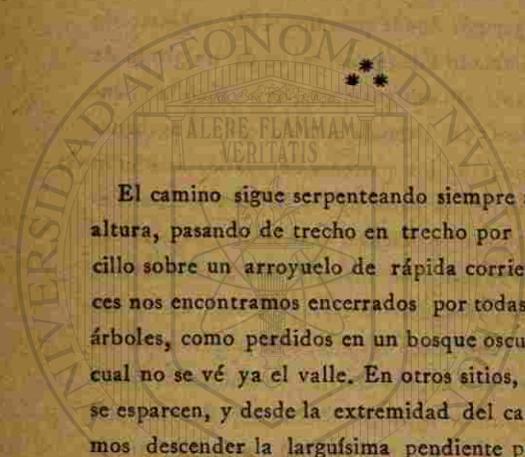
¿Cómo á cantar te has puesto
cuando no es hora?

Pero no vimos á ninguna de estas bellas en los bancos. Y por ninguna parte se veía á nadie. Solo despues de un buen rato de camino, encontramos un aldeano como de treinta años, buena figura, el tipo del antiguo guerrero valdense, alto, con cabellos largos y rubios como el oro, con ojos azules clarísimos, con un gran sombrero negro de forma redonda y muchas alas semejante á los sombreros de los obispos; forma muy usual en el valle. Despues pasaron algunas viejas encorvadas con el peso de los años haciendo media, y todas al pasar, saludaban al pastor con dulzura:—*¡Bon jour, Monsieur Bonnet!*—Y él respondía á todas con la misma entonacion de amable benevolencia, llamándolas por sus nombres, porque sabía los de todos sus feligreses. Una vez le dijeron:—*¡Buenos días barba!*—que significa tío—que era el título de los antiguos pastores, y de aquí na-

ce el nombre de barbetos dado á los valdenses. Ahora este nombre ha caido en desuso. Observamos que todas las viejas que pasaban usaban cofia blanca. La cofia blanca la llevan todas las mujeres pero solo desde la adolescencia; las niñas las llevan negras. Pero se va perdiendo este uso poco á poco.

Antiguamente—decía el pastor con cierta expresion de sentimiento,—no se veían en la iglesia más que cofias blancas y negras sencillísimas: todo valdense genuino. Ahora las muchachas que han servido en Turin, en Niza ó en Marsella, vuelven con las cofias adornadas, con sombreritos cubiertos de flores y rodeado de cintas...—*¡Otra cosa, en fin!*

—*¡Ay, querido pastor,*—hubiera querido decirle;—será menester disponerse á ver tambien el corpiño abullonado y el talle á lo Sarah Bernard. Pero ahora al ménos, del cuello para abajo, visten casi todas muy sencillamente, con colores oscuros y con los talles lisos; y aun cuando llevan tambien la cofia blanca y lisa, tienen algo de monástico, en su aspecto y una apariencia de gravedad ascética y de rigidez pura, que os hace detener en los labios una galantería por miedo de ser rechazado con un versículo de la Biblia.



El camino sigue serpenteando siempre á la misma altura, pasando de trecho en trecho por un puente cillo sobre un arroyuelo de rápida corriente. A veces nos encontramos encerrados por todas partes por árboles, como perdidos en un bosque oscuro desde el cual no se vé ya el valle. En otros sitios, los árboles se esparcen, y desde la extremidad del camino vemos descender la larguísima pendiente por la cual, de seguir andando, hubiéramos rodado como una pelota, media hora; y en lo hondo, á una gran profundidad, entre los troncos fijos de los árboles bajos, pedazos del lecho del valle verdes y lisos como tapetes de mesa de billar esmaltado de sutiles *esés* de plata del Angrogna, en todos estos sitios á la sombra de un "árbol nacional," el castaño, se reunian los valdenses antes de que hubiera templos para oír la palabra de sus pastores; y era costumbre, para anunciar la llegada del barba—costumbre que todavía dura en algunos montes,—de extender una sábana

blanca en el suelo, en el sitio donde el barba había predicado su sermón.

En un lugar por donde pasamos, todo cubierto de castaños y llamado Cienforan, cerca de un grupo de casas que había allí antiguamente, se verificó la alianza famosa de 1532, llamada el Sínodo de Angrogna, al cual, además de los pastores del valle, asistieron los barbas de la otra parte de los Alpes y muchos fieles de las colonias provenzal y calabrés, para tratar juntos de la adhesión de los valdenses á la reforma, y aquí se redactó aquella declaración de fé en 17 artículos, que llegó á ser despues, con la primitiva del siglo XII, el fundamento escrito del valdismo, y allí tambien, no muy lejos de Cienforan, despues del cruel edicto de Víctor Amadeo II, se reunió aquella trágica asamblea, iniciada con una plegaria solemne de Enrique Arnaud, el futuro capitán de la "Retirada gloriosa," presenciada por los embajadores de seis cantones protestantes de Suiza, é interrumpida por explosiones de llanto y gritos de angustia, en la cual se debatió sobre aquellos dos únicos partidos desesperados que se podian tomar, resignarse á perder la patria ó defenderse sin esperanza hasta derramar la última gota de sangre. Y otras reuniones memorables en momentos de gran peligro, ya por causa de la peste, ya por la terrible hambre del siglo XVII, tuvie-

ron los pastores sobre los montes de Angrogna, doblemente sagrados por la victoria y por la desgracia.

—Casi toda nuestra historia está escrita aquí—nos decía Bonnet, indicando las alturas del rededor;—de todo nuestro país, este es el sitio en que se ha orado, combatido y llorado más.

Y aquella solemnidad religiosa de los primeros valdenses que él nos describía, las imágenes de aquellas multitudes arrodilladas y suplicantes á la sombra de los árboles, nos hacian pensar en los antiguos ritos druidas de las selvas y nos parecían aun más poéticos y solemnes por la soledad y el silencio que nos rodeaba.

Verdaderamente, aquello de no ver ni sentir á nadie ni próximo ni lejano, nos empezaba á parecer muy extraño, y nos daban intenciones de preguntar en sério al pastor si aquellos 2,400 habitantes fueron una mentira vanidosa de la estadística ó una cosa verdadera.

Nos parecía caminar en uno de aquellos valles maravillosos y desconocidos de los cuentos árabes, de los cuales es caudillo el primero que despunta, allí funda un reino y una dinastía. ¡Oh, dichoso solitario venido expresamente para escribir una historia universal!

Y sin embargo, hay un día al año—nos decía Bonnet,—en que se anima el valle de Angrogna, el aniversario del día en que Carlos Alberto firmó el tratado de emancipacion de los valdenses. Aquel es un día solemne para todos, festejado verdaderamente con entusiasmo hasta por los más pobres labradores. Los moradores del valle acuden de todas partes á la residencia del párroco, y los muchachos, divididos en diez y seis bandos, acuden allí de seis escuelas al son del tambor, con la bandera nacional, guiados de los maestros y seguidos de sus familias; se reúnen en la iglesia donde el pastor pronuncia un discurso de circunstancias, cantan, declaman poesías, despues cada uno recibe como regalo un pedazo de pan blanco que es una gran cosa, y una naranja, que es un tesoro; los maestros y todas las autoridades del municipio comen juntos; por la noche se queman fuegos artificiales en los montes y los muchachos se vuelven cantando por los senderos por donde sus padres pelearon y murieron, todos tan contentos, con un libro en la mano, regalo tambien, que es un episodio de la historia valdense, hecha expresamente para este día, que leen despues cien veces en las largas noches de invierno en sus modestas viviendas, medio sepultadas en la nieve.

Llegamos á un grupo de casas llamado la Serra, colocado sobre una hermosa altura al lado de un templo fundado en 1555, y restaurado hace pocos años; pequeño, muy blanco, protegido de un campanario, con la llama emblemática pintada sobre la puerta. Desde la portada del templo como desde una azotea, se domina toda la parte baja del valle hasta Torre-Pellice que blanquea en lo hondo á su embocadura, como el campamento de un ejército preparado para asaltarlo. Los generales católicos debieron haberse puesto muchas veces en aquel punto para ver desfilar las columnas que iban á intentar la toma de Prado del Torno.

Desde allí se veían los montes del otro lado del valle muy próximos, cortados como una muralla y todos cubiertos de tilos, de hayas, de encinas pequeñas, de nogales y de ciruelos, y pedregosos en la cumbre: especialmente en la Porta Roussina, sobre la cual fueron cruelmente maltratados los

soldados de Manuel Filiberto, toda descubierta y desnuda de modo que se verían allí, aun desde la Serra, las peripecias del combate de dos partidos.

Había allí una paz profunda, y hubiéramos creído encontrarnos en un lugar deshabitado, á no haber oído los golpes de hacha de tres albañiles que hacían una casa.

El Sr. Bonnet, no obstante, hizo el milagro de que nos encontráramos con un almuerzo; nos llevó á casa de un labrador, el cual nos preparó la mesa sobre una azotea de madera, y nos sirvió, para tratarnos como á señores, tres docenas de huevos pasados por agua, preguntándonos si debía preparar algunos más.

Este espléndido anfitrión era un ex-alcalde de Angrogna, una figura singular, con grandes ojos negros vivísimos y una sonrisa expresiva; sin bigote, con sotabarba, un valdense legítimo, de aquellos angrogninos de que nos habló Bonnet, de los cuales se ven muchos en la parte alta y ninguno en la baja del valle, que hacen, á veces, juicios críticos de los sermones de los Pastores con una agudeza y una precisión admirables.

Estaba vestido toscamente; pero parecía más bien un banquero ó un accionista de ferro-carriles

vestido de cualquier modo, que un campesino. Con su familia hablaba el dialecto del país, con el pastor el francés, y con nosotros, á lo mejor, el italiano chapurreado, pero con gracia.

Viéndonos empezar á comer los huevos sin huevera, cortó una gruesa rebanada de uno de aquellos panes negros durísimos, que hacen una vez al mes, hizo en él un agujero de la forma de un huevo y lo puso delante de uno de nosotros diciendo lentamente, con el tono de quien vá á decir una cosa que hará efecto:

—De la necesidad nace la industria.

Todos sus hijos tenían la misma mirada inteligente. Principalmente uno, hermoso muchacho, que nos daba de beber con mucha gracia, y tendría próximamente diez años; precisamente de aquella edad de la que los buscaba la grandeza de Turin, después que el piadoso espíritu de la marquesa de Piomezza puso de moda llevar á la zaga del coche un lacayo imberbe, á modo de trofeo viviente arrancado al ejército de la heregía.

Desde allí, mirando á la parte opuesta de Torre-Pellice, sobre los árboles del huerto, rojos, coloreados de flores y acerolas, gozábamos de una vista admirable: la parte alta del valle cerrada por todos aquellos montes, que parecían encajados los unos

en los otros y escalonados sucesivamente; detrás, en las estribaciones que se destacan del Vandalino, los Roeciaglie que se separan del monte Servin, y detrás del Rocciaglie otro monte, y del lado allá el monte Roux, el rey de los valles, coronado de nieve; semejante, así de lejos, á una sucesión de inmensas murallas verticales cortadas oblicuamente y tan juntas unas con otras que apenas permiten el paso de un hombre.

Se comprende, ante este espectáculo, cuál debió ser la inquietud de los soldados católicos desconocedores de la localidad, la primera vez que se encontraron allí envueltos en aquellas terribles oleadas de montes. A quien no conociera el terreno, le parecerían dispuestos de modo que no se podrían andar dos millas sin romperse la cabeza contra aquellas inmensas paredes de granito. No parecía que debiera continuar el valle detrás del primer obstáculo; sino serpentear por entre estas intrincadas angosturas en las que falta el aire y la luz: una gran trampa para ejércitos, donde una columna sitiadora debía quedar presa y aplastada como un cordón de hormigas debajo de la piedra de un molino, ó detenerse apenas entrada, atónita, parada ante las rocas, y poseídas de un terror misterioso....

¿Quién, que al llegar allí por primera vez, no piensa en lobos y osos, en aventuras extraordinarias ó una especie de pueblo de Oga-Magoga, separado del mundo?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*
*
*

Desde la altura de la Serre el camino empieza á bajar, y siempre en medio de castaños, nogales y toda clase de árboles de monte que proyectan grandes sombras sobre vastas alfombras de terciopelo verde, salpicadas de puntos brillantes. A medida que bajábamos aumentaba el ruido del torrente como la voz de una multitud irritada que viniera hácia nosotros. Nos íbamos acercando al punto más estrecho del valle, á aquel sitio tremendo y memorable que puede llamarse "Termópilas Valdenses." Probablemente el camino que recorríamos era el mismo que habian recorrido aquellas columnas de ejércitos católicos que intentaron penetrar en el Prado del Torno á lo largo del torrente, mientras los otros procuraban escalar la montaña; aquel mismo camino por el cual retrocedían despues pelotones de soldados sin armas, ayudantes pálidos de terror y generales desesperados y rojos de ira y de vergüenza, blasfemando de las cosas más sagradas en nombre de las cuales ha-

bían ido á combatir. Porque durante cerca de doscientos años, aquel maldito Prado del Torno fué la ciudadela del diablo para los ejércitos papistas.

Hacia fines del siglo xv lo asaltó el Arcediano de Cremona, el famoso De Capitaneis con sus célebres cruzados; y salieron de allí derrotados, maltrechos y dispersos, jurando no volver á poner los piés más en aquel sitio.

Lo invadió en 1561 el Conde de la Trinidad con su ejército; habiéndosele confiado este mando en el mes de Febrero, destrozado en el mes de Marzo, acuchillado en el mes de Abril, rechazado y arrojado á la llanura donde se consumió de dolor y de rabia.

Intentó enseñorearse del valle el Marqués de Pianezza, y fué aniquilado; lanza sus columnas el Marqués de Fleury y se le deshizo.

Es inútil; con arrojo y con sangre á todos resistían. Prado del Torno permaneció íntegro por dos siglos, de 1488 á 1686, como una roca inaccesible defendida por una fuerza sobrehumana. Y cayó en 1686 por primera vez; pero fué preciso que la asaltarán juntos, despues de muchos preparativos, Francia y Saboya, un gran Príncipe, un gran general y dos formidables ejércitos; el ejército de Luis XIV, dirigido por Pranollo, subiendo la gar-

ganta de la Vachere; el ejército de Víctor Amadeo arrojándose sobre los montes de Angrogna por Bricherasio, Bibiana, Garzigliana y Torre-Pellice; miles de viejos soldados ejercitados en la guerra de las montañas; el general Catinat con batallones del Delfinado, con guarniciones de Pinerolo y Casale, con artillería y con los famosos dragones; Gabriel de Saboya con regimientos de Niza, Saboya y Monferrato. La cruz blanca con la guardia de Corps, con la caballería, con la guardia civil, con veteranos de Mondovi, Barge y Bagnolo; animados todos como para ir á acometer una gran empresa, cargados de municiones, sacos, hachas y palas, como para el asalto de una plaza fuerte.

Toda esa ira de Dios fué preciso para destruir el valle de Angrogna, para vencer á un puñado de hombres debilitados y sin esperanza, que sin embargo, rompieron alguna vez ántes de resistir la oleada invasora de los ejércitos. Y fué aquello festejado como una gran victoria, porque pareció extraño á todos y casi maravilloso haber conseguido herir en el corazón á los enemigos; una gran victoria.... semejante á la del Marqués de Pianezza, cuando venció con 8.000 soldados y 2.000 campesinos á 17 valdenses de Rorá,

Pero no era ciertamente el pastor Bonnet el quo

decía estas cosas mientras íbamos andando; éramos nosotros. Él no se jactó de sus padres valdenses durante el paseo, no hacía más que pintarnos el espectáculo solemne y lúgubre que debía presentar aquel valle, cuando se aproximaba un ejército: todos los habitantes de aquellos contornos, corrían á refugiarse al Prado del Torno; y por aquel camino, sobre la cima de aquellos montes y allá abajo, pasaban el torrente familias tras familias, llevando sus ropas y sus enfermos, y por todas partes se oían entonar cánticos y salmos como de gente que corre en busca de la muerte y nos hacían tanto más efecto aquellas cosas por la manera como él las decía; sin sombra de vanas retóricas, ajustándose á cada instante el sombrero de paja amarilla y el gabán que se había echado á la espalda como un joven que nos hablase amigablemente de un suceso doloroso de su familia, no por buscar nuestra compasión, sino por desahogar su ánimo.

*
*
*

Entre tanto habíamos llegado al fondo del valle. Allí, una maravilla de hermosura. El torrente baja impetuoso rompiéndose entre grandes piedras, á saltos y en cascadas, como si bajara por una escalera informe de roca y ocupa casi todo el fondo del valle. Por acá y por allá se levantan montes altísimos casi cortados á pico, escarpados, poblados de bosque, espantosos, negruzcos por la parte de las sombras. Estando en el fondo, parece una abertura de la tierra; es preciso volver la cabeza hácia arriba para ver el cielo.

En aquel lugar se escuchan mil ruidos. A las cien voces del torrente, se une el variado y ensordecedor ruido de una inmensa cantidad de agua que baja de la montaña. Impetuosos arroyuelos cristalinos corren á lo largo del camino con el ímpetu de pequeños torrentes contenidos con trabajo por las orillas; dentro de aquellas moles, aquí y allí se abren pequeñas grutas negras, donde caen mi-

llares de gotas que resuenan en la superficie de los charcos, formando en el aire pequeños arcos iris y produciendo murmuradores ecos que parecen llamarnos al pasar. De todas las pendientes bajan largas venas de agua, las cuales se rompen y se esparcen en mil ruidosos arroyuelos, en cascadas sonoras y espumosas que blanquean entre el verde de arriba abajo, casi sobre la cabeza del viajero, por todas partes; otros arroyuelos más altos que parece que caen del cielo, se lanzan con gritos de alegría infantil desde la cima de la altura; fuentecillas solitarias murmuran entre las piedras; los rocas gotean, sudan, lloran, gimen; mil voces que parecen confundirse al producirse cada una, llenan el aire de notas graves, agudas, argentinas, que trinan cariñosas, lentas, precipitadas; un canto, un grito, un tumulto, un castillo de fuego que aturde, alegra el alma, refresca la sangre y hace estremecer de placer los nervios.

Apenas nos oíamos unos á otros. Reíamos sin saber por qué, como en medio de una fiesta de niños. Todo aquel barullo nos cogió de improviso. Estábamos muy lejos de esperar una acogida tan alegre.

El agua corría, saltaba en tal abundancia y con tal ímpetu sobre nuestras cabezas, que á

veces temíamos recibir un baño involuntario y no hubiera sido inútil abrir los paraguas. La música nos acompañó creciente durante un buen rato. A veces parecía que se calmaba un poco; los ruidos del agua se hacían ménos frecuentes y ménos intensos.

Después, de repente, á la vuelta de una roca, otra explosión más fuerte de gritos, de trinos, de ecos del torrente, de surtidores de aguas, de murmullos de cascadas, de notas profundas, agudas, rápidas, que parecía nos querían decir, contar, explicar, persuadir de algo con afán; un diluvio de voces incomprensibles que hacían perder la paciencia y gritar:

— ¡Está bien; pero callaos! ¡Está comprendido!

— Y entonces un poco de tiempo se tranquilizaban y podíamos seguir hablando, sin necesidad de gritar.

Pero hé aquí que de repente nos sorprende un nuevo ruido, un coro altísimo y animado con salutations sonoras de llamadas, de exclamaciones, de risas, de cantos de pájaros y de sonidos de campanilla, como una multitud escondida detrás de las rocas, entre las plantas y en las grutas, como de centenares de mujeres y chiquillos

que de todas las alturas nos apostrofaran, burlándose del conde de la Trinidad, preguntándonos como estaba el marqués de Pianezza, riyéndose de los inquisidores y de los frailes. Era una armonía, un espectáculo que escitaba á aplaudir y á agitar el pañuelo.

—Y, sin embargo,—nos decía Bonnet—no es esta de fijo la mejor estación para estar aquí; se debe venir en Mayo, cuando todas las isletas y las orillas del torrente estén floridas y forman como un mosaico movibles de mil colores y sobre los montes hay todavía nieve que se va deshaciendo. Entonces es cuando hay que oír esa orquesta. ¡Oh hermosa y bendita naturaleza! ¡Quiera el cielo que no se cumpla los horribles acontecimientos de que está amenazado el valle de Angrogna: ojalá estén distantes de nosotros todavía los hoteles americanos ó ingleses, las mesas redondas, las salas de lectura y los conciertos! Siquiera por un siglo.

Continuando el paseo, al lado allá de una hermosa cascada llamada Gog-ni (que quiere decir *Garganta negra*), se ven en el lecho del torrente excavaciones profundas, llamadas *tompi* por los moradores del valle, en cuyas *tompi* el agua sube hasta muchos metros de altura, y tan clara, que se vería la hoja de una flor en el fondo. Parecen grandes cavidades hechas de intento para servir de baño á gigantes. Cada una tiene un nombre propio: algunas tienen su leyenda.

Una de las más profundas, llamada *tompi Saquet*, es histórica por haberse ahogado, precipitándose desde una roca, un tal Saquet, de Polonghera, que era uno de los jefes del ejército de Capitaneis, en 1488, y que poco antes de morir, combatiendo allí cerca contra los angrognianos, había jurado arrojar en pedazos á cuantos hubiesen caído en sus manos. Después de trescientos noventa y cuatro años, el *tompi* conserva todavía el nombre

de su víctima, y lo conservará, como dicen poéticamente en aquellos valles, hasta que un padre valdense siga el mismo camino acompañado de su hijo.

El camino, á medida que se cierra el valle, se cambia en una vereda, la cual se estrecha al pié del Rocciagle, temerosamente, amenazado de piedra por un lado y de las aguas del torrente por el otro. El aspecto del Rocciagle, en aquel punto, es verdaderamente majestuoso y terrible. Masas enormes, en las cuales se podría excavar una casa, avanzan hasta las orillas interceptando casi el camino; algunos se destacan desmoronándose de la altura; otros incrustados en los lados del monte, parecidos á monstruos inmensos que asoman fuera su deforme cabeza; otros inclinados como torreones que amenazan ruina, suspendidas casi sobre la vereda, capaces de ocultar veinte personas; tan mal intencionados á la vista, que, al pasar por bajo de ellos, dan ganas de decir:

—¡Un momento, por favor!

En algunos puntos, hay grandes montones de piedras, que parecen ruinas de palacios gigantes, destruidos por un terremoto. El lecho mismo del torrente, muy rápido, está todo obstruido por colosales masas blancas que parecen ruinas de una

grada titánica que bajase desde el monte Roux, hasta la Torre. La montaña descende, casi inaccesible, con paredes derechas, escalones de rocas, ángulos, dientes, pequeños precipicios, accidentes, llena de amenazas, de peligros y de horrores; pendientes peligrosas, en las que no es posible que puedan estar los hombres sino sujetos ó suspendidos por cuerdas de los picos ó contenidos en un brocal, como los pajarillos en el nido.

Sin embargo, también allí abajo, entre aquellas rocas, hay escuelas, grupos de casitas con pequeños trozos de terreno cultivado que están allí, en medio de peñas; establecidos con la paciencia de un santo; cabañas solitarias que permanecen meses y meses en la nieve, y de las que á veces no se pueden sacar ni los muertos. Este es el sitio más estrecho del valle de Angrogna. El sendero se estrecha más todavía, la orilla se levanta, las faldas de los montes de una y otra parte, casi se tocan. Esta es la puerta del Prado del Torno.

Un puentecillo de arcos atraviesa el torrente, que se precipita entre dos murallas. Cerca de una de éstas, pasa el camino sobre un sosten artificial de piedra y de madera que se echaría abajo con pocos golpes de azadon. Amenazados de un asalto, los valdenses destrufan aquel sosten, y nadie pasaba ya.

La estrechura estaba fortificada. El camino estaba cerrado con una puerta. Detrás de la puerta había dos centinelas: la desesperacion y la muerte.

Allí nos detuvimos un rato, echados á la sombra de una roca, á hablar de las batallas extrañas y terribles que se habían librado sobre las dos orillas y en todos los montes que se alzaban en aquellos contornos. ¿De qué modo un puñado de montañeses había podido triunfar de tantos ejércitos? ¿Cómo se defendían? ¿Cómo los atacaban? Las historias parciales y las Memorias de aquellos tiempos refieren detalles concisos y esparcidos; pero suficientes para el que quiera representarse con todos sus colores aquellas luchas.

Los ejércitos católicos, al principio iban á combatir con ánimo esforzado, confiando en la superioridad del número, de las armas, de la disciplina y de los jefes, no pudiendo creer que los reveses sufridos por sus predecesores tuviesen otras causas que algun error de táctica, grande y casual, cometida por descuido.

Estaban, además, animados por la fé de acometer una empresa santa, exterminando á los perros herejes, y por ver que los valdenses, que aborrecían todavía la efusion de sangre por respetos á su antiguo principio de la inviolabilidad de la vida humana,

huían siempre que les era posible delante de ellos, no empeñando batallas sino en el último extremo: lo que naturalmente era considerado en ellos como efecto del miedo; entraban, pues, en los valles, cantando, con la seguridad de ir á marcar sobre las rocas del Prado del Torno el último día de la herregía.

Pero el desengaño no se hacía esperar. Era imposible ante todo, que gente de la llanura, por lo que hubiese oído decir de lo espantoso de aquellos lugares, se imaginara de un modo seguro la naturaleza é intensidad de las dificultades que presentaba aquel valle á un ejército sitiador: la primera impresion de aquellas montañas era acobardar algun tanto hasta á los más esforzados. Además, siendo por otra parte difícil á los generales calcular las distancias con exactitud, ocurría frecuentemente que las columnas no llegaran al mismo tiempo á los puntos designados para el ataque, y que se encontraran la una detrás de la otra frente al grueso de las fuerzas enemigas. Marchando en buen orden, unidas y rápidas, se internaban poco á poco desmesuradamente por veredas estrechas en medio de los árboles, despedazándose y huyendo luego con sus oficiales, perdiendo mucha parte de su fuerza orgánica ántes de llegar al sitio del combate. Y la desigualdad de armamento que había

entre ellos y los enemigos, cedía casi toda en desventaja suya.

Cubiertos de cascos, de corazas de hierro, de armas pesadas, no acostumbrados á caminar sobre la hierba resbaladiza y sobre los picos inseguros de la montaña, resbalaban rabiosos, desmayaban, perdían el ímpetu del ataque á mitad de la subida, y llegaban estropeados y lánguidos frente á los valdenses llenos de fuerza é inmóviles.

Éstos, no armados al principio más que de hondas, arcos y picas, defendidos por corazas de cortezas de árboles y de pieles velludas, ligeros, ejercitados á pisar sobre las rocas como garras de acero, muy diestros en las subidas rápidas y en las bajadas difíciles, conocedores de todos los sitios, de todos los rincones, de todas las defensas naturales del terreno, volaban, digámoslo así, por sus montes como bandadas de aguiluchos, casi sin cansarse, sin otro cuidado que atacar y defenderse, prontos siempre á caer sobre el enemigo cuando lo sorprendían en un paso difícil, á hacerle huir, y escaparse de entre sus manos cuando estaban á punto de cojerlos, á aprovechar todos [sus] momentos de incertidumbre y de debilidad para alcanzarlo y confundirlo con atrevidas vueltas de improviso que no les daban tiempo de recobrase.

Los católicos se hacían preceder de un pequeño número de soldados que buscaran los pasos más practicables y las bajadas ménos peligrosas; pero éstos, asaltados inopinadamente por gentes apostadas detrás de los peñascos, veían surgir alrededor de ellos, espectros lanzados por la tierra, por los cuales eran acuchillados ó puestos en fuga ántes de salir del primer estupor, y ántes que la columna llegase á la vista de la refriega.

Llegaba también á menudo una columna sin encontrar resistencia y sin ver al enemigo, á tomar un punto elevado, en el cual les parecía no tener nada que temer de arriba; pero era una ilusión; á los pocos minutos sentían sobre sus cabezas los gritos y las pedradas de los valdenses que habian subido sin ser vistos, á poca distancia de ellos, por las hendiduras de las montañas de la espalda, hasta sobre una altura que los dominaba y que hubiera sido locura asaltarla.

—¡A la brua!—¡A la cima!—¡La victoria está arriba!—era su palabra de orden y el grito de guerra en todas aquellas luchas. Poner el enemigo á sus piés. Aparecerle de repente sobre la cabeza, como en la llanura se busca aparecer de improviso por el costado. Todo jefe de maniobras tenía el ojo de un gran capitán, en aquellos lugares, de los cuales conocían cada arbusto y cada piedra.

Veinticinco montañeses puestos á defender una entrada practicada entre dos rocas ó entre una roca y el torrente, tenían detrás una columna de 500 soldados, dando tiempo al grueso de la fuerza para desembarazarse de las otras columnas. Donde la defensa era ménos fácil, levantaban montones de tierra y de arena; barricadas formidables, compuestas de una doble fila de defensas, teniendo dentro árboles y piedras amontonadas y nieve aplastada que llenaba todos los huecos, la cual, congelándose despues de mojarse nuevamente, formaba una masa de hielo sobre la que caían de golpe los sitiadores, barridos á quema ropa por los arcabuces.

Los católicos no podían todavía llevar los cañones sobre aquellos montes. Cuando les amenazaron con llevarlos, los valdenses levantaron una barricada enorme de cerca de 500 metros de largo, que se veía desde la embocadura del valle. Lo que no habían aprendido de la naturaleza, se lo había enseñado poco á poco la experiencia; no ignoraban ninguna industria guerrera, no descuidaban ninguna prevención y hacían una guerra de leones y de gatos.

Caminaban largo trecho descalzos para no ser oídos, subían por las cuestas arrastrando el cuerpo para no ser vistos, andaban muchas leguas entre la niebla á largas filas, cogidos por las extremidades de

los vestidos para no perderse; tenían una habilidad admirable para medir la profundidad de la nieve con las picas en plena noche, aun en los lugares más escarpados, para oír la proximidad del enemigo por sus pisadas, para reconocer su paso sobre la hierba y por las piedras removidas: estaban curtidos en los sufrimientos de la vida salvaje, resistían privaciones inauditas, se alimentaban de raíces y de carne cruda de lobos, comían corriendo por las cimas con el arma al brazo y el plato en las manos; dormían amontonados sobre el hielo juntos y apretados como grupos de culebras, para no morir de frío.

Casi todos manejaban las armas mejor que los soldados viejos, habían formado con los jóvenes más atrevidos y más fuertes una compañía de cien arcabuceros, llamados arcabuceros volantes, ninguno de los cuales erraba jamás el golpe.

Tenían tiradores de honda que á una distancia donde no llegaban las balas de los arcabuceros, en tres pedradas despedazaban el pecho y el cráneo de un hombre.

Se servían también con gran resultado, de las piedras, haciéndolas rodar por el monte; unos cuantos hombres robustos apoyando las espaldas en las rocas y haciendo fuerza con los piés y con palancas, movían y echaban abajo piedras enormes

que, precipitándose, se rompían, imprimían movimiento á otras piedras, abrían las columnas, destrozaban á los soldados y arrojaban al camino, brazos y piernas y filas enteras desparramadas como cascos de metralas y lo imponente del camino hacía imposible la huida. Inútilmente yendo al ataque, los soldados católicos se ponían al abrigo con pedazos de madera, altos y resistentes, con sacos de paja ó con figinas: los grandes peñascos, bajan lo á atroces saltos, con la fuerza de balas de cañon revolvían, machacaban y trituraban cuanto encontraban y se estrechaban en el fondo del valle, manchadas de sangre y de entrañas deshechas como gigantescos destrozos de carne, arrojados desde las cimas. Los cambios repentinos de tiempo favorecían también á los valdenses. A veces una columna de ataque se encontraba envuelta en pocos momentos por una densísima niebla, como por una inmensa nube de humo llevada por el viento; los soldados no veían ya nada, se introducía el desorden en las filas, todos iban y venían atropellándose, llamándose, buscando inútilmente el camino para volver: un tambor ó un cuerno valdense que sonase entonces, llevaba el pánico á toda la columna: oían acercarse enemigos por todas partes, creíanse cercados, se mataban unos á otros, se des-

bandaban en todas direcciones como reses heridas por saetas.

Mas de una vez, sin embargo, equivocando el camino combatiéndose en retirada, asediados por dos lados, se encontraban encerrados, aglomerados en una hondonada, bajo el fuego de los valdenses defendidos detrás de las peñas, enseñoreados de los árboles y de las cabañas, desde donde no erraban un golpe, y no acertaban á salvarse, más que cubriendo el camino de la retirada de cadáveres y heridos, y dejando grupos de prisioneros en todos los huecos.

Otras veces, finalmente, enervados por largas marchas y por trabajosas subidas, desesperados de vencer, espantados de aquel enemigo incansable é invisible que les amenazaba por todas partes envolviéndolos continuamente como un ejército alado que los diezmaba con mil armas y con mil artificios imprevisitos, misteriosos, satánicos, un invencible terror pánico les asaltaba por mucho tiempo en medio del combate, un miedo fantástico á la montaña, un terror loco á aquellos peñascos enormes y á aquellas gargantas tenebrosas, llenas de asechanzas, de temores y de muerte, y entonces emprendían todos precipitada fuga escondiéndose vertiginosamente entre los peñascos, resbalándose á lo hondo por las piedras

mojadas por los arroyuelos convertidos en precipicios de hielo, saltando unos sobre otros en descenso por los escalones de los bancales, despedazándose en lo hondo, en los peñascos, sin esperanza de salvacion, agarrándose á los arbustos, de los picos, suspendidos sobre el abismo, no oyendo las voces de mando de los oficiales, se empujaban, se atropellaban, se herian con sus propias manos, arrojaban las armas, se internaban en los viñedos y matorrales como bestias encerradas en jaulas, se dejaban alcanzar, se dejaban matar, se echaban á los precipicios por salvarse de los arcabuces, se ahogaban en el torrente por escapar de las espadas, se echaban contra las espadas por huir de los peñascos y morian helados sobre la nieve para esconderse de los perseguidores.

Los más valientes, por otra parte, los jefes, los que habían tomado las armas por fanatismo religioso y los que se encontraban combatiendo en puntos sin salida, resistían todavía; la batalla se dividía en muchos combates parciales, en luchas de cuatro, de ocho, de diez, que se perseguían despues uno por uno largamente, sobre los peñascos, con ensañamiento feroz, rugiendo amenazas de muerte y de condenacion; duelos horribles se empeñaban sobre eminencias solitarias; los oficiales, reunidos despues de carreras desesperadas sobre los precipicios, caían exte-

nuados, ofreciendo inútilmente rescate como Luis de Monters; otros como Cárlos Freschet, tendidos en tierra por una pedrada, eran degollados y permanecían sus cadáveres insepultos sobre el hielo; otros, escapando con mucho trabajo á la matanza, erraban por la nieve desnudos, ensangrentados, pidiendo socorro, medio locos, volvían despues al campo y á sus casas con enfermedades extrañas de las cuales morían, ó atormentados años y años por alucinaciones espantosas, sobrecogidos por visiones constantes de aquellos peñascos, de aquellos precipicios, de aquellos montes horribles, de aquellas huidas de locos frenéticos, que llenaban el valle de ahullidos.

¡Ah! no eran de ningun modo aquellos antiguos pastorcillos valdenses, mansos como corderillos ni sufridos hasta el martirio! Tratados como fieras, como tales se portaban luego.

Se comprende bien cómo tendría ejercitado el brazo en la honda el jovencillo á quien habían martirizado su madre, y el pulso de acero en la pica, el hombre á quien habían hecho pedazos sus hijos; se comprende cuánto debían penetrar en las espaldas de los fugitivos las armas impulsadas por tales manos.

Sería un espectáculo conmovedor oír á los pastores que los seguían, ordenarles que desistieran del derrocamiento de sangre, en nombre del Dios de

la misericordia y el amor. No bastaba ya vencer, tenían necesidad de castigar, de vengarse, de hacer pagar la crueldad con la desesperacion, y el tormento con el exterminio.

Y sin embargo, aun en aquellas feroces batallas, tenía la religion algo de augusto y de solemne.

¡Qué espectáculo debían presentar sobre los montes aquellas largas filas de valdenses con grandes sombreros, melenas á lo nazareno, aquellos viejos armados de arcabuces, aquellos muchachos con las hondas, aquellos jóvenes con las picas, aquellos pastores con la Biblia, cuando antes de combatir, se arrodillaban todos juntos sobre las peñas, á la luz del sol naciente, alzando la cara y las manos al cielo para pedir á Dios la victoria, y detrás de ellos las mujeres y los niños, que tenían dispuesta la pólvora y preparadas las piedras, y más atrás los viejos decrepitos, los enfermos, los inválidos, los chiquillos que rezaban y lloraban; mientras abajo en el valle los batallones se preparaban al asalto, apostrofándolos con un coro infernal de blasfemias y de injurias!

Despues silbaban á través de la niebla las balas y se arrojaban las piedras, las fichas y los peñascos, los heridos ahullaban, las peñas destilaban sangre, los cascos y las espadas saltaban de trecho en trecho, las columnas se deshacían y volvían la espalda, y ro-

daban juntos abajo por los precipicios y las hendiduras, muertos, moribundos, maderos, tambores, alabardas, alféreces, peones, infantes, estandartes, mientras sobre las alturas, doradas por el sol, resonaban los cantos solemnes y cadenciosos de la victoria.

¡Maldicion del cielo! Tantos bravos y nobles piemonteses, oficiales valientes y ambiciosos, que esperaban poder contar sus victorias en los salones de Turin, tantos jóvenes voluntarios de la fé, que habían creído firmemente ir á combatir teniendo dos ángeles á su lado, tantos aventureros que habían ido allí como á una guerra fácil de saqueos y atropellos: ¡qué rabia mortal, qué angustiada vergüenza debían de sentir en el ánimo durante aquellas miserables fugas, cuando volviéndose á mirar á lo alto, veían sobre las cumbres aquellas tropas de espectros, aquellos rebaños de andrajosos, de hambrientos y de miserables que ninguna fuerza humana podía dominar!

En vano los frailes, en vano los misioneros, á cada asalto del ejército, esperaban á la embocadura del valle que los vencedores volviesen, arrastrando consigo hasta los últimos restos de los incrédulos, para hacer de ellos papistas ó cadáveres.

Y los últimos restos no llegaban nunca. No llegaban más que los soldados de la Inquisicion, á la desbandada, descompuestos, ensangrentados, llevando en

camillas á sus compañeros, con la frente herida y ocultando por vergüenza las cruces de sus banderas.

¡Quién hubiese dicho entonces á aquellos soldados y á aquellos frailes que bajo aquella misma cruz blanca, los cañones de la casa de Saboya destruirían un día las puertas de la ciudad del Papa!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*
* *

Nos volvimos á poner en camino y entramos en Prado de Torno. Parecía efectivamente que se entraba por los muros de una fortaleza. A los pocos pasos me acordé de aquel terrible *desfiladero de la Hacha*, donde Mauvert hace morir de hambre á 20.000 bárbaros, en su novela.

Los peñascos altísimos presentan formas raras de torres, de fachadas de catedrales, de grandes arcos de galería; algunas de palacios aéreos erigidos allá arriba en la region de las nubes, alrededor de los cuales vuelan los buitres y las águilas.

Aquí y allí á grandes alturas, se ven pequeñas mesetas verdes donde pacen cabras, que al mirarlas produce vértigo delante de pequeñas casas que parece puestas allí por milagro y que están pegadas á las peñas como nidos de pájaros. Más abajo, otros grupos de casitas toscas y negras apoyadas sobre las laderas de los montes bajo la perpétua amenaza de los témpanos de nieve y los desprendi-

mientos de las peñas que algunas veces las sepultan y las deshacen como juguetes de cristal.

Aunque allí no vimos á nadie, Prado del Torno esta habitado por cerca de 500 personas entre valdenses y católicos; algun pescador de truchas allá abajo entre las piedras del torrente, un círculo de niños á la sombra de un acebo, una mujer que sacaba pan negro del horno en un corralillo. El torrente apenas hacía ruido. Después de media hora de camino en silencio, llegamos á una peña, donde hay un templete nuevo de estilo mixto de gótico y árabe como un pabellon de jardin.

Al pié de la roca, hay unas pocas casas y una iglesia católica.

El valle parecía cerrado por todas partes; á la izquierda por los montes que forman el puerto de Falchero, á la derecha por los montes de Poirán y del Infierno, escabrosísimos, desnudos, grises, todos pedregosos, que se perdían en el cielo. Estábamos como caídos en un lazo de la montaña, prisioneros, separados del mundo, en el borde de un enorme sepulcro cóncavo, abierto hácia el cielo y todo alrededor ni un ruido, ni una cara, ni una voz humana.

Solamente había allí una muchacha de doce á trece años, una vaquerilla, descalza, con un

andrago de vestido, sentada en el suelo delante de la iglesia leyendo un libro. Miré el título: era una *Historia de la iglesia valdense*, un volumen de tamaño grande y elegante, impreso en París. Tomé apunte de esto en mi libro de memoria. Era la primera campesina italiana á quien veía leer.

Habíamos llegado al fin, á aquel misterioso Prado del Torno, fortaleza, corazon, santuario de los valles.

Allí, en los primeros tiempos de los valdenses, estaba el Seminario teológico de los *barbas*, la antigua escuela "educadora de pastores, de evangelistas y de mártires," en la cual se instruían los jóvenes alumnos en las Sagradas Escrituras y en el latín, se copiaban manuscritos de la Biblia y se componían tratados religiosos; y de aquí salían después los nuevos pastores dos á dos y se extendían por el mundo ejerciendo las profesiones de comerciantes, de cirujanos y de médicos para difundir con más facilidad la palabra de Dios, é iban á encontrar á sus hermanos de Calabria y Pughia y sus discípulos de Moravia, de Hungría y de Bohemia.

¡Quién sabe las figuras extrañas de ascetas, de secentones venerables, de jovencillos enardecidos de fé, y qué maravillosas vidas de humildad y de sacrificio pasarían entre aquellas montañas!

Estaban bien distantes entonces, sin duda, de imaginar que aquel ángulo tranquilo de sus valles, había de ser en los siglos venideros asaltado con tanta furia, por tantos ejércitos y regado todo él de tanta sangre. Que en efecto fué como el último baluarte del pueblo valdense en toda la guerra.

Allí acudían de todos los valles las familias, y los restos de las familias que estaban allí meses, alimentándose con hierbas y leche.

La compañía de los arcabuceros volantes, con sus dos jefes, se reunía allí, después de sus atrevidas expediciones. Allí habían construido casas, hornos, almacenes, molinos; se fabricaban picas y se fundían balas. Millares de personas trabajaban, rezaban, se ejercitaban en las armas, llevaban piedras y troncos de árboles á las barricadas, subían sobre las cimas para espiar al enemigo. Era como un hormiguero, una masa continua de gente agitada constantemente por el terror, por la esperanza, por la gloria de la victoria y por el presentimiento de la próxima desgracia. Porque veían todo desde allí, veían las columnas enemigas venir sobre las crestas desnudas de los montes, reluciendo á los rayos del sol, y bajar lentamente, y los valdenses subir, escondidos para asaltarlos por el costado; veían la refriega, oían los gritos, contaban los caídos, estaban allí encima, in-

móviles, esperando el fin de los combates que para ellos podía ser la prision, la dispersion, la pérdida de los hijos, el tormento, y después de ello, la muerte.

¡Con qué loca alegría debían lanzarse al encuentro de sus defensores cuando volvían victoriosos, arrojando sobre las orillas del torrente, brazadas de alabardas, de corazas, de morriones, de uniformes, entre cuyos objetos rodaba alguna vez la cabeza de alguno de sus más feroces perseguidores!

De noche, en el corazón del invierno, después de huidas muy peligrosas, llegaban allí multitud de fugitivos, á los cuales el horror de los destrozos vistos, les dejaba mudos durante muchos días; llegaban después de un viaje de muchos meses, ataviados extrañamente y estenuados por los trabajos, los pocos que se libraban de los estragos de Calabria; allí llegaban, escoltados de valdenses, temblando de frío y de miedo las mujeres y los niños confiados á ellos por sus maridos y sus padres para librarlas de los exesos de la soldadesca; pálidos, descamisados, anunciando que no había tregua posible y que un nuevo asalto era inminente.

Pero esto era, sin embargo, como días de fiesta en aquel inmenso infierno lleno de dolor y de espanto: los días en que bajaban de las altas montañas.—OB. DE AMICIS.

tañas los diputados valdenses, cansados por largas peregrinaciones por Europa, llevando del Elector Palatino, del Duque de Wurtemberg, del marqués de Baden, de los cantones evangélicos de Suiza, de la iglesia francesa de Strasburgo, de todos los amigos lejanos y valiosos avisos de haber hecho poderosas intercesiones y la esperanza de un porvenir más halagüeño; días en los que volvían sus misioneros de los países protestantes con una preciosa carga de libros piadosos, encontrados tras largas pesquisas y recogidos á precio de grandes sacrificios; los días en que llegaban sus hermanos de Provenza con las armas escondidas bajo las capas; los soldados hugonotes desertados de las guarniciones de Lyon, Grenoble y de Valenza; los rudos compañeros de los Lesdilières y de los Coligny, reunidos allí para combatir y para morir con ellos.

Entonces todos recobraban ánimo; los salmos resonaban más; los pequeños arsenales trabajaban con más fé; las promesas y juramentos se repetían con nuevo ardor; y las compañías armadas se lanzaban desde lo alto más impetuosamente á socorrer á sus hermanos. Bajaban al valle de San Martin, caían en el valle de San German á resistir á los monges de la Abadía de Pincero, se lanzaban

al valle de San Bartolomé á combatir á los Señores de Rocapietra, corrían á librar á Taillaret, volaban al socorro de las poblaciones sitiadas de Bobio, de Rora, del Villar é invadían la llanura combatiendo los incendios con los incendios y las matanzas con las matanzas, hasta San Segundo, Miradolo, Osasco, Cavour....: pero iba bastante más lejos el terror; llegó á veces hasta Turin, hasta las doradas salas de los castillos de Turin y Moncalieri y hasta el mismo corazón de los Estados de los Duques de Saboya, los cuales asomados de noche á la ventana volvían la vista á aquellas grandes montañas negras como á una imagen siniestra y de remordimiento.

El Sr. Bonnet nos presentó al maestro, un jovencito, simpático y alegre, el cual tiene una habitación en el edificio del Templo, donde también está la escuela, y una habitación para el pastor.

Aquel guapo joven, además de otras muchas cualidades de *cicerone* excelente, posee la recomendable condición de hacer tortillas, como muy pocos católicos saben hacerlas. Nos sentamos alrededor de la mesa en el cuarto del pastor; una especie de celda monástica desnuda y blanca, con una mesa y cuatro sillas, limpia como si la hubieran estado lavando toda la mañana cuatro criadas holandesas.

Por tres pequeñas ventanas veíamos, de soslayo, los montes de los alrededores, nada más que los montes, los cuales llenaban la vista de los tres huecos como tres tiendecitas verdes y azules. No hay palabras con que encarecer la quietud, la frescura y la sencillez de aquel sitio.

La voz dulce y lenta del pastor, era como una música que acompañaba y traducía el lenguaje de las cosas. Nos hablaba de la inauguración de aquel templo, verificada seis años há, á la cual habían acudido 3.000 personas, que no cabiendo en la iglesia, se habían quedado en el campo y muchos oradores habían hablado desde lo alto del tejado, apostrofando á las montañas gloriosas y terribles; despues de lo cual, Prado del Torno, silencioso desde casi dos siglos, había vuelto á recaer en su profundo silencio que por mucho tiempo no volverá á ser turbado.

Despues, nos hablaba de sus viajes á la montaña, de cuando va á predicar á los pastores de las cabañas de Loirán, del Inernet, de Giacet, de la Cella, de la Cella vieja; y escuchándolo esperímenté un sentimiento de admiración y aun cierta tristeza, al pensar que mientras yo estaba en mi estudio, abrigado, fantaseando con mi imaginación, aquel hombre tan fino y tan culto, andaba por aquellos montes por senderos escarpados, en medio de la nieve, con vientos helados, solo, con un pedazo de pan y con la Biblia, á predicar la bondad, la resignación y la oración. Pero al ver cómo él hablaba de su soledad y de sus trabajos, con tanta ó más complacencia de la que yo pueda espe-

rimentar al hablar de mis goces, era mayor mi admiración y se desvanecía mi tristeza para ceder el puesto á la envidia.

Sí, aquel buen pastor me era tan simpático, su aspecto y su voz eran tan agradables, me despertaban tan vivamente en el corazón, sentimientos, ó más bien, ecos de sentimientos muertos ó sepultados desde hace muchos años, que de haber estado solo con él, no sé... le habría cogido la mano como á un amigo y le hubiera dicho:

—Veamos... habla... persuádmeme... mi corazón no ha estado jamás tan bien dispuesto á sentir, y me parece que ya no hay otra voz más que la tuya de la cual pueda uno esperar algo.

Quién sabe cómo me hubiera mirado, qué me hubiera respondido y de qué manera y con qué palabras hubiese yo replicado.

Me hacía estas preguntas, mirándolo, cuando él se levantó para llevarnos á la plazuela del templo, donde jugaban algunos chiquillos valdenses. Precisamente debajo, al pié de la montaña está la capilla católica á Nuestra Señora de la Misericordia y á San Carlos, descolorida y triste, frente al templo nuevo pintarrageado y triunfante, y parecía que uno y otro se miraban amenazándose con el ojo de su ventana redonda que parecía lan-

zarse al asalto, por echarle por tierra. ¡Buen Dios! ¡Cuán pequeñas parecían en el fondo de aquel abismo al pié de aquellas grandes montañas aquellos montecitos de piedras, cada uno de los cuales parecía decir al otro:—¡Yo estoy más cerca del cielo que tú! Pero bastaba dirigir una mirada alrededor sobre los pocos campesinos valdenses y católicos que pasaban, para comprender que no había ya lucha más que en las fachadas de los edificios.

Pasaban lentamente y á grandes intervalos, saludándose con un movimiento de cabeza, hombres y mujeres, con los instrumentos del trabajo al hombro, ó con la calceta en la mano, casi sin mirarse, como personas de una sola familia que se encuentran por la casa; y en las caras de todos y en sus movimientos, se adivinaba la tranquilidad infinita de sus existencias.

Ellos viven allí, en efecto, como la guarnición de una fortaleza solitaria no visitada más que por curiosos que se detenían pocos momentos una vez al año.

Algunos van de vez en cuando á Torre-Pellice, poquísimos más, de tarde en tarde á la gran ciudad de Pinerolo, y se cuentan ciertamente por los dedos los que han llegado á la lejana y populosa ciudad de Turin.

Una avenida del torrente, la caída de un témpano de nieve, un matrimonio, una muerte, son los grandes acontecimientos, objeto de sus conversaciones durante meses, alrededor de las humeantes hogueras que resplandecen en las largas veladas del invierno.

De las cosas grandes que ocurren más allá de sus valles, no llega á ellos sino un rumor vago y confuso como las olas de un lejano mar agitado por los vientos. El socialismo triunfante podrá invadir el mundo; ellos apenas se apercibirán. De la casa al templo, del torrente al campo, del huerto al castañar; todos los días dan los mismos pasos, revolviendo en su mente las mismas ideas, diciéndose cuando se encuentran las mismas palabras; sus necesidades no son más que un pedazo de pan, una poca de lumbré y el sermón del pastor. Cuando no les han faltado estas cosas durante sesenta años, mueren sin quejarse de la vida.

Y decir que para esto, nada más que para esto, han luchado, derramado su sangre y llorado por 400 años.

*
* *

Hubiéramos querido permanecer más tiempo todavía en aquella profunda paz; pero viendo que los campos dorados, esparcidos aquí y allá entre los castaños desaparecían unos tras otros rápidamente, nos pusimos en camino para regresar. Volvimos á pasar bajo las enormes peñas, tornamos á escuchar aquel espantoso ruido de agua.

El valle estaba rodeado ya de vastas sombras negras entre las que apenas se veían las casas como manchas más negras; las cimas pedregosas de los montes estaban coloreadas de rosa y de púrpura; el camino aun más solitario que por la mañana. Durante dos leguas no oímos más que el sonido de algún encerrillo de cabras ó de ovejas, invisibles, y á gran distancia, el canto de una gallina ó el ladrido de un perro que resonaban en todo el valle, repercutido, por cien ecos. Volvimos á saludar á la Sarre, y vimos de nuevo la roca de las Hadas....

Dos de los cuatro viajeros tenían ya el aspecto, y

el modo de andar del arcediano de Cremona, después de la derrota famosa de Rocciaglio. Pero la vista de la plazoleta de Angrogna les volvió en sí, como la aparición de una hermosa mujer en la ventana.

Allí, el Sr. Bonnet nos hizo ver dos curiosas piedras históricas; una redonda fijada en el suelo, sobre la cual hay la tradición de que el pueblo hace machacar las manzanas sin cáscara á los deudores insolventes, como ya hacían los florentinos, á los fallidos, sobre la piedra grande del mercado nuevo; la otra, de la forma de una piedra de mesa sostenida por un peñasco recto, alrededor de la cual se dice que iban los litigantes, en presencia del pastor, ó de un anciano respetable, á exponer sus razones, por lo cual se llama aun la piedra de la razón; pero no teniendo la una ni la otra huellas de estas operaciones, puede creerse que entre los antiguos valdenses, estaban muy difundidas las dos raras virtudes, de pagar las deudas y de discutir tranquilamente.

La plazoleta estaba solitaria como por la mañana.

Pero aquel diablo de trabajador, cantaba aun, con el mismo vigor y la propia alegría que ántes! Parecía no haber callado en todo el día, y que había de continuar así largos años para parar luego de pronto como una cigarra. ¡Envidiable fin!

¡Yo que tengo tanto miedo de que he de dejar de cantar ántes de morir!

Antes de separarse de nosotros el Sr. Bonnet, tuvo la atención de conducirnos á su casa: una casita blanca, con una pared cubierta de pámpanos, dividida en pequeñas habitaciones, lindas y claras, dispuestas con graciosa sencillez y alegradas por las voces de chiquillos y los acordes de un piano.

No habríamos podido concluir mejor nuestra jornada que en aquella casa sonriente, en medio de aquella amable familia en la cual el ministerio del padre, esparce como un reflejo de la dignidad y de la serenidad religiosas. Pero yo tuve la mala idea de pedir al pastor, y de ojear un libro viejo que no había podido encontrar en las librerías: la historia valdense, de aquel célebre pastor Legét, que vivió en el siglo decimosétimo, y que tuvo importante participación, en muchos acontecimientos, tanto, que la corte de Turin, puso su cabeza á precio de ochocientos ducados.

Su historia trata con particular extensión de los estragos de Pascua, refiriéndose á testigos oculares de los hechos, y está ilustrada con grabados: dícese que es un historiador parcial y ligero, y que ha dicho muchas mentiras y hecho muchas inconveniencias. No lo sé.

Lo cierto es, que no ha mentido en todo, y que muchos de aquellos dibujos representan la verdad quizá con demasiada viveza. Quisiera no haberlos mirado. Cref haber ido demasiado lejos con la imaginación; pero debe reconocerse que ciertas cosas no se pueden inventar.

El autor de aquellos dibujos debe haber visto ciertamente cómo se retuerce y cómo vuelve la vista una criatura humana en la hoguera. No sé qué daría por poder borrar de mi memoria aquellas imágenes, que estoy seguro de no olvidar jamás.

Y despues, la idea de ciertas crueldades, de ciertos dolores, se puede resistir con la imaginación, haciendo un esfuerzo; hasta la idea de la hoguera misma. Pero ¡Dios mío! aquello de ver por un camino, ya manchado de sangre, huir los niños limpios, blancos, sobrecogidos de terror, verlos llegar juntos y agarrados; ver en aquellos queridos cuerpecillos, que hubiéramos cubierto de besos, que hubiéramos mecido, calentando con nuestro aliento, defendido con mil cuidados de un soplo de aire por tantos años, verlos entrar allí, buscando manos y cuchillos, sentirse llamar por sus nombres, y no poderlos defender, no poderlos vengar, no poderse mover, no poder ahullar y tener que estar allí, verlo todo, y morir..... ¡Ah! Ni el alma de un sér

se resiste á esta idea, es preciso desecharla, desecharla para no llorar, para no maldecir, para no odiar al género humano y á la vida, para dejar escapar de la boca las más atroces blasfemias que jamás hayan resonado bajo la bóveda del cielo.

Pero ¿cómo desecharla? Aquella idea me acompañó por todo el camino mucho tiempo despues que el amable Sr. Bonnet nos hubiera dejado, y me dejó callado mucho tiempo; y tambien mis compañeros callaban por la misma causa. Un solo pensamiento había que pudiera rehacer mi ánimo, y me preocupó vivamente: el pensamiento de lo que hubiera sucedido ciento noventa y tres años despues, el día 28 de Febrero de 1848, cuando la diputacion de los valdenses iba á Turin para cumplimentar á aquel Estado, que la había hecho libre para siempre, abría la puerta nueva para hacer su solemne entrada en la ciudad.

Eran más de cien personas, llevaban un estandarte de terciopelo con una inscripcion de plata: *A Carlos Alberto, los valdenses agradecidos*; los precedía una compañía de muchachas valdenses vestidas de blanco, cada una con una bandera. Ya por el camino de los valles á Pinerolo, y de aquí á Turin, iban acompañados con luces y con músicas, festejados como hermanos que vuelven de un largo

destierro inmerecido. Pero el recibimiento que tuvieron al entrar en Turin, fué todavía mejor. El pueblo los aclamó con indecible cariño, las señoras agitaban los pañuelos, por todas partes llovían flores, los torinenses interrumpían la procesion para abrazar á los viejos, y acariciar á los jovencillos, por último, los sacerdotes se lanzaban en medio de ellos, y echaban los brazos al cuello á los primeros que llegaban; muchos lloraban.

Cárlas Alberto quiso que desfilaran primero bajo el balcon real, en aquella plaza del Castillo donde habían quemado á sus padres.

—Han sido por mucho tiempo los últimos,—dijo;—justo es que hoy sean los primeros.

Y pasaron los primeros, tendiendo los brazos á su rey saludados por un atronador grito de la multitud, rodeados, besados, apostrofados con palabras en las que se veía la emocion del que pide perdón, y á las cuales respondían ellos con las lágrimas en los ojos, con ademanes entusiastas y alegres, que querían decir:

—¡No tenemos nada que perdonar! ¡No nos acordamos ya de nadal! ¡Somos hermanos! ¡Tenemos una sóla pátria, un sólo enemigo, un porvenir sólo!—

¡Oh, hermosos momentos de la vida de los pue-

blos, bellas horas gloriosas del corazon humano, páginas de oro de la historia de la civilizacion; sed recordadas, queridas y benditas para siempre! ¡Bendito tú tambien, bello y noble valle de Angrogna, que, en los anales, de la gran guerra por la libertad del pensamiento, has escrito con sangre de tus pastores una palabra victoriosa é inmortal!





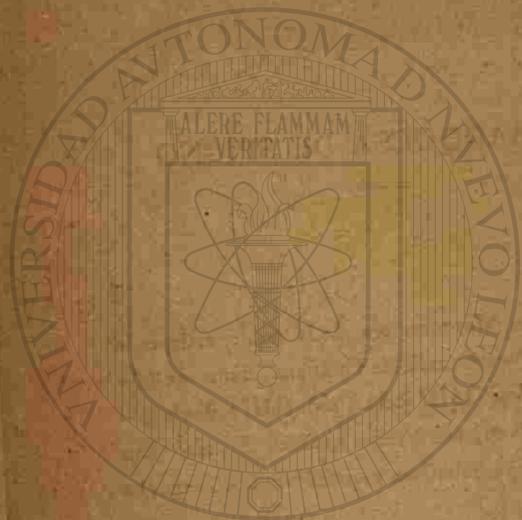
U A N L

LA MARQUESA DE SPIGNO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA MARQUESA DE SPIGNO



La Marquesa era de la noble estirpe de "los Canalis de Cumiana, dama de honor de la Reina, seducida todavía joven, por Víctor Amadeo II, casó con el conde de San Sebastian y quedó viuda con mucha prole, en 1724.

Nombrada entonces dama de la corte, halagada con la esperanza del trono, con mil artificios, consiguió volver á ser amada y casarse secretamente con el monarca, el cual le concedió el marquesado de Spigno. Mas habiendo de repente abdicado despues, fué preciso que ella, muy á su pesar y muy contrariada, se retirase con él á Saboya. Cansada de la soledad y frenética por reinar, escitó al Rey abdicador á volver á tomar la corona de su hijo. Así pues, vueltos jun-

"tos al Piamonte y prisionero Víctor Amadeo en Rívoli, fué encerrada en la fortaleza de Ceva, para ser despues restituida á su marido prisionero, al cual asistió en su muerte, despues de la cual fué por orden de Cárlos Manuel III enviada al monasterio de Salesas de Pinerolo, donde acabó sus días. Señora de ambicion y alma temeraria y de triste memoria."

Nada ménos. Yo estaba precisamente volviendo á leer, por casualidad, aquellos períodos, en los cuales está tan horriblemente desfigurada la historia de una vida de noventa años, llena de grandes acontecimientos y de grandes dolores, cuando entraron en el jardin de la ciudad una señora y una señorita, amigas y vecinas nuestras, á anunciarnos que la superiora de las Salesas había cortésmente accedido á recibirme en el locutorio, y á decirme cuanto se sabía en el monasterio acerca de la marquesa de Spigno. Era una agradabilísima noticia.

¿Quién sabe, pensaba, si yo conseguiré rasgar un tanto el velo del misterio que cubre la vida de aquella buena marquesa, tan discutida, tan maltratada y tan poco conocida? Porque en las historias de la casa de Saboya, aun las más minuciosas, en la novela de Dumas, en la relación de Rabou, en la novela histórica del gran teólogo Vigliere-

chio, en la hermosa monografía de monseñor Bernardi y en otros escritos que tratan de aquel período histórico, no nos dan más que conjeturas en cuanto se refiere al "ánimo esforzado" y á la justa medida de la culpabilidad de la célebre señora, la cual no dejó una sola carta, que yo sepa, en la que se revele en todo ó en parte su alma, ni siquiera un sentimiento pasajero. Lo que sí se sabe de cierto es que era hermosa, de una belleza "rebelde á los años," como dice un ilustre historiador, "peligrosa en la juventud y en la edad madura." Preciso es que fuese verdaderamente bella, para que ya cerca de los cincuenta años, encendiera un amor ardiente en Víctor Amadeo, hombre de mundo, que llevaba una gran carrera de devaneos, con la señorita de Saluzzo, con la Condesa de Verua, con la marquesa de Priez, con la marquesa de Cham-mont, con la condesa de Trinidad, la cual no había sido ni la última ni la más hermosa. Fresca todavía y bellísima con cerca de cincuenta años, qué maravillosa criatura habría sido á los diez y seis, cuando hizo su primera aparición en la corte, conmovida aun por los recuerdos de la terrible batalla de Marsaglia, de la que había visto el humo, oído el fragor desde las ventanas de su hermoso castillo de Cumiana! Y puede decirse toda-

vía, que toda su hermosura no llegó á su apogeo hasta una edad muy avanzada; era, quizá, una de aquellas obras predilectas de la naturaleza, que, esta se complace en retocar y embellecer por espacio de medio siglo, atormentada del infatigable y amoroso deseo de perfeccionarla.

Culta no es posible que fuera, porque hubiera sido en su rango y en aquel tiempo, una excepción; y no estaba en condiciones de escribir una carta, ni aun en francés sin muchos despropósitos de distinta naturaleza.

Pero precisamente por esto, quién sabe qué otras fuerzas de seducción y de amor debía tener aquella juventud indomable, quién sabe la mirada, la caricia, la gracia de los movimientos, la dulzura de su palabra, la elocuencia maravillosa del llanto y de la ira, la extraña originalidad del ingenio y la fragancia limpia é innata en su hermoso cuerpo, crecido como un rosal en perfumado ambiente de los Alpes!

Y toda esta belleza, toda esta fuerza, toda esta ambición, que subió hasta las gradas del trono, fué precipitada en el fondo de una cárcel, yendo á concluir en el sepulcro de un claústro. ¡Ah! ¿si la superiora de las Salesas me iría á revelar alguna cosa?

*
*
*

A los pocos minutos, bajando por una callejuela herbosa y triste, llegamos á la puerta del monasterio, que es un gran edificio, desnudo, situado sobre el declive del collado de San Mauricio, con la fachada vuelta hácia los Alpes, rodeado de un muro altísimo, en torno del cual hay otra callejuela solitaria. Hay allí pocas monjas, pero siempre un buen número de educandas sometidas á un severo régimen de vida, entre las cuales, en otro tiempo, había señoritas de las principales familias del Piamonte y hasta princesas, que tomaron el velo y murieron entre aquellos muros; porque el monasterio gozaba de la predilección de la casa reinante.

La marquesa de Spigno, que podía elegir entre las Salesas y un convento de Casignano, había escogido aquéllas, porque tenía allí dos parientes.

Las pocas casas que hay alrededor, parece que también forman parte del claústro: no se las vé y no se siente allí rumor alguno. Al lado del claústro hay

una capilla cerrada. La marquesa debía haber pasado por aquella misma callejuela silenciosa y melancólica.

Llamamos á una puertecilla que abrió una mano invisible; subimos por una escalera pequeña y lóbrega; y pasando por otra puerta baja y estrecha, nos encontramos en una habitación blanca, delante de una grandísima reja doble de madera gris, semejante á una reja de cárcel, más allá de la cual se veía otro cuarto, también blanco y semioscuro. Aquí y allá, sobre las paredes, había escritas con caracteres gruesos, sentencias de santos. A la izquierda de la reja hay un torno como los de los expósitos, para hacer pasar los objetos adentro sin ver la cara del que los recibe. A la otra parte hay pegado á la pared un car telito que prohíbe dar dulces á las educandas.

Como el día iba ya declinando, apenas se veía nada. Había un silencio, una tristeza fría, una expresión tan severa en todas las cosas de penitencia, de renuncia del mundo y de melancolía, que aquellas dos señoras, con los sombreros llenos de flores y tan elegantemente vestidos, hacían un extraño y violento contraste, como el de dos máscaras muy ataviadas, en la estancia mortuoria de un hospital.

Esperamos mucho tiempo sin encontrar nada que decir, como oprimidos ya por la tristeza del lugar.

Al fin se oyó un ruido; aparecieron dos monjas. eran la superiora y una anciana, vestidas de negro con gola blanca y velo oscuro echado casi sobre los ojos. Se acercaron á la reja. El velo y la media luz no dejaban distinguir la edad ni la fisonomía. La superiora debía ser jóven. Cuando habló, me admiré de su voz dulcísima y de su pura pronunciación toscana. Era de Pistocá. Nos sentamos y empezamos á hablar como en confesión, en voz baja, á través de los espacios de la reja.

La superiora comenzó por decir que tenía pocas noticias que darme. Habiendo estado obligadas muchas veces á abandonar el convento precipitadamente por causa de las guerras, las monjas habían perdido muchas cartas importantes y también objetos preciosos, entre ellos los regalados por la marquesa de Spigno.

El recuerdo más notable que quedaba de ella, era un retrato al óleo, de tamaño natural, que se decía era muy parecido y que debía haber sido hecho antes de entrar en el monasterio, porque no se podía suponer que en el monasterio se hubiera hecho retratar en aquel traje. Era quizá del tiempo en que creía iba á ser reina, que entonces tenía la pasión de los retratos; en uno de los cuales se ha hecho retratar en pie, con la mano extendida sobre la diadema.

La superiora me preguntó si lo quería ver. No esperaba otra cosa; una monja, que no ví, lo descolgó y nos lo dió por el torno; la señorita lo tomó y lo

apoyó en el espaldar de una silla, á cinco pasos de mí, vuelta hácia la ventana, y yo fijé los ojos en él con avidez... ¡hermosa... hermosa!

Efectivamente. Seductora, sin duda alguna. Una cabecita, una carita llena de gracia, de soltura, de atractivos, de sonrisa fugitiva, de distincion natural, que parece acariciar y amenazar, de ojos negros y grandes, nariz aristocrática, boca amorosa y maliciosa, un hermoso cuello largo, un talle flexible y esbelto que hace adivinar una estatura elevada y un cuerpo ligero y gentil, de una elegancia altanera, el cual se podía asir y elevar con una mano como un arbolillo y que debía tener una elasticidad prodigiosa en el baile y cuando se dejara caer en los almohadones del coche.

Bellísima, no lo era ciertamente, pero sí simpática, graciosa, *salada*, como dicen los españoles; una mezcla curiosa de tipo francés é italiano, una fisonomía que revela sangre hirviente y una voluntad resuelta y la conciencia de su propio valer; una mirada que hace esperar un lenguaje conciso y animado, todo frases centelleantes, gracias agudas y palabras que abrasan el alma en ocasiones.

Una de aquellas figuras que veía en sueños Enrique Heinece, cuando oía tocar á Paganí, sentada sobre un canapé en una habitacion decorada á la

Pompadeur, con multitud de espejos pequeños y amarillos, en medio de un gracioso desorden de porcelanas chinas, de guirnaldas de flores, de cintas de colores, de guantes blancos y de perlas.

El peinado es de una forma extraña, redondo y altísimo, con trenzas revueltas de la forma de un enorme turbante, del cual cae un velo trasparente que la dá el aspecto de una mora, un vestido de brocado azul, bordado de flores de plata y un manto de terciopelo encarnado, adornado de armiño, del cual sujeta un pliegue una mano delicada.

Tiene el aspecto de una gran señora; pero de una señora subida á más alta esfera de la que correspondía á su nacimiento y que tenía la conciencia de estar dignamente donde había llegado.

Y se comprende que había subido por amor. Se comprende cómo Víctor Amadeo pudiera creer que ella habría bastado para hacer agradable su vida, ella sola, en la soledad de Chambéry.

Se experimenta gran sentimiento por no haberla conocido.

Se quisieran decir muchas cosas á su intento como si se le hubieran dicho á ella viva; y no palabras tímidas y obsequiosas, sino atrevidas, agudas, brillantes, para hacerla reír, para parecerla

ingenioso, festivo y amable, agradándole á toda costa y coger un pedazo de aquel velo blanco para besarlo con locura. No es una mujer bellísima; pero sería ménos seductora y atractiva si fuese ménos bella.

—Sabemos poca cosa—dijo la superiora dulcemente.—Lo que se sabe de cierto, porque está escrito en las memorias del monasterio, es que la noticia de su venida llegó á la superiora casi de improviso, pocos días despues de la muerte del rey Víctor Amadeo, de tal modo, que hubo apenas tiempo de desocupar, ampliar y blanquear algunas habitaciones del piso bajo y colocar algunos muebles.

A qué hora llegó y por quién fué acompañada no se sabe.

Era un día de Noviembre de 1732. Se dice que quizá fuese un domingo por la mañana. Mas no lo podemos asegurar... La superiora era entonces la madre Clara María de Lucerna.

Mientras la superiora hablaba con aquella voz suave y monótona, yo estaba contemplando fijamente el lienzo, cada vez más atraído por aquella belleza.

Y como sucede á menudo, que á fuerza de fijarse en un retrato, parece que los ojos se avi-

van, que los labios se mueven, que los músculos se contraen y que de un momento á otro deben salir de la imágen las palabras, así me sucedió á mí.

En mi alrededor no había nada que distrajera: al cabo de pocos minutos, me pareció que el retrato se animaba. Y como hacía muchos días que pensaba casi constantemente en la marquesa de Spigno, estudiando su alma, atribuyéndole pensamientos, sentimientos y palabras, así me ocurrió lo que sucede á todos alguna vez, hacer hablar dentro de nosotros á una persona que nos es familiar y estarla oyendo con atención, como si fuese verdaderamente la que hablase y sin intervención alguna, ni aun pasiva de nuestra inteligencia.

La marquesa me miró; su mirada tomó poco á poco una expresión severa; su boca dibujó una sonrisa de ironía y de desprecio; después, de repente, arrojó como una llamarada de desden y detuvo un torrente de palabras.

— ¡Y bien! ¿Qué queréis? ¿Sois quizás algún historiador de la casa de Saboya? ¿Sois un oficial de la Guardia, disfrazado, que viene aquí para vigilar mi retrato? ¿No son bastante ya ciento cincuenta años de encarnizamiento contra una pobre mujer

á quien nadie defiende? ¡Esto es vergonzoso! ¡Estoy cansada de figurar en vuestras novelas y en vuestras necias historias, llenas de calumnias y de mentiras! ¿Por qué sois tan despiadados conmigo, y tan aduladores para tantas otras? Id, id á hacer vuestras novelas sobre la Condesa de Verrua. Yo no soy bastante interesante. No he cambiado de convento, no he sido infiel á mi marido, no he hecho viajes triunfantes á San Mauricio con séquito de reina, no he sido esposa del Embajador de Francia, no he venido de Turin como una ladrona llevándome las colecciones de objetos de arte, compradas con el oro de un amante, no he concluido mi vida en un palacio espléndido, en medio de fiestas y de placeres, vanagloriándome de mis amores pasados! ¡Idos! Yo no tengo aureola poética. Yo no he sido sino una ambiciosa vulgar. Yo tenía puestos los ojos en la corona á la edad de diez y seis años, cuando cometí la monstruosa falta de dar mi corazón de niña al amor de un rey joven, arrogante, glorioso, á quien ninguna ha resistido, como todo el mundo sabe bien. Yo no he tenido sino ambición. Yo sólo he sabido lo que era el amor, el reconocimiento, la abnegación y la amistad. Yo sólo he tenido el corazón de una piemontesa y las entrañas de una

madre. Yo he sido la desgracia y la vergüenza de mi país. Yo sólo he sido quien ha arrastrado á Víctor Amadeo á trastornar el Estado para volver á ceñirse la corona. Yo fuí el tormento de sus últimos días, y yo también quien ha sido la primera causa de su muerte. He hecho todo esto, por la ambición. La he satisfecho, en efecto, esta maldita ambición, para ser tratada como lo soy. He hecho mi felicidad, he gozado de la vida, no he sido castigada, no he sufrido expiación, no he padecido, no he llorado. He merecido verdaderamente que el desprecio del mundo cayera sobre mi cabeza, y resonara sobre el corazón de mis hijos, y que mi pobre nombre fuera pronunciado siempre con una sonrisa irónica y de desprecio, como el nombre de una coqueta sin alma y de una aventurera burlada! ¡Oh!... ¡Esto es una infamia!... ¡Habeis venido para mentir como los otros!

—En el convento—continuó la superiora, con su voz dulce, mientras yo comunicaba mi pensamiento á la marquesa de Spigno,—ella no ocasionó ningún disturbio. No vistió el hábito de monja; pero se puede decir que vivió casi como una monja. Tenía aquí una hermana, Sor María Josefina Radegonda, y una sobrina, Sor Teresa Inocente, que le fueron muy útiles en los primeros

meses. Pero se adaptó pronto á este régimen con gran dulzura. Al poco tiempo se había captado las simpatías de todas las hermanas, que trataba familiarmente y quería que la trataran de igual modo. Era buena con las educandas, obsequiosa con la superiora....

—¡Bien, sí — respondió la marquesa. — Yo os abro mi corazón, confieso mis faltas. Cuando después de la muerte de mi marido....

Se interrumpió un momento, y después volvió á empezar con una extraña pronunciación, entre piemontesa y francesa y con algún trabajo:

—Pues bien, sí, lo confieso. Cuando me volví á presentar en la corte, después de la muerte del Conde de San Sebastian, sin marido, no miré tanto á aumentar la fortuna de mis hijos, caídos en la miseria, como á acordarme de que el Rey volvía á amarme, lo que me dejó seducir por una loca esperanza. Es verdad, é hice cuanto estaba de mi parte para que se realizase mi sueño. Es también verdad. He sido ambiciosa, he sido mujer. ¡Se perdonan, se excusan á los hombres tantos pecados de ambición! ¿No se deberá perdonar ninguno á una mujer? Sí, he creído llegar á ser Reina, lo confieso, y cuando oí la noticia inesperada de la abdicación, se me heló la sangre en las venas,

como si se hubiese derrumbado el Palacio bajo mis piés; pero todo acabó en aquel momento. Aquel desengaño terrible, se llevó para siempre todas mis esperanzas. Es una malvada calumnia acusarme de haber excitado á Víctor Amadeo á revocar la abdicacion, de hacerlo ir de Chambery á Moncallieri para volver á tomar la corona de su hijo. No es verdad. Los primeros que me acusaron, se olvidaron de haber predicho ellos mismos, cuando el Rey quería abdicar, que se había de arrepentir bien pronto: que había de querer reinar antes de seis meses; se olvidaron de que le habían suplicado llorando que desistiera de su propósito, porque precisamente presentían lo que había de suceder; como le suplicó su mismo hijo poseído de igual presentimiento. ¡Pero cómo lo olvidaron! ¿Cómo podían no acordarse de que en los primeros meses despues de la abdicacion, Víctor Amadeo había continuado reinando, que no se hacía nada en Turin sin el consentimiento de Chambery, que se decía que había dos Reyes, que todo, todo hacía presentir como inevitable y de día en día más cierto aquello de que desde el principio solamente se sospechaba? ¡Yo he impulsado á Víctor Amadeo! Mas no sabían despues cómo había nacido y crecido la actitud del padre contra el hijo, primero porque ha-

bían cesado de mandarle el boletín de las noticias, despues por la ley de los impuestos, lo que no había sido hecho segun sus consejos, despues por la cuestion de Roma, para la cual no le habían tomado parecer. ¿No habían leído sus cartas siempre lacónicas, despreciativas, irritantes y amenazadoras? ¿No sabían que el Conde Petits, que iba á la casa con apariencia de amigo, hablaba siempre contra Carlos Manuel? ¿Había podido jamás el señor Conde referir una palabra mfa dicha con mal fin? ¿Era acaso preciso, que la dijese? ¿La peor reconvenccion que me había hecho Víctor Amadeo en aquellos sus últimos días de Moncallieri no había sido por ventura no haberse opuesto á su propósito, de haber simplemente callado en aquella desgraciada noche del Mont-Cenitz, cuando él me preguntó si debía continuar el viaje ó volver á Saboya? ¿Si hubiese tenido una excitacion, un mal consejo que echarme en cara, se hubiera contentado con reconvenirme en silencio? ¡Me acusan de haber urdido la trama! ¡Pero qué trama, Dios santo! Si Víctor Amadeo bajó al Piamonte como un muchacho sin haber preparado nada, sin haber buscado un auxilio, sin haber tenido un cómplice, sin saber siquiera lo que quería. ¿Qué pruebas, qué indicios de trama se han encontrado en

sus cartas? ¿Quién dió un paso, quién dijo una palabra por favorecer su propósito? ¿Se puede pensar que yo lo hubiese dejado correr á semejante empresa de aquel modo, si lo hubiese tenido en mi mano? ¿Dónde hubiera estado entonces la premeditacion, la astucia fina y profunda de que me acusaron? ¿Hubiera debido oponerme, al ménos—dicen—detenerlo, persuadirlo! ¡Hipócritas! Ellos sabían bien que mi imperio sobre él había acabado ya de pronto; que despues de los primeros meses de soledad, el amor había volado y que no era ya el mismo Víctor Amadeo, despues del ataque apoplético del 5 de Febrero, que mi palabra no encontraba ya eco en su corazon, que ya había empezado á contradecirme, á despreciarme, á imponerme todos sus deseos; que yo no era más que una pobre enfermera á su lado! ¿Pero quién no comprende, comenzando desde aquel día desgraciado de la apoplejía, quién no vé en todos sus actos, en su conducta en Moncallieri, en sus pueriles imprudencias, en sus conversaciones contradictorias, en sus exasperaciones, en sus impotentes iras de enfermo, quién no reconoce el curso, el progreso lento y constante de una enfermedad mental que debfa acabar, que acabó en la insensatez y para lo cual hubiera sido inútil, sino peor

cualquier intento mio de persuacion? Ciertamente, yo he deseado que abandonara la residencia de Chambery, porque ví que aquella soledad lo entristecía, que aquel aire no le probaba, y que en aquella manera de vivir tan solos los dos, yo iba perdiendo su afecto, y casi cansándole con mi presencia. Yo he deseado y le he aconsejado en los primeros meses que acogiera la oferta de Carlos Manuel y se volviera al Piamonte. Pero aconsejarle que echara del trono á su hijo, que turbara la paz de su pueblo, derramara sangre, comprometer mi patria, yo, para ser reina á los cincuenta y dos años! ¡Y una reina acusada de mil desgracias, envidiada de mis súbditos, odiada por la corte, despreciada por la aristocracia, maldita por el futuro rey! ¿Y reina por cuánto tiempo? ¿Y despues? ¿Y lo habeis podido creer? ¿Y mil y mil lo han podido creer? ¿Y casi todos lo creen todavía? ¡Es una injusticia! ¡Yo estoy inocente de esta culpa, lo digo al mundo! ¡Pongo por testigo al cielo! ¡Lo juro por la memoria de mis hijos!

—Se valió siempre de su autoridad en obsequio del monasterio—continuaba dulcemente la superiora;—en muchas ocasiones prestó grandes servicios á la superiora con sus prudentes y amables conse-

jos; nos proporcionó favores y protecciones; había conservado su rica dote; gastaba largamente para que las funciones religiosas se verificasen con pompa. Trabajó mucho, entre otras cosas, para la canonización de nuestra Juana Vicental, que había estado en el monasterio en el siglo anterior. En el monasterio no se hacía notar su presencia sino por los bienes que hacía...

—Pero aunque hubiese sido culpable,—replicó la marquesa, ¿habría merecido el castigo que me impusieron? Me hubiera bastado una sola noche, aquella horrible noche de Moncalieri, para espiar todas mis culpas. No, no hubo justicia, no hubo humanidad; jamás, jamás se encontrará una palabra adecuada para disculpar aquella conducta. Por muchos años, á cada ruido que sentía de noche, me despertaba aterrada y me volvía hácia la puerta, como para ver caer los combatientes al golpe de las hachas y aparecer el conde de La Perosa, los oficiales de la Guardia.... ¡Con las espadas desnudas y con la bayoneta rodearon la cama! ¡Ah! no se describe, no se imagina lo que sucedió. El rey se asió á mí desesperadamente; yo creí que se quedaba muerto entre mis brazos; nos separaron á la fuerza, le destrozaron la ropa, me arrastraron por el suelo

medio desnuda, fuera de la habitación. No ví nada más. ¡Pero oí!—Resistíais, decía á sus granaderos;—pero vosotros, mis bravos soldados, que me habeis servido fielmente, que me habeis visto combatir mil veces en medio de vosotros, ¿sufriréis que se trate así á vuestro viejo rey?...—A mí se me destrozaba el alma. Todo fué inútil. ¡Horror! ¡Le pusieron las manos encima! ¡A él! vencedor de Berrues, al libertador de Turin, que había reinado cincuenta años y conducido en diez guerras los ejércitos de la liga europea! ¡Las manos encima! ¡Como al mas vil de los malvados!

Oí el ruido de la lucha, los gritos; lo sacaron afuera, liado en mantas; oí extinguirse su voz que me llamaba: ¿dónde está la marquesa, dónde está mi mujer? ¡Carlota! ¡Mujer mía! Miré abajo por los cristales y ví una turba de bayonetas, los faroles, el coche...

Y bien, sí; hice un terrible voto entonces; cruzó por mi mente una triste esperanza, cuando oí el murmullo de los granaderos, indignados de verlo acrojar en el coche como un condenado á muerte bajo los fusiles de los dragones y cuando La Perosa dió aquel siniestro: ¡muera quién hable!—Deseé que los regimientos se sublevasen y lavaran aquella infamia con sangre... Sentí como si pasaran

sobre mi pecho las ruedas de aquel horrible carro, cuando lo ví desaparecer en las tinieblas como un féretro escapado.

Todo había concluido; creí que soñaba. Una cosa tan espantosa me parecía imposible, me pareció que debía haberse derrumbado el palacio, abrirse la tierra, abrirse el mundo. Hubiera querido caer muerta de repente. ¡Creyéronme muerta! Un grado más de dolor no lo resisto. Me asusta todavía, me desgarta y me abrasa el corazón aquel recuerdo. ¡Me llevaron á la fortaleza de Ceval! Sí, gran Dios. ¡Una gentil, respetable dama, la mujer del viejo rey en la fortaleza de Ceval! ¡Bellacos! ¡En medio de las prostitutas!

—Todas recurrían á ella—murmuraba entre tanta la superiora.—Ella favorecía y confortaba á todas. A las puertas del monasterio venían todos los días una multitud de pobres, que se iban siempre bendiciéndola.

Y no daba solamente socorros en dinero. Escribía cartas de recomendación á sus parientes y conocidos lejanos, algunos de los cuales ocupaban altas posiciones, é insistía con tanta bondad y con súplicas tan afectuosas, que siempre obtenía cuanto deseaba, y hacía reparar injusticias, socorria familias caídas en la miseria, recogía muchachos abandonados. Tanto

es así, que en el monasterio y fuera, la llamaban el ángel de la caridad y del consuelo.

—¡Oh! cómo se reconoce en todo esto—continuó la marquesa,—la vileza de los hombres que llegan á ser feroces é implacables por el miedo, porque fué por miedo por lo que el ministro Ormea, con sus cómplices, despertó en el corazón de Carlos Manuel las más infucas sospechas y lo precipitó hasta la bárbarie, por miedo á su viejo rey, á su antiguo bienhechor, del cual sabía que había provocado el desprecio; fué por miedo, fué por ambición de engrandecerse ante Carlos, como un salvador del Estado, fué por adquirir superioridad sobre él y sofocar el furor malvado del despotismo que lo devoraba. No pudo haber sido más que suyo el pensamiento de aquel espantoso arresto nocturno, que fué el último golpe para la salud de Amadeo, como no pudo haber nacido sino en la cabeza de una mujer, la idea de encerrarme en aquella prisión; en la cabeza de la reina Polissena, en cuyos ojos he leído siempre el ódio, y que no siendo capaz de piedad, me creía incapaz de cariño. ¡Yo no amé á Víctor Amadeo! ¡Yo no le amé nunca!... Y bien, es verdad; hubo un tiempo en que la ambición apagó en mi alma la llama del cariño; días en los que no amaba más que al rey en mi marido. Me acuso y me avergüenzo de ello. Pero cuando mu-

rió toda ambicion y me hirió desgracia... Cuando en aquella malvada fortaleza supe que mi pobre rey, encerrado en el castillo de Rivoli, me buscaba y preguntaba por mí á los mudos guardias y me llamaba á gritos llorando, todo el cariño antiguo se despertó en mí; un amor nuevo, una inmensa piedad, un deseo de volverlo á ver, de consolarle, de arrojarme á sus piés, de dar por él mi sangre y mi vida.

Sí, yo le amé entonces más de lo que nunca le había amado, con todas mis entrañas, con toda la fuerza de mi desesperacion. Y cuando me llevaron á su lado, en aquel eterno viaje de Ceva á Rivoli, dí gracias á Dios y lloré de alegría. Cuando llegué al castillo y ví todos aquellos centinelas, aquellos fosos, aquellas puertas amuralladas, aquellas ventanas con claraboyas, aquel aparato lúgubre de cárcel, estando abierta la puerta de su estancia lúgubre y triste, lo ví correr á mi encuentro con los brazos abiertos, llorando como un niño, envejecido, desmejorado, vacilante, desfigurado por dos meses de angustia y de delirio, y sin embargo, radiante por un momento, por la alegría de volverme á ver. ¡Oh, entonces, sí, entonces le amé! Entonces le eché los brazos al cuello, con un movimiento de amor infinito lo bendije cien veces, le pedí perdon de mis faltas, juré sacrificarle toda mi

vida, no tener más sentimiento, más pensamiento, no respirar más que para él, no separarme ya nunca de se lado, ser su esposa, su hermana, su hija, su esclava; le abracé las rodillas y besé mil veces sus descarnadas manos, sollozando por morir. ¡Pobre marido mio! ¡Pobre viejo rey mio, mi infeliz y grande Amadeo! No tenía más que á mí en el mundo, no le quedaba más de su glorioso pasado que el pobre amor mio.

Apoyaba su temblorosa cabeza sobre mi seno como sobre el seno de una madre y quería que yo le cubriera con mis manos como para protegerlo.

¡Dios ha leído en mi corazón! Yo me hubiera arrastrado por el suelo hasta los piés del trono, para conseguirle un alivio. Habría dejado despedazar mis carnes por recobrar un año de juventud y de belleza! Pero él me amaba todavía tal como estaba. Tenía piedad de mí, diciendo que era la causa de todos mis dolores y pidiéndome perdon; y entonces lloramos y oramos juntos, mirando por los claros de la reja el hermoso cielo de nuestro Piemonte...

¡En aquellos momentos al ménos, éramos felices!...

—Hizo grandes regalos al monasterio—continuó

iciendo la superiora siempre con la misma dulzura;—regaló casi todos los objetos que había tenido consigo: un plato y un jarro de plata, un reclinatorio, una mesa de marmol negro, que había pertenecido á S. M. Víctor Amadeo. Regaló para la capilla mayor una bellísima lámpara de plata cincelada.

Instituyó una misa semanal para que se celebrara en nuestra iglesia todos los viernes.

Todos sus pensamientos estaban consagrados á hacer beneficios al monasterio, á hacerse querer de sus hermanas y á dar ejemplo de caridad y de devoción.

—No, no fueron aquellos días los más tristes—volvió á decir la marquesa;—yo los lamenté después. Nos quedaba todavía bastante que sufrir á los dos. ¡Oh, aquellos últimos meses desgraciadísimos de Moncalieril! Me estaba reservado todavía este suplicio: verlo morir lentamente, perdiendo la razón, volviendo á la infancia.

¡Qué horribles noches cuando él se entretenía en la mesa con juegos de niños, riendo y cantando, y yo lo miraba desde un ángulo de la habitación horas y horas ahogando suspiros con el pañuelo, temiendo yo también que poco á poco se me estraviara la razón.

¡Qué horas, qué días pasé en las ventanas de mi cuarto mirando por los fosos, y las empalizadas del castillo, aquellas interminables lluvias, sola, desmemoriada, esperando que los frailes lo tranquilizaran y él me volviese á su presencia! Porque era mi destino que mis angustias creciesen hasta el último día, que poco á poco me tomase manía y después ódio, llamándome la causa de todas sus desgracias, echándome, llenándome de insultos, buscando en su desvanecida mente las palabras más crueles para atravesarme el alma, hacerme morir de vergüenza en presencia de los criados, y... ¡sí, Dios mío! hasta pegarme, poner sus manos en mi cara, llamándome con los más infames nombres que pueden echarse en cara á una señora.

En vano le cogía las manos y le rogaba, recordándole nuestros felices días, cuando me conoció joven y cuando me había vuelto á amar después de treinta años, nuestras dulces noches en Valentino y mi vuelta á Rivoli cuando lloraba en mi seno, como en el de una madre. ¡Todo en vano! No quería recordar, se exasperaba, me rechazaba y alzaba los puños sobre mi cabeza. No; jamás ha sufrido nada más horrible criatura humana. Todos los dolores pasados eran nada en comparación con la vista de aquel rostro de moribundo, de aquellos

ojos extraviados y terribles que se fijaban en mí, mientras la lengua parálitica se esforzaba, sin conseguirlo, en proferir la sangrienta injuria que expresaba la mirada. ¡Dios mío, Dios mío! Qué noches eternas, qué furias de loco, qué lamentos de niño, qué juguetes esparcidos, qué carceleros, qué frailes, qué aire de muerte respiraba por todas partes... Ni siquiera tuve el consuelo de velar su cadáver.

Apenas espiró, me separaron violentamente de su lecho.

Era, sin embargo, su viuda; lo había asistido durante dos años; había adquirido el derecho de estar junto á él en su lecho mortuorio! No... yo profanaba aquella estancia, yo era una intrusa. Debía irme fuera á llorar. Me echaron. Me volví todavía una vez á dar el último adios á aquel pobre cuerpo...

Después me pareció encontrarme sola en medio de un inmenso y oscuro desierto, oprimida por un cansancio infinito...

Pero no me dejaron descansar mucho tiempo, no... La orden del rey no se hizo esperar... ¡Oh! aquella tumba abierta no inspiraba piedad á nadie... A la primera palabra lo comprendí, y caí de rodillas... Me aguardaba el cláustro para toda la vida.

—Fué maravilloso verdaderamente, un milagro del Señor—continuaba la superiora en voz baja,—que ella hubiera hecho tan gran cambio de vida y de estado, sin dar señales de sufrimiento, ni de hacer un sacrificio. Aquí esperaban todas que hubiera estado mucho tiempo inquieta y triste, que hubiera luchado y orado mucho ántes de obtener la paz del alma, después de tantos y tan grandes accidentes é infortunios que la condujeron desde el tronó al cláustro. Y no fué así. Ella vino aquí con su corazón preparado ya para la nueva vida, y se mostró resignada y tranquila desde los primeros días....

—¡Lo que hablaron entonces de resignación!—continuó la marquesa con amarga sonrisa.—¡Resignación! Tormento, infierno fué en los primeros tiempos. Mi corazón sangraba por mil heridas.... Tenía necesidad de mis hijos! Y me separaron del mundo. Sí, yo lo esperaba todo de la resignación. Pero no creía que hubiera tardado en llegar. Yo de mí, cuando me encontré encerrada, todavía no sé.

Una cosa extraña, imprevista, ocurrió dentro reciente la gran angustia de Moncalieri. Mi imaginación sobreexcitada por la soledad, pasaba de largo por las últimas desgracias y por los dos años

de Chambery, y me trasportaba siempre, á pesar mío, á los más felices años de mi vida, á la embriaguez más dulce de mi ambicion y casi me reavivaban el sentido, me hacía soñar con los ojos abiertos, me atormentaba y me poseía febril. Yo no sabía por qué. Era una locura. No tenía miedo. Me encontraba en medio de las fiestas de la corte. ¡Desgraciada! Revivía en los grandes palacios y en los parques, volvía á ver los torneos, las cabalgatas, las cacerías, mil rostros, mil dorados fantasmas que me hacían mirar y tocar las paredes de mi celda con un profundo estupor, al cual seguía un mortal desfallecimiento. Y una fuerza nueva se despertaba en mí, el grito obstinado de una juventud que no quería morir, una vuelta impetuosa al antiguo orgullo, un eco, un nuevo soplo inesperado de todas las pasiones que yo había creído muertas para siempre.

Quería olvidar, rezar, adormecerme en mi tristeza, aniquilarme entre aquellas cuatro paredes, donde había bajado como una muerta; y al contrario, soñaba, vivía con entereza, y sufría con todo el vigor de una mujer á quien atormenta la desgracia por vez primera. Aquel mismo silencio del cláustro, aquellos corredores blancos, aquellos vestidos negros, aquellas caras de color de cera, aque-

lla quietud inalterable de las hermanas, aquel suave murmullo de las oraciones levantaban en mi alma tempestades de sangre. Todas mis heridas se exacerbaban. Un ódio mortal crecía en mi alma contra mis enemigos. ¿Por qué me habían sepultado? ¿Qué tenían que temer de mí, pobre mujer? ¿No estaban contentos con haber matado al Rey? ¿Querían volverme loca, y matarme también, para gozarse en mi desesperación y en mi agonía? No lo podía creer. No puede durar esto, pensaba; me pondrán en libertad, me dejarán ir con mis hijos? ¡Miraba desde la ventana aquellos montes y aquellos campos, donde había combatido Víctor Amdo, y no me parecía posible que pudiese morir atormentada, en presencia de aquellos lugares! Me parecía que él me oiría llorar y que acudiría á librarme, al llamarlo dentro de mi corazón; hubiese pronunciado en voz alta su nombre si me hubiese atrevido; esperaba, lo esperaba alguna vez como una insensata; besaba sus recuerdos, estrechaba en mi seno las cosas que todavía conservaba de mi pasada vida, sollozando noches enteras; y después de los ímpetus de furor, hervía mi sangre, se trastornaba mi razón, y ahogaba mis suspiros contra las almohadas, soñando que se derrumbaban el monasterio y el palacio, y que se abría la tier-

ra bajo mis piés. Y despues comenzaba de nuevo á llorar y á adorar el pasado!

—Mucho ayudó tambien á sostenerla tranquila— continuó la superiora,—otra pariente que ella encontró aquí, una prima, la Marquesa Blanca de San German, que había quedado viuda á los veinte años, siendo dama de honor de S. M. la Reina Polissena, y que había tomado el velo para huir de los peligros del mundo. Era una criatura toda suavidad y amor de Dios. La Marquesa le tomó cariño como á una hija. El ejemplo de su santa resignacion, le daba paz al alma, y su dulce compañía la reanimaba y le daba aliento á su corazon.....

—Pero ninguno envenenó mi alma— volvió á decir la Marquesa;—la viuda de Víctor Amadeo no faltó á la dignidad de su nombre: con un esfuerzo supremo de orgullo, yo tenía escondidas mis debilidades y mis angustias. Ninguna de aquellas buenas hermanas, que me miraban en los primeros días con un sentimiento de piedad inquieta y de tímida espectacion, ninguna vió jamás en mi rostro una sombra de angustia ni de desfallecimiento. Yo hubiera muerto de despecho sin descubrirme! Pero Dios me había dado una fuerza inmensa para sufrir. Y despues..... los me-

ses sucedieron á los meses, los años á los años.... Mi corazon se aquietó, mi espíritu se apartó poco á poco del mundo. Me parecía que en torno mío se producía un gran silencio. Centenares y millares de aquellos días pasaron iguales, interrumpidos siempre á la misma hora por el ruido de las conversaciones, el murmullo de los rezos y por la campana del locutorio; se me confundían las horas en la memoria, en un solo día interminable, de una luz pálida, en el cual no estoy bien cierta de haber vivido ó soñado. Muchísimas hermanas pasaron, que vuelvo á ver confusamente; caras alegres, caras desoladas, caras de santas y de mártires, de viejas y de jóvenes, y me acuerdo de las largas agonías, de muertes repentinas y extrañas, me represento por la noche el paso de las monjas y siento los pasos del confesor. Lentamente, de año en año, mi corazon se acercaba á Dios. La vista de aquellas pobres criaturas que vivían y morían santamente, con una serenidad sobrehumana, y aquella oracion continua, infatigable, eterna, que oía á mi alrededor, encaminaba y dirigía continuamente mi pensamiento al cielo, acabando por abrirme el alma á los consuelos de una fé que no había conocido jamás. Comencé á rezar con el corazon y á sentir caer sobre mis

manos juntas, lágrimas que me hacían bien. El mundo en que había vivido no me parecía ya sino una tierra muy lejana, de la cual me separaban sin descanso, sumergiéndome en un mar inmenso é inmóvil. Mi pasado y mi presente llegaron á ser como dos existencias distintas en mi imaginación. Me parecía haber pasado de un mundo á otro. No estaba, sin embargo bien cierta á veces de que aquel pasado espléndido fuera verdaderamente mío y no de otra mujer á quien hubiese tratado íntimamente. Miraba mi retrato con admiración, tocaba mi mesa de mármol negro como para interrogarle: no me parecía verdad. Viendo que la gente de fuera que se agolpaba á mirar mis ventanas, me parecía una cosa extraña ser yo el objeto de su curiosidad y ser yo la Marquesa de Spigno de quien hablaban. Un solo afecto me ligaba al mundo: mis hijos. Sosegada la tempestad que lo había azotado por algunos años, se me había despertado en el corazón más fuerte, más dulce que lo había sentido nunca. Ellos me habían querido siempre. Ellos debían haber sufrido y haber tenido enemigos por causa mía. Yo debía, también, expiar esta culpa, recompensarlos con gran amor de aquellos dolores. Y los amé entonces desde el fondo de mi soledad;

dad; los volví á llamar á mi lado, los acariciaba con infinito amor en mi pensamiento, los llamaba en voz baja mil veces, para oír el sonido de sus nombres, y los escribía, y los besaba en mi celda, de noche, y oraba por ellos, bendiciéndolos, y llorando en silencio, con la esperanza de que algún día me perdonarían y comprenderían á su pobre madre y honrarían su infeliz memoria...

—Pasaba muchas horas en su habitación—decía en aquel momento la superiora—y pasaba el tiempo hilando y cosiendo. El monasterio conservó muchos años pedazos de tela que ella había hilado y regalado á las superioras. Todo era sencillo y modesto en ella; el vestir, las maneras, el modo de andar. Parecía que ponía todo su estudio en ocultar su superioridad y alejar del pensamiento de las gentes su pasado rango. En ocasiones, ayudaba con sus propias manos á la encargada del guarda-ropa, á la sacristana, á la administradora, á la archivera; prestaba sus servicios en la escuela y en la enfermería; y tenía un rincón para ella en el jardín, donde cultivaba flores para el altar de la capilla mayor...

—Después, un gran acontecimiento conmovió mi vida—dijo la Marquesa animándose.—Llevaba quince años de estar en el convento. Tenía cerca

de setenta. Continuaba todavía la guerra con Francia. Mi pensamiento estaba en mi Pablo, mi primogénito, que mandaba el primer batallón de Guardias. Tenía diez y siete años entonces; era teniente coronel; había sido más apegado á mí que los otros, reflexivo, dulce como un niño, el alma más honrada que pudo soñar una madre esperando su primer hijo. No lo veía hacía muchos años. Pero sabía que me recordaba con cariño y que no hablaba de mí sin enternecerse.

Y hé aquí que la guerra avanza hácia el lado de los Alpes. La invasión francesa era inminente. Los soldados piamonteses acudieron de todas partes. Pinerolo estaba en conmoción. Pasan las milicias provinciales, pasan los batallones austriacos, pasa el primer batallón del regimiento de Guardias. ¡Los Guardias! ¡Los soldados que mandaba mi hijo! Lo supe. Lo vi pasar desde las ventanas, por el camino del valle de Perosa, con sus hermosas divisas rojas. Pablo, no pudo subir á verme. Pero yo lo reconocí; me pareció reconocerle de lejos, en medio de un grupo de caballería; él se había vuelto á mirar el monasterio donde su madre estaba encerrada hacía quince años. ¡Dios mío! Iba á batirse. Habían fortificado la Assietta. Yo sabía bien que los Guardias tenían derecho al puesto de

honor en el campo de batalla, que habían de afrontar los más grandes peligros, las fuerzas de Francia eran formidables y que mi hijo sería de los primeros entre los más temerarios. ¡Mi hijo! ¡Si me lo matarán! Mi pobre cabeza se perdía. Tenía un triste presentimiento. Pasé algunos días con el corazón desgarrado. Las hermanas me animaban y rezaban por él y por mí. Las horas eran eternas.

Una mañana, de repente, oí un golpe sordo muy lejano; no comprendí al pronto; oí otro, y caí entre los brazos de mi hermana y de Blanca de San German. Eran los cañones franceses. Se libraba el combate en la Assietta. Nos pusimos á rezar. Yo no coordinaba mis ideas, yo no sentía nada. Me parecía que pasaba un tiempo indefinido. No llegaban noticias. Vino la noche. A las doce nos sobresaltó una gran algazara en la ciudad. ¡Era la noticia de la victoria! El Conde de Panissera había atravesado Pinerolo como un rayo para llevar la noticia y muchas banderas francesas á Carlos Manuel. Pero, ¿y mi hijo? ¿Qué había sido de él? ¿Estaría herido? ¿Habría acaso muerto? ¡No se sabía nada! Yo moría de afán, de impaciencia, de terror; quería huir, correr hácia los montes, preguntar por él. ¡Ah! ¡Al fin llega la gran noticia! ¡¡Vive!!—

Exhalé un grito... caí de rodillas... di gracias á Dios. ¡Oh! ¡Yo no conocía todavía toda la grandeza de su misericordia!

Por momentos llegaban noticias. El conde de San Sebastian ha rechazado todos los asaltos de la principal columna enemiga.—El Conde de San Sebastian ha ganado la jornada, rehusando tres veces obedecer al Conde de Bricherasio, general en jefe, que le ordenaba abandonara la posición y corriera á socorrer á Serin. Después, una voz general creciente, la noticia que llegaba de cien partes, repetida, repercutida por mil ecos, al Piamonte, á Italia, á Francia, á la Europa entera:—La gloria de la batalla es del Conde de San Sebastian; él, el general, el alma de la defensa, delante del cual murieron el general de Lisle y el mariscal Arnaut; él, que vió y comprendió todo, y venció con un acto temerario de desobediencia, en el que supo jugar la vida y el honor; él, el héroe de Assietta, el vencedor de la gran batalla, el salvador del Piamonte! La alegría me ahogó. Me oscureció la razón. ¡Oh! ¡Verlo! ¡Abrazarlo! ¡Poderlo bendecir! ¡Oírme llamar madre un momento, al menos! ¡Verlo pasar! ¡Poder agitar el pañuelo desde la ventana, y recibir su sonrisa y su salud!

Y hé aquí que una mañana, me llama la supe-

riora; ¡lo adiviné! Volé al locutorio. ¡Era él, Dios mío! ¡Mi Pablo! ¡Mi hijo! ¡Mi sangre! ¡Mi gloria! Él, hermoso, arrogante, bueno, que estrecha mi pobre cabeza contra sus divisas, sin poder hablar, respirando compasión y alegría, me besó la frente y me llamó ¡Madre! como cuando era niño y me acariciaba el cabello.—¡Oh, gracias para siempre, Dios piadoso, por aquella alegría celestial, por aquellas santas palabras que me permitiste decir á mi hijo! Yo no era digna de tan gran premio. Me habeis dado más de lo que yo había soñado. Yo no había soñado más que un trono.

—Ella conservó toda su inteligencia hasta la más avanzada edad — continuó la superiora. — En las memorias del monasterio no consta que hubiera sufrido ninguna enfermedad grave, hasta cerca de los ochenta años. Parece que siendo ya más que octogenaria, se manejaba por sí en el refectorio, intervenía en las funciones religiosas, y aun en los recreos de las monjas, como había sido siempre su costumbre. Su ancianidad fuerte y afable era la admiración de todos. Parecía que no iba á morir nunca. Solamente las monjas más viejas se acordaban de cuando había venido. Las novicias hacían que se las contara su vida como una historia milagrosa. Todos la consideraban como una gloria,

como una señal viva de la predilección del Señor por el monasterio, y la veneraban como á una madre....

—Durante muchos años— volvió á empezar la Marquesa— viví de aquella alegría. Mi corazón triunfaba. Ninguna venganza más brillante que aquella podía haberseme ocurrido en los delirios de mi orgullo maltratado. Carlos Manuel me había arrojado á una cárcel infame y condenado perpétuamente al claustro, y mi hijo le salvaba sus estados con la victoria más brillante del siglo. Aquella gloria de mi sangre realzaba mi nombre frente al mundo, me vengaba de mil calumnias, excitaba la compasión de mi patria hácia mi suerte, abría, esclarecía el porvenir á mis hijos, mudaba el mundo á mis ojos. ¡Mi Pablito! ¡Hijo mío! Él fué desde entonces mi ídolo, el pensamiento y alivio mío de todos los momentos, el sueño luminoso de todas mis noches. Continuamente, sin descanso, con un sentimiento siempre nuevo, de curiosidad amorosa y de ternura; repasaba su vida desde la cuna, sus juegos de niño, allá en los jardines de Cumiana, su alegría por el primer caballo, y después ¡con qué nobleza de ánimo había sobrellevado nuestro cambio de fortuna! y la primera vez que se me presentó con las divisas de

alferez de Guardias, sonriéndome con aquella expresión cariñosa y un poco triste.

Todo el país estaba lleno de su nombre, y el eco, el esplendor de su gloria, llegaba por mil caminos á mi soledad.

Había comenzado para mí una nueva vida. El convento había llegado á serme querido, desde que recibí en él la noticia de su victoria y desde que lo había visto allí triunfante y feliz, con los brazos abiertos hácia su madre. Fué aquella alegría sin duda, la que me infundió en las venas como una segunda juventud y la que me hizo vivir todavía veintidos años. Pero me sobrevinó una gran tristeza á veces por no poder verlo, por vivir siempre tan lejos de él. ¡Con qué gusto hubiera dado casi todos los años que me quedaran de vida por estar á su lado un poco de tiempo, por vivir al menos en la ciudad donde él residiera! Me hubiera contentado con vivir en Turin en un cuarto pobre y oscuro, padeciendo frío, estando siempre enferma con tal de verlo pasar alguna vez á caballo á la cabeza de su regimiento, y oír el murmullo de admiración de la multitud y á las mujeres distinguidas y á los jóvenes decir en voz baja: Es el Conde de San Sebastian, el hijo de la Marquesa de Spigno.—Estos deseos me

desgarraban á veces el corazon y me producian melancollas, locuras de niña, tan vieja como era: la idea de ir á Turin, de irme á arrojar á sus rodillas como una desesperada sin que ninguna fuerza humana me pudiese separar ya de él..... y lloraba sola ocultando el rostro entre mis manos y deseaba morir. Pero despues las tristezas pasaban.

Una carta suya, un saludo de él que me llegase me infundian nuevo valor, dejándome serena y contenta. Entonces rezaba por él de noche, mirando desde la ventana los Alpes que él habia defendido, y despues miraba hácia Saperga, donde estaba sepultado mi Amadeo; y pensaba que él lo habia amado, que debia amarlo desde el cielo, á su Pablo, él, valeroso, que habia respetado siempre á todos los valientes; y que por el amor de mi hijo consagraria tambien un piadoso recuerdo aun á su pobre compañera de infortunios, á su fiel amiga de los últimos años, á quien tal vez le habria proporcionado alguna dulzura y algun alivio sobre la tierra..... Y así viví muchos años, lentos, tranquilos, uniformes, alentada con la esperanza de un fin igualmente tranquilo. ¡Pobre esperanza! Un nuevo dolor, el más tremendo de cuantos habia sufrido en ochenta y siete años, estaba suspendido sobre mi cabeza.

—En Enero de 1766—continuó la superiora— hizo testamento. Cuidadosa con sus hijos, legó dos mil pesetas á su hermana Radegunda y á su sobrina Teresa Inocente, y dejó muchos recuerdos al monasterio. Añadió despues al testamento, pocos meses antes de morir un codicilo, el cual fué recibido de un notario de Pincero, Pedro Francisco Raimondi, muy nombrado en las crónicas del monasterio; en presencia de dos médicos y de dos religiosos, de los cuales tambien se han conservado los nombres: Fray María Lugo menor conventual, y Fray Justo de Susa, guardian capuchino...

—Poco á poco,—replicó la marquesa con voz trémula,—advertí que se estaba verificando un cambio en mi hijo. Sus cartas eran tristes. Dejó su regimiento de Guardias al que queria tanto, y fué de coronel á una reserva á petición suya y sin saberse la causa. Alguna voz confusa llegó á mis oidos entretanto: enemistades de la corte que le hacia una guerra sorda por ser el hijo de la marquesa de Spigno.

Aquella noticia desgarró mi alma. Yo debía, pues, serle fatal; no habia piedad; mi nombre era una maldicion; me execraban todavia y no pudiendo ya dirigir sus dardos contra una octogenaria enterrada viva, me herian, me mataban en mi hijo, en aquel hijo! ¡Esto me quedaba todavia que ver antes de cerrar los

ojos! El no me decía nada de esto. Luego lo negé. No era verdad. No debía creerlo. Me rogaba que no lo creyera y que viviese tranquila. Pero yo lo conocí. Era bueno como un ángel. Hubiera muerto de angustia antes que darme aquella puñalada en el corazón, antes que decir:—¡Sí, es verdad! ¡Soy odiado y perseguido, soy infeliz por causa tuya!

—¡Oh! yo lo comprendía todo bien desde el fondo de mi convento.

Conocía la corte. Era demasiado duro deber una gran victoria y la salvación del reino, al hijo de la reclusa de Ceva, aquella marquesa de Spigno que había sido arrastrada medio desnuda por los soldados en las habitaciones del castillo de Moncalieri, como la más criminal de las mujeres. La gloria de aquel coronel de Guardias era una reconvencción amarga, una venganza del rey muerto, y de la viuda moribunda, un castigo, una burla del destino, que despertaba remordimientos y vergüenzas. ¡Oh! yo lo comprendí, yo lo comprendí todo. No lo perseguían, no; lo torturaban lentamente, produciendo el silencio en torno de su gloria, aparentando no verla é ignorarla, dándosela á otros, quitándole el aire para respirar.

Al cabo de un poco de tiempo ya no se hablaba de él. Vefía extinguirse poco á poco la luz de su

nombre y volverse á hacer la oscuridad sobre su cabeza. ¡Pobre Pablo! Era un alma noble: la ingratitude lo mataba. Era altivo: no se rebelaba; pero se consumía interiormente. Para no afligirme, no pudiendo ya disimular, no me escribía.

Oía decir que vivía solo y melancólico. Después supe que su salud se quebrantaba. Caí en una profunda tristeza.

Pasó mucho tiempo. Tenía yo ochenta y siete años, me sostenía con trabajo. Un día que me habían dado mejores noticias de él, mientras estaba vertiendo lágrimas de consuelo y dando gracias á Dios, Sor Radegunda vino á llamarme. Vacilaba. Comprendí que estaba allí mi hijo. Me flaquearon las piernas; me sostuve. Corrí hasta el locutorio apoyándome en las paredes, conteniendo un grito de alegría...

Lo ví, y exhalé un grito de dolor. ¡Aquel no era ya mi hijo! Encanecido, consumido, debilitado, con aquella huella que dejan en el rostro los graves dolores disimulados; también su voz se había mudado y sus brazos no tenían apenas fuerza para estrecharme. Solo su corazón era siempre el mismo.

Yo dije en una explosión de llanto:

—¡Oh, hijo mío! ¡Pablo mío! ¡Todo era, pues, verdad! ¡Y por causa mía! ¡Es tu pobre madre la que te mata!

Pero él bueno y compasivo lo negó todavía; no estaba bien, pero se curaría; había dejado el ejército, y se establecía en Pinerolo, para verme diariamente.

Y despidiéndose, me oprimía la cabeza con sus manos y me besaba la frente. Yo casi volví á tener esperanzas; pero al decirme adios exhaló un profundo suspiro.

—¡Pablo!—grité entonces desesperadamente siguiéndole:—¿no te veré más? ¿Nunca más? ¡Oye! Detente! ¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡Perdóname!...

Estaba ya lejos. No me acuerdo de más. Me llevaron á mi cuarto. Desde aquel día en adelante viví ya como desmemoriada. A la vejez había sucedido en pocas horas la decrepitud. La noticia de la muerte de mi hijo, ocurrida en Diciembre de aquel año, cayó en mi celda como en una tumba. No lloré ya, no me quejé tampoco. Mi corazón estaba destrozado, mi vida había concluido.

—Antes de morir—continuó la superiora,—sufrí una enfermedad larga y dolorosa. Las monjas fueron llamadas precipitadamente á su lecho, pues parecía que moría. Pero su fuerza de resistencia á la enfermedad era todavía grande.

Sufría con resignacion, hablaba con valor de la muerte. Decía que quería ser enterrada en el conven-

to entre las hermanas, sin pompa, como una de ellas. En sus delirios llamaba por su nombre á sus hijos, particularmente al mayor, el conde Pablo de San Sebastian, y estrechaba la mano de las monjas que la asistían, diciéndoles palabras dulcísimas que arrancaban lágrimas del corazón....

—Mi vida había concluido—decía la marquesa con voz apagada. Los tres años que viví aun desde aquel día, no fueron más que una muerte lenta. No tengo más que una vaga reminiscencia de aquel tiempo; alrededor mio no se movían sino sombras, y las voces que me hablaban me parecían de gentes muy distantes.

Era una mañana de primavera.... Comprendí que debía ser la última. Desde hacía mucho tiempo sufría atrocemente, y deseaba morir. Hice llevar mi lecho hacia la ventana para ver una vez más aquellas hermosas montañas, donde había peleado mi pobre Pablo. Las monjas estaban á mi alrededor de rodillas. Perdoné á todas, y á todas pedí perdon. Oí que lloraban. Blanca de San Ger-
man me besó. Entregué el alma á Dios. Así acabó la Marquesa de Spigno. Hé aquí mi vida. Un pecado de orgullo, unos cuantos días de embriaguez, y cuarenta años de expiacion, comenzados y concluidos con dos tremendos dolores.... Escribid aho-

ra, señor, y sed justo y humano. Haced que el que pase por delante de estos muros no diga sonriendo:—"Aquí murió la favorita de Victor Amadeo, la reina traidora."—¡Oh, que no se sonrían por respeto á mi hijo! Haced que diga desde hoy en adelante:—"Aquí murió la madre del vencedor de Assietta."—No pido otra indulgencia al mundo, y no la pido por mí. Bendito sea quien la tenga. Se regocijará de ello el alma de mi Pablo. Adios.

—Murió la mañana del 11 de Abril—murmuré, la superiora, concluyendo;—el año 1769, el día del aniversario de su nacimiento, en el cual cumplía noventa años. El cadáver se vistió con hábitos de monja, y fué expuesto, según costumbre, sobre un catafalco, en medio de nuestra iglesia. Después fué sepultada en los subterráneos del monasterio. No hay piedra que indique donde esté; su nombre no está escrito en ninguna parte. Tal fué la última voluntad de la difunta. Pero su memoria está siempre en nuestro pensamiento y en nuestro corazón. Descanse en paz su alma.

*
**

Siguió un profundo silencio. La superiora no tenía ya nada que decir. La señorita volvió á tomar el retrato, y lo hizo pasar por el torno, donde una mano invisible lo recogió. Las dos monjas hicieron un saludo con la cabeza, y desaparecieron como dos fantasmas.

Y nosotros salimos en silencio.

En aquel breve tiempo la Marquesa de Spigno se había transformado por completo en mi mente. Hasta entonces, la primera imagen que despertaba siempre en mí su nombre, era la de una señora viciosa y soberbia, que pasaba por la sala de un palacio, entre dos filas de damas, deslumbradora de alegría.

Desde entonces no veo más que una vieja de noventa años, que atraviesa vacilante los tristes corredores de un claustro, herida de muerte por el dolor.

Y para que la misma transformación, que es efec-

to de un cambio de punto de vista histórico, se obre en algun otro, he escrito las presentes páginas.

Las dedico á la noble, á la gloriosa, á la venerable memoria del teniente coronel de Guardias, del Conde Pablo Federico de San Sebastian.



LA ROCA DE CAVOUR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to de un cambio de punto de vista histórico, se obre en algun otro, he escrito las presentes páginas.

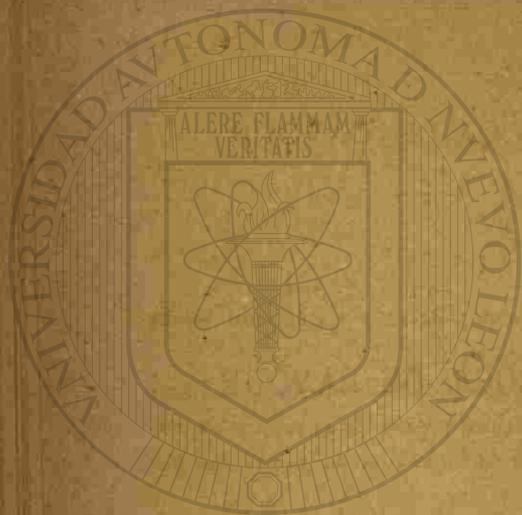
Las dedico á la noble, á la gloriosa, á la venerable memoria del teniente coronel de Guardias, del Conde Pablo Federico de San Sebastian.



LA ROCA DE CAVOUR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA ROCA DE CAVOUR



NA niebla ligera y trasparente velaba el campo.

A través de ella se distinguían, como moles más espesas de su propia sustancia, grandes nubes de humo producidas por las hogueras de grama.

El sol, apenas salido, parecía que deseaba ocultarse é iba iluminando el aire con rayos pálidos, que repentinamente ocultaba, como tentáculos contraídos por el frío.

El aire era tan frío y tan desagradable que cortaba en efecto: los pocos viajeros que ocupaban los coches del tranvía de vapor, tenían los labios amaratados, y mis dos compañeros, no acababan nunca de frotarse las manos, como si al salir de Pinerolo hubiesen recibido una carga de buenas nuevas.

Uno era un acaudalado propietario, una especie de provinciano rústico, apasionado por la agricultura, pero por la agricultura práctica, como decía él, no por la de los profesores; un exterior obeso como de cincuenta años con una expresión de continua sonrisa burlona; el otro un exprofesor de Instituto muy amante de la historia patria y hablador acompañado y relamido, que se había ofrecido cortesmente á servirme de guía en la parte histórica.

Eran los últimos días de Octubre, cuando el campo piemontés despliega en toda su belleza los pomposos y tristes colores del Otoño. El tren corría en medio de viñedos de color de púrpura, de manchas de álamos y de robles pintados de rojo y de amarillo, de bosques de oro, de largas filas de moreras color de azufre y de tierra color de ocre, manchada aquí y allá de copas todavía verdes de algun árbol empeñado en no envejecer; y más allá de los árboles hufan por ambas partes del camino prados vaporosos y campos cultivados en los cuales apuntaban tallos, como barbilla lacia y fina de adolescente.

*
* *

El campo estaba solitario: solo alguna campesina rubia apoyada en el rastrillo, alzaba los ojos hácia el tren, con aquella expresión..... con ninguna expresión.

Las gentes tenían todavía el aspecto soñoliento de los primeros instantes después de levantada, esperando para despertarse del todo, que el sol diese ejemplo, y las aldeas por donde pasábamos comenzaban apenas á abrir los ojos y á estirar los brazos.

Vimos, sin embargo, al pasar en una callejuela estrecha de un arrabal una comitiva nupcial de campesinos, que esperaban delante de una puerta; la novia encarnada, con grandes cintas blancas en la cabeza, las mujeres de gran gala, los hombres vestidos de negro, todos inmóviles, estirados; pero con ojos animados por el dulce pensamiento de la comilona y de la borrachera que les esperaba.

¡Eran felices con esta sola participación en la ceremonia!

Por todas las avenidas llegaban campesinos con grandes cestos llenos de huevos y de pollos; en poco tiempo se reunieron víveres para hartar á una compañía de soldados alpinos.

Iban todos al mercado de Cavour, que es de los más grandes de los alrededores; y se comprendía por las caras inmóviles y por el modo como se fijaban unos en otros sin mirarse, que estaban todos ocupados en sumar, en restar y en dividir, el dinero que pensaban ganar: algunos hacían estas cuentas con los labios, otros hacían la cuenta con los dedos sin alzar la mano de la rodilla para no ser descubiertos. Ninguno se movía.

Se sentía un intenso olor á queso de oveja, y á otros manjares.

Me parecía encontrarme en un tren especial de Francisco Cirio enviado bajo mi alta dirección á llevar las provisiones para el banquete de una fiesta inaugural.

*
**

Bajamos á la entrada de Cavour en pleno mercado de cerdos, ó *canarios de bellota* como se llaman con culta metáfora en el dialecto piamontés.

El arrabal, que cuenta cerca de 8,000 habitantes, está edificado sobre la llanura, á los pies de la famosa roca á la cual debe su gloria y sus desgracias.

Como todos los pequeños á quienes les falta la ocasion de compararse, aquella roca tiene el aire de creerse una gran cosa; y, en efecto, vista desde allí abajo, aunque no sea más alta que dos veces la Torre de Giotto y se le pueda dar la vuelta en media hora, le dan la apariencia de una montaña ciertas formas largas y majestuosas de gigantesca alpina; y parece también más grande á la vista por efecto de la densa capa de vegetacion que la rodea por la espalda y por los lados. A primera vista hace efecto; no hay más que decir.

Quien llegase allí sin saberlo, la creería un monte artificial levantado por el monstruoso capricho de un antiguo tirano; una especie de colosal observatorio guerrero, una torre maciza y gigantesca edificada para tener á la vista á todos los feudatarios de la llanura, desde las orillas del Pó hasta las del Sangona.

Se comprende como haya sido siempre objeto de admiración, empezando por Plinio, que escribió no haber visto jamás *montem á montibus separatam, nisi montem Caburri*, y acabando en Cárlos Denina, el cual la cree una mole precipitada de los Alpes (ocasionando algunas leves desgracias, lesiones curables en quince días, probablemente) y otros que la consideran salida espresamente de las entrañas de la tierra, casi de repente, como la cabeza de un títan sepultado, curioso por ver con sus ojos cómo andaban los asuntos de la casa de Saboya.



Su origen con todo esto, no tiene nada de maravilloso: es la estremidad, y como suele decirse, la espuela de la estribación alpina, la cual baja del monte Gramera á dividir el valle del Pó del de Pellice: espuela la cual se levanta de un modo notable respecto á la hilera de montañas de que es término (lo que se ve frecuentemente) con esta singularidad por otra parte, que aparece aislada, porque la cadena de montecillos que lo reúnen á las estribaciones de los Alpes está toda cubierta y perfectamente escondida por los materiales de aluvion que hay allí acumulado desde antiguos tiempos.

No es, pues, una vanguardia solitaria, un centinela perdido, del inmenso ejército alpino, sino la cabeza de una columna no interrumpida que camina por debajo de tierra. Respetemos la ilusión.

Sería ciertamente más poético que hubiese rodado allí desde el Monviso, como la peña de la comparación manzoniana, tanto más que los caborrenses,

podrían vivir seguros, de no verla jamás y volverla á llevar á la altura por ministerio de una *virtud amiga*.

Pero también sin el origen maravilloso, este enorme bloque de *gneiss* (célebre entre los naturalistas por los belisimos cristales de cuarzo ahumado que se encuentran en las vetas de esta roca) es una riqueza para el país; es un monumento histórico y su belleza le dá sombra y frescura en el estío, lo resguarda de los vientos del mediodía, sirve de refugio á los enamorados y de estudio á los artistas y de vez en cuando de comedor para los mineralogistas y los geólogos á la manera del *Persico reale* y á *La Posta*. (Pídanse truchas fritas que es la especialidad culinaria del país).

*
**

La aldea se parece á todas las demás aldeas del Piemonte; limpia, de colores alegres, ningun monumento, muchas hosterías.

Recorriendo con reposados pasos la calle principal, llegamos á la plaza del mercado. Estaba enteramente llena de gente: filas de campesinas, venidas de todos los alrededores y una doble procesion de hombres y mujeres del campo, apretados como á la salida de una iglesia: por todas partes, cestas de huevos y de pollos, tarros llenos de manteca, manojos de capones en la mano, serones llenos de gallinas, de gansos, de pavos, de conejos; una profusion de manjares sustanciosos, nutritivos, sólidos, frescos y sanos que daba gusto verlos ya brian el apetito de modo extraordinario.

La primera cosa que me eché á la cara fueron los grandes sombreros de ciertos sacerdotes que pasaban entre la multitud, algunos, Dios los bendiga, capaces de sostener el *Biancone* de la plaza de la Señoría.

Después, los sombreros de las campesinas, curiosísimos; sombreros de paja amarilla, de alas muy anchas, forrados de seda por abajo, rodeados por encima de anchas cintas de seda y de terciopelo que caen sobre los hombros, cubiertos por un velo de tul negro frangeados con abalorios rodeados de rosas, de plumas, de ramos de flores artificiales, de cadenas de latón, de broches de la forma de clavos ó de espadas, verdaderas banastas de vendedores ambulantes, que son los más abigarrados y raros muestrarios de colores chillones que pueden imaginarse.

Muchas tenían collares dorados, con varias vueltas, grandes sarcillos de vírgen y pañuelos al cuello amarillos ó encarnados.

Había hermosos cuerpos de mujer y talles de muchacha, con colores de manzana roja, con cabellos dorados como las espigas, apretados en las robustas cabezas como nudos de cuerda, anchas de hombros y de caderas, no de otro modo que como hechas á torno, derechas y esbeltas como pilares, y tan apretadas las unas contra las otras, que para pasar era preciso apretarse las sayas y delantales y se notaba por todas partes redondeces resistentes y alientos calurosos.

Era verdaderamente un mercado de campesinos piamonteses; fuera del vocerío de los mercaderes de

los barracones, no se oía una voz más alta que otra, ningún diálogo animado, ningún gesto impetuoso, ninguna cara arrebatada; una tranquilidad de aspecto extraordinaria, las manos casi inmóviles, plácidas sonrisas, movimientos lentos de cabeza y de ojos y una inteligencia entre ellos tranquila y sosegada.

Al ver tanta tranquilidad en medio de confusión tan grande, sentí un extraño afecto.

Me parecía que aquellas mujeres no habían sido nunca agitadas por una pasión y que darían su amor como daban la mercancía; sin embargo....

Detengámonos algunos instantes para admirar un poco las bellezas más notables.

Pero nuestras miradas admiradoras, prosáicamente interpretadas, no producían otro efecto que acercarnos las gallinas en ademán de oferta.

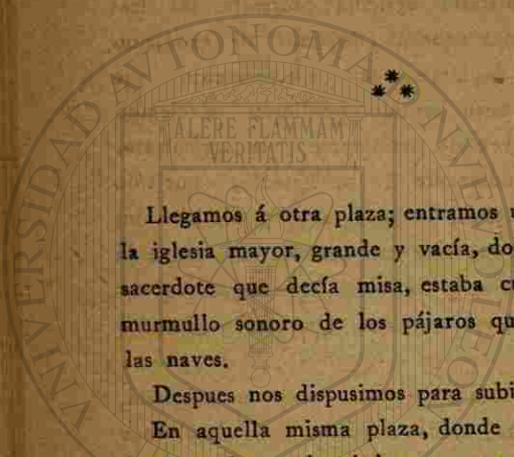
Experimenté, sin embargo, un verdadero placer al pasear, al mirar de cerca aquella abundancia de todo, al sentir todas aquellas caras que vendían salud, aquel olor de tela de dos reales el metro, de cabellos peinados con agua, de leche, de paja, de pecerías y de conejeras y me parecía purificarme para un mes de todos los perfumes de los peluqueros, de todos los olores desagradables y variados de las malas salsas, de telas y de teatros súcios, de libros.

odiosos y de pruebas de imprenta más odiosas, que estaba obligado á respirar en la ciudad.

Y no fué cosa fácil como presuñamos salir de allí dentro.

A la salida de la plaza nos encontramos encerrados en medio de un grupo de vendedores de queso, y fué preciso andar á codazos.

Después la cesta de una hermosa vendedora de pollos me separó de los compañeros; al fin, no tuve más remedio que separar dos enormes moles que cerraban la calle, y me volví á encontrar al aire libre con los otros, perfumado con los olores del mercado.



Llegamos á otra plaza; entramos un momento en la iglesia mayor, grande y vacía, donde la voz del sacerdote que decía misa, estaba cubierta por un murmullo sonoro de los pájaros que volaban por las naves.

Después nos dispusimos para subir á la roca.

En aquella misma plaza, donde hay ahora una hermosa fuente de piedra, se cree, por ciertas inscripciones antiguas que se han descubierto en el país, que hubo allí un baño y una piscina, mandadas construir en una posesión particular y dadas después á los conciudadanos, *municipiis suis*, por cierta Segunda Asprilla, sacerdotisa de un templo consagrado á Drusilla, hermana de Cayo Calígula.

—No es esto sólo—me decía con vehemencia el profesor;—sino que entre los aficionados á los estudios arqueológicos, es opinión admitida que el antiguo baño se surtía del mismo manantial que proporciona el agua á la fuente de hoy.

Pero aquí tuve un rato divertido, porque el buen propietario agrícola profesaba tal desprecio por todas aquellas *simplezas* de erudición antigua, y deploraba tan sinceramente que personas de buen sentido perdieran su tiempo en ellas, en vez de consagrarse á la agricultura, "verdadero fundamento de los Estados;" que sólo oír hablar de ellos, le repugnaba; y miraba á mi profesor con una cara tan provocadora, entre la fingida admiración y la burla, que aquel se enrojecía de cólera, aunque aparentaba despreciarlo.

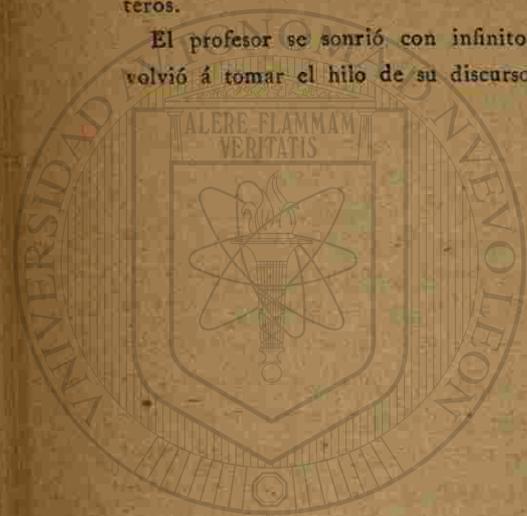
Cuando estábamos ya para entrar en la Iglesia, al oír que Anibal había colocado cerca de Cavour el ala izquierda de su ejército (cuyo hecho, además de poderse demostrar con ciertos pasajes de Tito Livio, estaba probado por muchos colmillos de elefantes encontrados en aquella tierra), se había detenido en medio de la plaza, mirando fijamente al amigo, como se mira á un loco de atar. Pero cuando después oyó añadir aquello del regalo del baño y de Asprilla y de Drusilla, no se pudo contener.

—No lo crea, ¿sabe?—me dijo;—estas cosas son combinaciones de los doctores.

Y Cavour no ha sido, ni será nunca país pa-

ra descrito á tontas y á locas por los forasteros.

El profesor se sonrió con infinito desprecio, y volvió á tomar el hilo de su discurso.



La cosa estaba fuera de duda.

Cavour había sido una colonia romana y debía haber sido una fortaleza y un punto de guarnición; en las excavaciones hechas en distintas épocas se habían encontrado restos, capiteles con las efigies de Rómulo y de Remo, ruinas de acueductos, estatuillas de metal, candilejas, objetos fúnebres, medallas, monedas, entre las cuales, siendo el mayor número las del tiempo de Neron y de los Antoninos, había motivo para creer que había sido en tiempo de estos emperadores el período de mayor florecimiento de la antigua *Caburrum*.

Después siguió todas las alternativas comunes á casi todas las ciudades y las villas de aquella provincia del Piamonte; destruida por los bárbaros, reedificada por los sarracenos, sometida al condado de Turin en tiempo de los francos, española bajo los Marqueses de Susa, poseída después por los Condes de Saboya, conquistada por los Astigiani,

caída en poder de los Príncipes de Acaia, cedida á los Señores de Racconigi y vuelta de nuevo á la Casa de Saboya.

Y mientras escuchaba esta retahila de tratados, asedios, incendios y miserias, subíamos por un sendero pedregoso, en medio de un bosque de pequeños castaños y encinillas, coloreadas con todos los matices del amarillo, desde el cadmio al azafraán, y aún al verde aquí y allí, y como salpicadas de un polvo dorado, que pudiera arrastrar un soplo de viento.

No había casas, ni se encontraba á nadie; no se oía más que el graznido de los grajos en las alturas.

* * *

Llegamos á la cima en media hora.

Una vez arriba se distinguen tres picos distantes como cien pasos uno de otro: el de la izquierda, llamado de los Perros; el de la derecha, del Castillo; el de en medio, del Torreón. El primero solo es notable por un espantoso precipicio que se abre á sus piés, una especie de Salto de Tiberio, que mide toda la altura de la roca, enhiesta en aquella parte, y terrible como la muralla de una fortaleza ciclópea que amenazase las entradas de los valles alpinos.

Sobre el pico de en medio no queda ya del antiguo torreón de Bramafame más que un trozo de muro redondo, tan alto como el brocal de un pozo, con dos troneras y rodeado de maleza y rosas silvestres.

El pico que conserva más restos es el del Castillo. Es también el más atrevido y salvaje: es un gran peñasco, una especie de jiba enorme de la

roca, inaccesible por todas partes, salvo por una escalerilla informe, abierta en la peña viva, y toda ella esculpida con nombres y con fechas: subiendo por allí, se llega, dando una vuelta, á la pequeña explanada donde se alzaba el Castillo. Aquí, por una red de pequeños senderos que suben y bajan entre las zarzas, las ortigas y las vides silvestres, se gira en un laberinto de ruinas, en medio de bocas de cisternas y de subterráneos, de fragmentos de muros agujereados por barbacanas, de vestigios inciertos de puertas, de escaleras y lugares secretos, por los cuales es imposible reconstruir la forma del castillo que debía ser por lo demás, augusto, intrincado y lúgubre: un castillo pavoroso de brujas y de cuervos, no ménos triste para quien se hallaba dentro defendiéndolo, que tremendo para el que tenía que asaltarlo.

Erigido sobre aquella cima, protegía admirablemente la villa colocada á sus piés, encerrada por completo en un cinturón rectangular de murallas guarnecidas de torres, las cuales se prolongaban subiendo por la roca, hasta unirse con el castillo ó con el torreón, unidos á su vez entre sí por un parapeto ó alguna otra obra de defensa tallada en la piedra por cima de los pasos más escarpados.

*
*
*

Tal era la fortaleza de Cavour al concluir el siglo decimosexto, cuando se la disputaron el general Lesdiguières y Carlos Manuel I, los dos soberanos contendientes de aquella guerra aventurera y memorable con que el duque de Saboya inició la gran política de balancin entre España y Francia: bien armonizados en verdad y hechos á propósito para medirse por su temeridad de capitanes, por su valor de soldados, por su prudencia, por su astucia, por su generosidad usada á tiempo y por su magnanimidad desplegada siempre.

El castillo, como se comprende, no podía ser tomado sino por asedio. No logró conquistarlo por asalto Lesdiguières, ni aun despues de haberse apoderado del torreón, y haber hecho subir allí, á fuerza de brazos y de gruas, dos piezas de artillería con las cuales cañoneaba el muro á cien pasos y á pesar de que cada tiro era una brecha: los cuatrocientos defensores, mandados por el conde Manuel

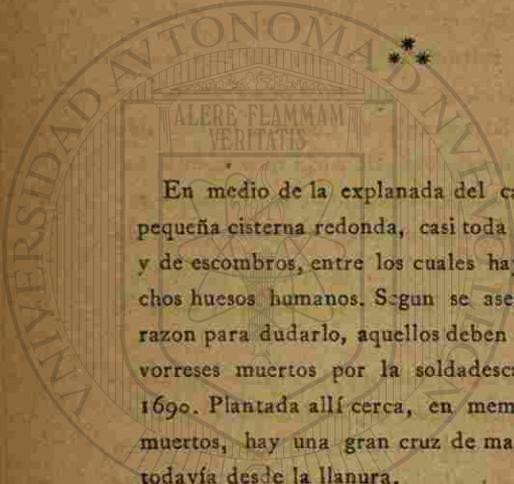
de Lucerna, no se rindieron sino por el hambre. Y ni aun así pudo tomarlo á viva fuerza Carlos Manuel, á pesar del gran deseo que tenía y del gran ejército victorioso con que contaba: tuvo que construir en el llano cinco reductos y esperar que no quedase á la guarnición ni agua ni pan.

Y una y otra vez los defensores salieron al rendirse con todos los honores de las armas.

¡Pobres cadáveres ambulantes! Debía ser una burla del infierno la idea de morir en ayunas allá arriba, pisoteados en aquella tétrica torrecilla, asateados á través de las barbacas por aquel aire vivo de los montes que pone en el cuerpo del hombre la voracidad de la fiera y sentirse retorcer las entrañas por el hambre y por la sed, viendo allá en el llano humear las cocinas de los vivanderos, pasar los carros cargados de pan y correr los riachuelos argentinos en medio de los campos!

Porque debían verlo todo esto perfectamente desde arriba como sobre la palma de la mano: las hileras de las tiendas de campaña, el interior de los pabellones, los juegos y las querrelas de los vivacs, y á Carlos Manuel que apuntaba los cañones como un capitán de artillería, y á Antonio de Olivares que discutía con él cortando el aire ambos con ademanes vigorosos, correspon-

dientes á sonoras frases españolas, entremezcladas de *¡Por Dios!* ó *Por vida mía!* ó *¡Mal rayo me parta!* que hacían retener el aliento al Estado mayor.



En medio de la explanada del castillo existe una pequeña cisterna redonda, casi toda llena de piedras y de escombros, entre los cuales hay mezclados muchos huesos humanos. Según se asegura, y no hay razón para dudarlo, aquellos deben ser huesos de cavorreses muertos por la soldadesca de Catinat en 1690. Plantada allí cerca, en memoria de aquellos muertos, hay una gran cruz de madera, que se vé todavía desde la llanura.

Aquella fué, la más desgraciada jornada de la historia de Cavour, digno principio de aquella horrible guerra de la liga, en que los ministros daban órdenes de asesinatos y se imponía á los generales el oficio de incendiarios, y á los soldados el de verdugos y ladrones.

La horrible tradición de aquella maldita carnicería está aún viva en el pueblo de la ciudad y del campo.

Era en Agosto de 1690

Apenas habían estallado los primeros gritos de la guerra, el general Catinat movió el ejército de Pinerolo hácia Cavour.

Si el bravo marqués de Parella, que estaba con cuatro mil soldados—entre ellos figuraban muchos valdenses—en las cercanías de Lucerna, hubiese sido avisado, pocas horas antes, de aquel movimiento, habría podido aún llegar á tiempo de improviso, y entonces se habría visto una buena cuanto equiparada refriega.

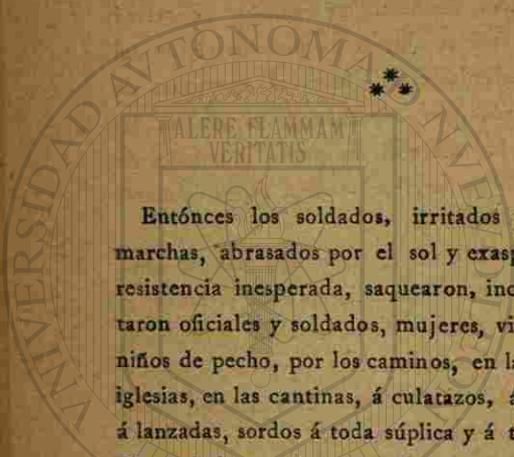
Desgraciadamente recibió la noticia demasiado tarde.

La ciudad estaba abierta, el castillo demolido desde hacía muchos años; la guarnición no se componía más que de una compañía del regimiento de Monferrato y de algunas tropas de milicias valdenses.

Una vanguardia, mandada por el marqués Du Plessis Belloire, fué recibida á tiros por algunos campesinos, que de pronto se vieron rechazados á poblado. Catinat mandó intimar la rendición.

La guarnición rehusó. Una columna se lanzó al asalto con cuatro piezas de artillería.

La defensa fué valerosa, pero inútil. Las trincheras fueron salvadas, y todo el ejército hizo irrupción.



Entonces los soldados, irritados por las largas marchas, abrasados por el sol y exasperados por la resistencia inesperada, saquearon, incendiaron, mataron oficiales y soldados, mujeres, viejos, aldeanos, niños de pecho, por los caminos, en las casas, en las iglesias, en las cantinas, á culatazos, á bayonetazos, á lanzadas, sordos á toda súplica y á todo llanto, sin discernimiento, sin tregua, sin misericordia.

Una parte de los habitantes y de la guarnición se había refugiado en lo alto de la roca: los invasores treparon allí como una bandada de tigres hambrientos y traspasaron y degollaron á cuantos encontraban á su paso.

Sólo unas ochenta ó noventa personas—entre ellas el gobernador, algunos oficiales, y el resto mujeres y niños—consiguieron salvar la vida, refugiándose en una casa de Cavour, en dónde había entrado Catinat á tomar un refresco de un boticario, cuyo nombre se ha conservado: Marentino.

La ciudad presentó durante muchísimos días un espectáculo capaz de helar las venas y de erizar el cabello: las plazas obstruidas por los restos del saqueo, casi todas las casas quemadas, montones de cadáveres á cada paso, regueros de sangre por las escaleras y por los caminos; los patios inundados de sangre; y en aquella horrible soledad gritos de moribundos y risas de furiosos.

En las memorias de Catinat se dan más de seiscientos muertos entre hombres, mujeres y niños; el marqués de Quincy habla de ochocientos soldados y de trescientos paisanos muertos; un prior, testigo y narrador del hecho, afirma que de cinco mil habitantes, cuatro mil fueron muertos.

Y estas atrocidades se cometieron en el siglo de Luis XIV, bajo Luis XIV, por soldados del tiempo de Pascal, de Descartes y de Corneille, en el país por donde había pasado hacía medio siglo Galileo.

Y no obstante, todo permanece olvidado é ignorado..... á cuatro millas de distancia más allá de Cavour.

Sólo los viejos aldeanos y las campesinas de los contornos suben una vez al año, el día de difuntos, á dar la vuelta á la cisterna, en larga fila, recitando el rosario por las "ánimas de la roca."

Y sería un acto piadoso y honrado si se fuese sólo

á rezar por los muertos, pero se vá tambien para recomendar "á las áuimas" el capullo de los gusanos de seda.

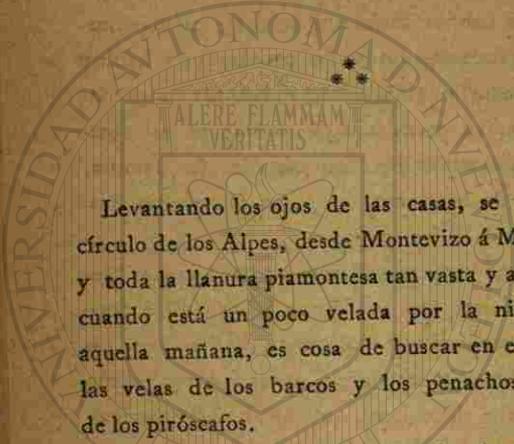
Mientras hablábamos de aquella horrenda jornada, veíamos abajo la pequeña ciudad fresca y alegre, una extension de techos de un bello gris claro, algunas manchas rojas ó verdes de muros de casas, cubiertas por un telon de espigas de trigo turco ó por una cortina de pámpanos.

Veíamos la plaza del mercado y el camino real negros de gentes y llegaban á nuestro oido con una sonoridad extraordinaria, sobre el sordo y continuo murmullo de la multitud, gritos estentóreos de vendedores, mugidos de bueyes, cacareos de gallinas, rumores de carros, los sonidos argentinos de una campana acompañados por los golpes de un martillo sobre el yunque, gruñidos y ladridos lejanos, una voz agudísima que ahullaba: "¡calzoncillos á peseta, á peseta, á peseta," y un vozarron de bajo que gritaba: "¡la América!" es decir, una ganga, la mercancía por nada; y de vez en cuando, á intervalos iguales, un altísimo y larguísimo rebuzno.

Fuera de la multitud, la paz tranquila é inalterable que es habitual de los pequeños pueblos: callejas solitarias con niños que jugaban á lo largo de los arroyos, un círculo de señores delante

de una farmacia, galerías interiores de casas donde las mujeres tendían la ropa á secar, un sacerdote en mangas de camisa dentro de un huerto; se veía todo desde un extremo á otro de lo habitado y alrededor el [colegio, la plaza de armas, el campo santo, el paseo: todo lo que basta, en suma, á algunos millares de personas para guarecerse del frio, hacer convenientemente sus cosas, odiarse y morir.

¡Pobres campamentos humanos! ¡Pobres montones de barracas! ¡Qué mísera cosa son, vistos desde el alto, con aquel pequeño campo cerrado por cuatro muros, donde todos van á acabar!



Levantando los ojos de las casas, se ve todo el círculo de los Alpes, desde Montevizo á Monte-Rosa y toda la llanura piemontesa tan vasta y abierta que, cuando está un poco velada por la niebla, como aquella mañana, es cosa de buscar en el horizonte las velas de los barcos y los penachos de humo de los piróscafos.

Parece encontrarse uno sobre la cima de montañosa isla, dentro de una bahía que se extiende desde Saluzzo á Cumiana, desde la colina donde Silvio Pellico escribió sus más dulces versos, hasta el campo en que Víctor Alfieri domó sus más fogosos caballos.

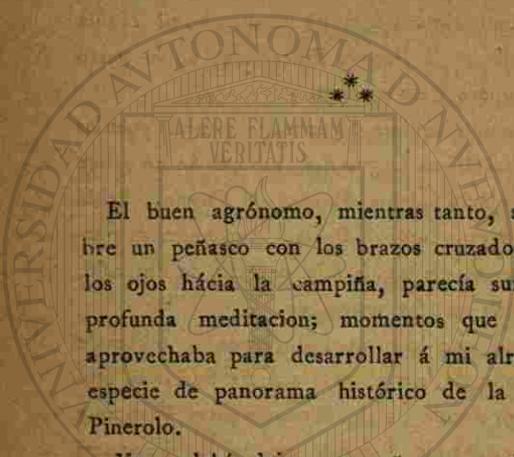
Gustábame contemplar allá abajo aquella hermosa campiña tan uniforme y tan variada á un tiempo, cortada en cuadros verdes y lisos como paños de villar.

Y al ver toda aquella tierra tan cuidadosamente medida, separada y defendida, pensaba de cuántas

reflexiones y de cuántas cuentas era argumento cada una de aquellas figuras geométricas, cuánto papel sellado habían hecho emborronar, cuántas conversaciones de abogados y de procuradores habían provocado aquellos riachuelos, y cuántos viajes tristes á la ciudad y dilaciones eternas en las antecámaras de los tribunales, enemistades de familia, juramentos de venganza, zozobras y marchas desesperadas para lejanos países.

Y entonces me parecía que todos aquellos polígonos de color, tan sonrientes y tranquilos poco ántes, se perseguían y procuraban herirse con sus ángulos agudos, sobreponerse unos á otros, como grandes barcos de colores, de dos flotas enemigas y confusas.

Y pensé que así era, en efecto, y que la batalla duraba hacía siglos y que algun día acabaría con un gran cataclismo, en medio de los gritos de innumerables naufragos; para comenzar poco después con nuevos bríos y durar más largo tiempo, apenas reforzadas las tripulaciones y reparadas las averías.



El buen agrónomo, mientras tanto, sentado sobre un peñasco con los brazos cruzados y vueltos los ojos hacia la campiña, parecía sumergido en profunda meditación; momentos que el profesor aprovechaba para desarrollar á mi alrededor una especie de panorama histórico de la llanura de Pinerolo.

Yo no debía dejarme engañar por todos aquellos pueblos que por allí se veían y que presentaban tan hermoso aspecto en medio de la verdura.

Tenían el aire de honrados propietarios del campo y de pastores tranquilos; pero eran viejos soldados disfrazados, cubiertos de cicatrices y llenos de terribles recuerdos.

Aquel pueblo grande que se distinguía á pocas leguas, con aquella iglesia encarnada, que le daba aire de dichosa paz, "Vigone" había visto destrozar el ejército de Carlos Manuel I, por los hugonotes multicolores del general Lesdiguières y presenciado

uno de los más horrosos saqueos del siglo xvi.

¿Pero quién podría contar los saqueos y los incendios de aquel alma negra de Lesdiguières? Había sido el Attila de la llanura Pinerolesa, aquel perro de viejo arquero y ex-leguleyo.

No había uno siquiera de aquellos pobres pueblos al que no prendiera fuego. Así, rabioso de no haber podido arrojar á Carlos Manuel de Cavour, había puesto á sangre y fuego á Buriasco, un hermoso pueblecillo que se distinguía á la derecha de Pinerolo, como pequeña mancha sonrosada.

Es verdad que hay muchos recuerdos tristes de familia en aquella parte. Más acá de Buriasco, está Macello, por dónde pasaba el confin entre Francia y el Piemonte, cuando Pinerolo era de los franceses; allí, por ejemplo, al rededor del antiguo castillo se mataron fraternalmente los soldados de Jacobo de Acaia y los de Barnabó Visconti. Más allá de Macello, está Garzigliana, donde se conserva un torreón del castillo de Montebruno, junto al cual fué derrotado por los Astiguani, aquel desgraciado Tomás II de Saboya, que fué librado de la prision por sus enemigos para ser arrojado en la cárcel por los propios súbditos.

A pocas leguas de ahí, á la derecha de Vigone, se ven los techos de Pancalieri, un pueblo grande que Cárlos II de Saboya abandonó al furor de sus milicias para castigar á Claudio de Racconigi, señor del lugar, despues de haber hecho ahorcar á todos los soldados del marqués de Saluzzo que le habían ayudado á irvadir el Piemonte.

Junto á Pancalieri está Polonghera, tomada por asalto y maltrecha por Luis de Acaia, para dar salvable recuerdo al feudatario Ricardo de Provana, que había simpatizado con el marqués de Saluzzo y con los Visconti.

Habíamos hecho un hermoso trabajo nosotros tambien, en nuestra propia casa, como puede verse.

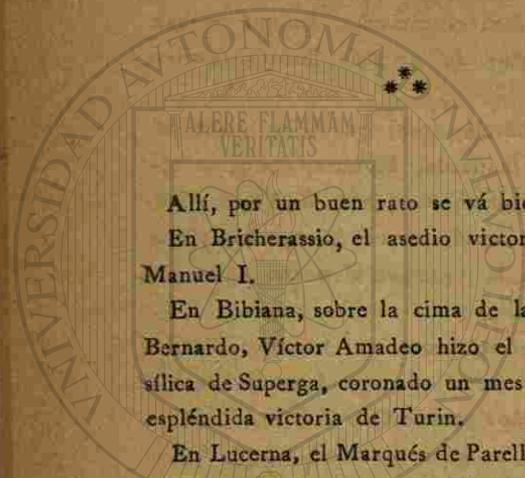
Ahí mismo, junto á la roca de Cavour, blanqueaban las casas de Villafranca, una de las veinte y siete Villafrancas, de los dos hemisferios que puede decir haber visto una cosa extraordinaria en los tiempos pasados: el comandante de la caballería de Leon X.

Próspero Colonna, despues de haberse alabado de coger *como pájaros en jaula* á cuantos franceses bajasen de los Alpes, se dejó sorprender por los *pájaros* mientras estaba comiendo de buen humor y hecho prisionero con todos sus cazadores.

Parece que se haya ejercido un maligno influjo por la bebida sobre este pedazo de país.

Allá abajo, sobre el camino de Pinerolo, se ve el campanario de Osasco: había allí de guarnición en 1705, una compañía del Regimiento de Monferrato, mandada por un capitán; tenían excelente vino en el pueblo y tomaron una *turca* fenomenal; tal borrachera, que habiendo sobrevenido los franceses é intimado la rendición con amenaza de hierro y fuego, nadie se encontró en estado ni de resistir ni de negociar, y hubiéranse dedicado al incendio y al estrago, si no se hubiera encontrado entre los enemigos una mujer saboyana, conocida de los Condes de Cacherano, á la cual debió el pueblo su salvacion y la guarnición, una capitulacion honrosa.

En resumen; no hay más que miserias que recordar en toda aquella parte. Para confortarse un poco, es preciso volver la vista á la izquierda de Pinerolo.



Allí, por un buen rato se vá bien.

En Bricherassio, el asedio victorioso de Cárlos Manuel I.

En Bibiana, sobre la cima de la colina de San Bernardo, Víctor Amadeo hizo el voto de la Basílica de Superga, coronado un mes despues, con la espléndida victoria de Turin.

En Lucerna, el Marqués de Parella embistió, rompió, puso en fuga, exterminó á 30.000 soldados de Feuquieres, en la guerra de 1690.

Pero... ¡ay de mí! Desde Lucerna en adelante, comenzamos las notas dolorosas.

La primera es la del pobre Bagnolo, tomado y arruinado por los franceses de Francisco I, por los saboyanos de Cárlos III y por los españoles de Cárlos V.

Despues viene Borge, donde Denina enseñó la gramática y empezó la *Historia de la Revolución*, maltratado veinte veces por los imperiales y los franceses del siglo xvi.

Más adelante, todavía peor: Revello; donde la soldadesca de Catinat cometió aquellos horrores que todos saben, en el convento, en que estaban recogidas las niñas de las más ilustres familias del Piamonte.

Despues de Revello, peor que peor: Staffarda. Y más allá de Staffarda, Moretta, donde se recogió tumultuosamente el ejército de Víctor Amadeo, despues de aquella tremenda derrota, protegido todavía en la fuga por el sereno valor del Príncipe Eugenio.

Pero ¿no hay otros recuerdos más que batallas é injurias extranjeras en este desgraciado país? ¿Qué es esto, señor profesor?....

Un momento, un poco de calma.

Estábamos vueltos hácia Moretta. Por Moretta pasa el Varaita.

¿Y no vá ligado algun buen recuerdo á este Varaita?

—Sí, ¡cuerpo de un cañon de á treinta y seis! Una gran jornada, una victoria fulgurante: el ejército de Luis XIII, acudiendo en ayuda del Duque de Nevers, asaltado, roto, desbaratado, rechazado, desbandado como manada aterrorizada, á la otra parte de los Alpes, por Cárlos Manuel I, en el año de gracia de 1628.

—¡Bendito sea Dios! Hé aquí casi igualada la partida.

—¿Qué le parece?—me dijo, marcando las frases, el profesor.

—Es en verdad una cueva histórica la roca de Cavour,—añadió.—Yo vengo aquí una vez cada año, solo, y me siento sobre estas piedras á contemplar la llanura, y á reanudar mis lecturas predilectas; y haciendo armar los ejércitos y tronar las baterías con la imaginación, revivo, por decirle así, en el pasado y

in me stesso m' esalto
como dice el divino Alighieri.

*
* * *

—Y bien, ¿qué me dice?—me preguntó el agrónomo, acercándose.—Son buenos terrenos, yo lo aseguro. Terrenos de trigo y de forraje de dos mil á cuatro mil pesetas la hectárea. El inconveniente es que faltan los buenos abonos. ¿Qué queréis? No hay fábricas de artificiales, el estiércol de los establos no lo saben conservar, y es preciso hacerlo venir de léjos, de modo que cuesta un ojo, por razón de trasportes.

En Pancalieri para citar un caso concreto y recientísimo hacen venir el guano nada ménos que de Carmagnola.

Mire Vd. allá bajo.... Campiglione y Fenile. Tierras magníficas para los viñedos. De esta parte recibimos excelente uva de todas las clases y de magnífica calidad.

Si en estos alrededores se dieron con cuidado á perfeccionar los métodos agrícolas y de fabrica-

ción que no los quieren entender podrian obtener el vino número uno.

Y sepa Vd. que en cuanto á ganado, estamos muy bien. Dé Vd. una ojeada á nuestros mercados: magníficos, inmejorables condiciones físicas; bueyes de corpulencia extraordinaria, de los que muchos se dedican á la exportacion. Mantecas, quesos exquisitos... todo se fabrica aquí.

Lo que debemos confesar para nuestra vergüenza es que estamos mal, pero muy mal en cuanto á establos.

En este punto no estamos á la altura del tiempo, ni muchísimoménos, no señor. ¡Horror! Basta; mejor es no hablar una palabra de esto.

¿Hacia donde mira? ¿Allá abajo? ¡Oh! Allí está Basio. Por aquellas inmediaciones se cultiva con éxito lisongero el cáñamo.

Tenemos una variedad infinita de cultivos en los contornos.

Por ejemplo, en la parte de Virle y de Castagnole se cultivan los rábanos que resultan exquisitos; en otras comarcas se dedican al cuidado de las legumbres, y tambien se cria un poco de arroz en las riberas del Pó.

Cada sitio tiene su especialidad.

Vaya á Lucerna, á la Magdalena: allí verá en todo

su apogeo la industria de la extracción de fécula de patata.

Pase Vd. á Bibiana: allí se dedican á la extracción del alcohol. Despues, en todos lados se fabrica un poco de aceite de nueces prensadas, que es una industria que tambien tiene su importancia y no poco porvenir.

Esto, sin hablar una palabra de la pesca, que todo el mundo sabe lo que es: barbos y anguilas en el Chissone; tenca en el Pellice y aun gobios; sollos y carpas magníficas en las ramificaciones del Pó; y por todas partes, truchas y truchas, no muy gruesas, pero... Bien es verdad que Vd. ya las ha bra comido.

¡Únicamente en Villafranca existen quinientos pescadores! ¿Y qué me dice Vd. de los bosques y de los castaños? De ellos hay la bagatela de 700 hectáreas solamente en Virse, Pancalieri y Lombriasco... Qué nombres tan curiosos ¿no es verdad? Lombriasco, Piossasco, Frossasco, Osasco, Subiasco, Busiasco, Cervignasco, Fermolasco, Cercenasco... ¿qué tal?

Tenemos tambien excelentes minerales de hierro, antimonio ¿qué se yo? y mármoles para hacer arrogante figura en cualquier exposicion.

En fin, no hay más que hablar: es una de las mejores comarcas del Piamonte.

Sin embargo, hé aquí la gran desgracia: falta la instrucción agraria, faltan los capitales que van todos á convertirse en ese maldito papel del Estado... Faltan buenas estaciones de remonta.

Y despues... lo peor de todo, las contribuciones desproporcionadas que se comen enteramente la pequeña propiedad y obligan á emigrar á los campesinos laboriosos.

¡Ah! Sí, en efecto, queda mucho, muchísimo todavía por hacer.

Sería preciso que todos contribuyesen con sus fuerzas á la prosperidad del terreno.

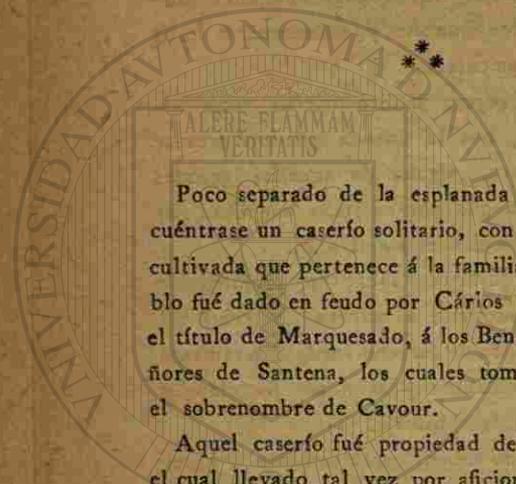
Sería preciso distribuir mejor las aguas de riego, antes que nada, pues hay campos á los que sobra mucha, y otros á los que falta toda; regular un poco la pesca en que todo el mundo hace lo que le parece; proveer á la seguridad campestre que anda como Dios quiere; mejorar las colonias, aplicar las máquinas agrícolas últimamente descubiertas, repoblar los bosques... y sobre todo, antes que nada, como le digo, disminuir los impuestos que son una verdadera desesperacion.

Cuando todo esto se haya realizado, las cercanías de Pinerolo serán un verdadero paraíso.

¿Ve Vd. allá bajo Osasco? Es un magnífico establecimiento de pollicultura; un gallo y 'dos ga-

llinas de Cochinchina, cuarenta y dos pesetas, el embalaje comprendido y media peseta el huevo.

Sobre estas cosas debería escribirse.



Poco separado de la esplanada del castillo, encuéntrase un caserío solitario, con un poco de tierra cultivada que pertenece á la familia Benso. El pueblo fué dado en feudo por Cárlos Manuel III, con el título de Marquesado, á los Benso de Chieri, señores de Santena, los cuales tomaron en adelante el sobrenombre de Cavour.

Aquel caserío fué propiedad del Conde Camilo, el cual llevado tal vez por aficiones arqueológicas—quién sabe si con otro fin diferente, mandó practicar excavaciones en los alrededores, segun se decía, con ánimo de descubrir objetos antiguos; y en aquellas excavaciones fué descubierta una gruesa bala de cañon del peso de 20 kilogramos, que los muchachos del lugar hicieron correr por las eras: un regalo de Cárlos Manuel I probablemente.

Sin duda, el gran ministro debe haber subido muchas veces allí arriba, cuando estaba muy le-

jos de preveer, ni aun remotamente, que un día había de hacer bajar de aquellas montañas doscientos mil soldados franceses y estremecer á Italia y agitar á Europa entera.

Y tambien de seguro meditó muchas veces sobre aquella cima, con la mirada soñadora errante por aquella llanura, alguna de aquellas grandes empresas agrícolas, que por entonces ocupaban por entero todas sus facultades y actividad.

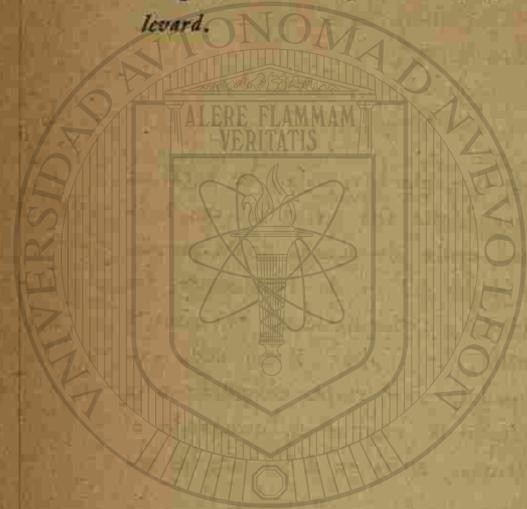
La casita está edificada sobre un promontorio de la roca que sobresale á manera de techo sobre un pequeño trozo de terreno verde, ligeramente inclinado hácia la llanura y salpicado por claveles campestres y flores de achicoria.

Sobre ese terreno vienen continuamente á hacer sus meriendas, alegres comparsas de los pueblos vecinos.

Pero cuando nosotros bajamos no había nadie. Véanse todavía sobre la hierba las huellas de las pisadas y un pedazo de periódico.

Me bajé á mirarlo; era un tercio de columna de *El Figaro* con un fragmento de reseña de una representacion en el *Ambigú*; un verdadero aereolito, un fragmento de otro mundo que me hizo extraña impresion en aquella soledad, entre aquellos huesos de muertos y aquellos trágicos re-

cuerdos, atravesadas, así, repentinamente, por la imagen de los esplendores y placeres del *Boulevard*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*
* *

Alrededor de la explanada, bajan las rocas en todas direcciones. Hasta allá arriba tal vez, hasta la pedregosa orilla de aquella verde terraza llegaron en la noche del 20 de Noviembre, los más ágiles soldados de Lesdiguières, enviados á asaltar el castillo por sorpresa. Y sin duda cayeron allí, cansados, con el rostro escondido en la hierba, conteniendo la respiración, apretando el cuerpo contra tierra, esperando á los que los seguían.

Y estos se estrechaban unos contra otros en las tinieblas, escondiéndose en los zarzales, arrastrándose por los setos espinosos, animándose en voz baja; furiosos que blasfemaban, tímidos que encomendaban su alma á Dios, jóvenes audaces y tristes, que subían con el presentimiento de la muerte, pensando confusamente, con mezcla de ternura y de tristeza, en las delicias de su casa lejana; una larguísima fila flexible, como monstruoso

reptil negro, arrastrándose bajo la amenaza de un talon gigantesco. E iba para arriba el monstruo, lento y horrible, respirando por cien bocas, agarrándose á las rugosidades del terreno con cien garras y volviendo todos sus ojos hácia la cima.

Y sobre este, otro monstruo, negro é inmóvil, cargado de hierro y de fuego, lo esperaba en silencio para echarse sobre él en el momento oportuno, y sembrar la roca con sus huesos rotos y sus mutiladas entrañas.....

No hay allí un palmo de terreno del que no se pueda decir, repasando el pasado:

—¡Aquí se degolló, se mató, se incendió, se armó un verdadero infierno!

En verdad que despues de cuatro meses de excursiones históricas, á fuerza de oír repetir por todas partes aquella eterna cancion de sangre, se acaba por verlo todo rojo, y ya no se siente ni horror ni piedad; sino asco, rabia y ódio. Se quisiera tener una voz milagrosa que se hiciera oír por todos los seres humanos, presentes y pasados, para gritar:

—¡Estúpidos, imbéciles, bestias! ¡Sois tan bestias que habeis hecho bien, que haceis bien, que haréis siempre bien en mataros como bestias!

Pero no se tendría razon. ¿De qué serviría? Una

hora despues estaríamos todos dispuestos á hundir la espada en el vientre á quien nos diese un empujon involuntario al pasar ó nos dijese una palabra más alta que otra.

Yo pronuncié aquellas palabras sobre la roca de Cavour, pero el pequeño homicida que tambien yo, como todos los demás llevo dentro, me contestó levantando desdeñosamente los hombros.

En tanto, el cielo se había cubierto de sombras y la niebla subía: bajamos.

El camino estaba desierto como á la subida. No encontramos más que una persona como á la mitad de la pendiente, y de ella me acordaré por mucho tiempo.

Era una vieja aldeana, alta de estatura, delgada y encorvada; una cara austera de aquellas viejas extraordinarias, casi espantosas que dibujó Doré en España. Subía cansada, deteniéndose á lo mejor para recobrar aliento y parecía que sufría.

¿Qué demonios iba á hacer allá arriba, completamente sola? Cuando estuvo á tres pasos de nosotros se lo preguntamos.

Se detuvo y nos miró fijamente uno detrás de otro con sus dos ojos grises clarísimos.

Después dijo lentamente y en tono severo:

—Voy á orar,—y volvió á clavar los ojos en nosotros, como sospechando una burla.

Venía de Bibiana, enferma como estaba, arrastrándose con los mayores apuros, y verificaba aquella ascension con semejante niebla, para ir á orar al pie de la cruz del castillo; y su viaje á Cavour no reconocía absolutamente otro objeto.

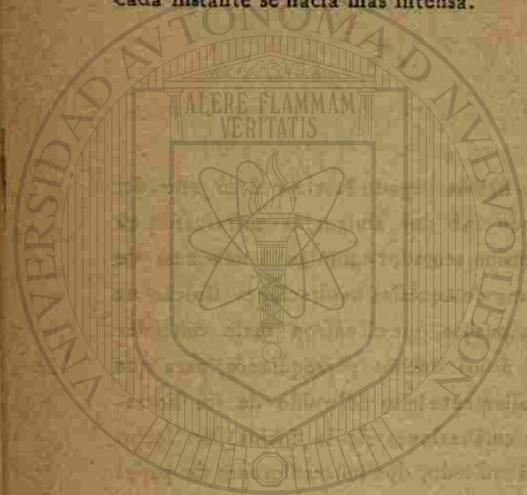
—¿Pero para qué subir hasta allá arriba—le preguntó el profesor—pudiendo rezar en la iglesia?

Semejante observacion pareció herirla. Se irguió alzando la blanca cabeza, y levantando la mano por el aire, dijo con voz solemne que nos dejó pasmados:

—¡Dios está en todas partes! ¡Dios está en la iglesia! ¡Dios está sobre la roca! ¡Dios nos vé siempre! ¡Dios nos vé á todos! Es preciso rogar por la salud del alma. Orar por nosotros, orar por los demás y por los vivos y los muertos: por todos. Nunca se pierde nada en rezar. Podemos morir hoy, podemos morir mañana; yo, ustedes, todos, de un momento á otro podemos morir. ¡Nadie sabe lo que le espera! ¡Dios está en la iglesia y sobre la roca! ¡Dios está en todas partes y nos vé á todos!

Y permaneció todavía un momento con el brazo en alto, en actitud inspirada, mirándonos fijamente con sus ojos grandes y vidriosos de moribunda, con expresion entre amenazadora y compasiva, pero tan fija, intensa, extraña que nos quedamos los tres mirándola y sin poder decir una palabra.

Después inclinó la cabeza y volvió á tomar lentamente el camino, perdiéndose en la niebla que á cada instante se hacía más intensa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Todavía no habría llegado la vieja á lo alto del castillo, cuando mis dos amigos se enfrascaron en una gran discusión sentados conmigo á una mesa de la *Posta*, en una de aquellas habitaciones típicas de las posadas de pueblo, que el patron suele conceder graciosamente á los buenos parroquianos, para que coman tranquilamente lejos del ruido de los borrachos y de las emanaciones de la cocina: un lecho matrimonial á un lado, dos saucos llorones de papel sobre la chimenea, Victor Manuel y Garibaldi en las paredes y la bandera nacional atrollada en un ángulo, que espera la fiesta del Estatuto.

El argumento de la discusión era gravísimo. El profesor sostenía la primacía del vino de Campigliolle, y el agrónomo que tenía terrenos en Bricherasio, la negaba, queriendo que se reconociese la superioridad del vino de Bricherasio.

La cuestión era tratada por una y otra parte, con una seriedad, con un calor, con tal abundancia de

argumentos y términos técnicos que no puede formarse idea el que no ha nacido en el país del Grignolino y del Barolo.

Quien hubiese visto las caras y los gestos sin escuchar las palabras, hubiera creído que discutían uno de los más altos y trascendentales problemas de filosofía.

Tanto uno como otro, al hablar movían delante de sí la mano derecha, con las puntas del pulgar y el índice juntas, y los otros dedos extendidos, á manera de predicadores, y levantaban de vez en cuando los ojos al cielo, abriendo los brazos en actitud de decir:

—¡Santísimo Dios, perdónadle esa blasfemia!

—En fin—dijo el agrónomo,—nuestro amigo juzgará.

Y llamó al posadero, ilustre vinatero y concejal del Ayuntamiento, para preguntarle si estaba en situación de suministrar los elementos del juicio.

El posadero sonrió como hombre satisfecho de la superioridad de sus géneros: tenía tanto de uno como de otro vino, y no como se quiera, sino antiguos de cinco ó seis años, en fin, lo que vulgarmente se llama el *non plus ultra* en el género. ¿Era pregunta aquella para dirigida á un hombre como él? En muchas lenguas á la redonda era famosa su taberna.

Sirviéronos lo más pronto que pudo. Yo fui nombrado árbitro. Me pusieron una botella de Bricherasio á derecha y una de Campiglione á izquierda y me hicieron los dos un signo que significaba:

—Justo juicio salga de tus lábios.

Me hizo reír aquella solemnidad. Pero el agrónomo no estaba para bromas, casi llevó á mal el que yo me riera.

—No, no, perdone—me dijo con cara muy seria—la cuestion es bastante importante, porque.... V. escribe, y si dá un juicio..... no muy exacto, V. perdone, podría ocasionar un grave daño á la exportacion. Hágame el favor de probar los dos, reflexione y despues pronuncie un juicio desapasionado.

Entónces me puse yo también serio, con arreglo á las altas facultades de que estaba investido y comencé á beber alternativamente un vaso de aquí y un vaso de allá, bajo las miradas fijas é interrogantes de los dos comensales.

¿Pero cómo dar un juicio?

Estaba en realidad incierto. En mi interior daba siempre la palma al último. Me encontraba como un juez entre dos litigantes igualmente agudos y fecundos, que experimente un decidido gusto oyéndolos y les hace empezar de nuevo cien veces fingiendo no haberles oído.

Eran dos vinos soberbios, algo que abrasaba el estómago y marchaba hacia abajo, como se dice en el *Assommoir* hasta las piernas, arreglando por el camino todos los negocios del alma y del cuerpo.

Finalmente, á cierto punto, decidí... decidirme.

Pero era demasiado tarde. Habíanse consumido ya los elementos del juicio. Los dos litigantes exponían sus razones en mi interior, hablando los dos á una, de manera que no comprendía nada.

—Pero en suma—preguntó el agrónomo y cruzándose de brazos ante la mesa—¿qué es lo que piensa escribir?

Y no me hubiera librado, á no ser que por fortuna, mis dos comensales no hubiesen hecho tambien por su parte una série interminable de ensayos con el objeto de confirmarse más y más en su opinion.

Y lo disuadí tan bien de su empeño que empezó á saltar aquí y allá á la desbandada desde las últimas elecciones municipales hasta la máscara de hierro, y desde el actor Tosselli á un nuevo sistema de minas, hasta que fué á caer y á levantarse en una apasionada discusion acerca de un hombre célebre, cuyo nombre se recuerda á cada paso por aquella llanura y sobre aquellos montes, porque allí conquistó la gloria y fué maldecido y allí dejó de sí un concepto siempre disputado y todavía incierto: el mariscal Catinat.

*
*
*

—¡Un triste jefe, como los otros!—gritó, animándose, el profesor.

El no comprendía cómo hubiese podido adquirirse "un nombramiento" de hombre bueno y generoso un general que había permitido la destruccion de Cavour, que había dejado perpetrar el estrago de Val San Martín, donde tenía en su séquito un verdugo y dos esbirros, que había hecho amenazar á las mujeres valdenses "por haber molestado á los soldados con piedras" y que abusaba de la cuerda de tal modo que obligó á decir á los franceses que "ahorcaba demasiado." *¡Il pend trop!*

Y todo para hinchar al buen Catinat, al generoso Catinat, "grande, bueno, sencillo y humilde" como decía su embustero elogio fúnebre; "el sábio, el filósofo," *les talents du guerrier et les vertus du Sage*, añadía tambien Voltaire, en su descarado dístico de la *Henriada*.

Y era lo mejor, que había acabado por creerlo también él, á fuerza de esperar que, la humanidad con que había tratado á los valdenses le granjeara el amor de los hombres, y de decir que de nada estaba tan orgulloso como de las victorias de Marsaglia y de Staffarda.

¡Se necesitaba descaro! ¡Desgraciado!

¡Como si las más infaustas páginas de la historia subalpina, no llevasen grabado al frente su nombre infausto!

Oigamos que es lo que se tiene que alegar en contrario.

Y trasegaba un vaso de Campiglione para premiarse de su elocuencia.

En verdad tenía yo gran deseo, una verdadera necesidad de rebatir sus argumentos con el mismo ímpetu é igual voz; pero contesté con mucha mansedumbre, considerando que el sentimiento patriótico, cuando está vigorizado por un buen vino, ó mejor dicho, por dos buenos vinos, debe ser particularmente respetado.

No, resultamente, yo no pensaba como él, ni mucho menos.

Parecíame que podía decirse como Carutti:

—El valiente y buen Catinat.

Era preciso juzgarlo con relacion á su tiempo, como á todos los hombres.

Los estragos cometidos á nombre suyo, sería notoria injusticia achacárselos todos á él.

En cuantas ocasiones le fué posible los impidió, como en las provincias de Juliers y de Limburgo, no obstante las expresas y terminantes órdenes de Luvois.

Otras veces también, atrajo sobre sí la cólera del implacable ministro, por haber perdonado la vida, como hizo en Susa, á la vencida guarnición de la fortaleza.

Pero no *podía* impedirlo. Cuando bajó por primera vez á Italia, ménos que nunca.

Le amaban los ejércitos porque era afable con los soldados, porque socorría y consolaba á los enfermos y heridos, porque se privaba de lo necesario para ellos, porque en último resultado era bueno y justo.

Pero en el furor de los asaltos y de las victorias no le obedecían, se le escapaban y ni él ni otro hubieran tenido fuerza y medios para contenerlos.

Soldados salidos de la peor canalla de las grandes ciudades, embrutecidos por las guerras salvajes de ultra-alpes, indisciplinados por costumbre, en especial los que condujo al Piemonte, concedores de las órdenes de Luvois que quería guerra exter-

minadora; corrompidos, excitados á la indisciplina por las intrigas cortesanas de que eran testigos en el mismo campo de su general—intrigas urdidas en su daño, y para mayor desgracia del país que invadían,—¿cómo les hubieran obedecido cuando penetraban vencedores en una ciudad ó en un pueblo enemigo, después de combate feroz? ¿Y quién refrenaba los ejércitos de aquel siglo, los imperiales de Mantua en 1630, las tropas del Duque de Lorena en Francia durante la minoría de Luis XIV y los soldados de Wallenstein en su mismo país?

Por lo ménos, él daba á menudo terribles ejemplos: hacía colgar á los *maraudeurs*; era "sin piedad con los soldados sin piedad;" iba muchas veces disfrazado á interrogar á los campesinos, aun en país enemigo, para informarse si habían sufrido tropelías, y hacía justicia solemne.

Pero aquello que servía para tener sugetos á los soldados en el campamento, de nada aprovechaba una vez que se soltaban en la sangre y en la muerte y no había un solo oficial que pudiera contener á un soldado siquiera.

No, toda su vida le defendía de la acusación de barbarie: la modestia mostrada en todas ocasiones, el afecto que por él tuvieron Fenelon, Vauban, La Rochefoucauld, los hombres más ilustrados y

más eminentes de su tiempo; la soledad austera en que vivió en los últimos años en su tierra de Saint-Gratien, amado y respetado de sus trabajadores del campo; su cultura, su amor á la familia, su desinterés, la sencillez de su vida, todas las sentencias y palabras que de él se conservan, elevadas y nobles, con el sello de una inteligencia vasta y serena... No, no era un bárbaro.

Hubiera sido verdadera injusticia ponerle la marca de sangre sobre la frente.

Desanimado, indignado, algunas veces pudo no haber intentado impedir las atrocidades de su ejército para no salir desautorizado de una tentativa de represión impotente; pero siempre sintió horror en su corazón, y siempre los deploró con amargura, ó no se tiene derecho á juzgar la naturaleza humana.

¿No había escrito á Paris después de la batalla de Staffarda:—"Es preciso tener compasión de estos desgraciadísimos pueblos: ¿qué hacemos?"

Y todos saben lo que le respondieron.—"Quemar, quemar, quemar."—No, ¿qué queréis? Me es simpático.

También su figura, aquel ensortijado pelucon cayéndole sobre la coraza, aquella frente alta, aquellos ojos grandes y buenos, aquella boca filosófica, aquel

aire en que se reconoce algo de la ingenuidad del antiguo abogado que abandona la abogacía por haber perdido una causa que tenía por justa, me complace en extremo.

Nos hemos batido con él por espacio de veinte años, le hemos dado y se ha tomado, ha sido víctima de la injusticia en la vejez, ha soportado la adversidad con ánimo entero, tomaba en brazos los soldados que morían y murió despreciando los honores y la gloria.

¡Es tan bello ser justo con un enemigo!

—Está bien—concluyó mi agrónomo, moviendo la cabeza,—pero hizo mucho daño en el campo.

*
*
*

La conversacion de Catinat permitió que cerrara la noche. Cuando salimos, la roca de Cavour no era más que una mancha negra que se destacaba sobre un cielo de mal humor, contrastando siniestramente con la ciudad ya iluminada.

En la estacion del tranvía, donde esperaba el pequeño, tren no había más que una familia de campesinos, un nido de niños y niñas, cargados de bultos, que se instalaron en un coche de segunda clase, silenciosamente.

Una mujer de cabellos grises, que parecía la madre, lloraba.

Poco despues llegó corriendo un campesino de una cincuentena de años, seco y alto, una cara de hombre consumido por el trabajo; pero de vigorosa expresion. Subió al tren, dió una ojeada á la familia, y despues vino á apoyarse en la barandilla exterior frente á nosotros.

Nuestro agrónomo lo reconoció. Era un campesi-

no de la parte de Bagnolo, donde poseía un pequeño viñedo y un reducido prado, una casita y un poco de bosque.

—¿Dónde se vá compadre Drea, con toda la casa?—le preguntó mi compañero.

—Ehl ¡eh!—repuso él tranquilamente, cargando la pipa.—Vamos lejos.

Después añadió con un gesto vago:

—A América.

El agrónomo dió un salto.

—¿Se burla V?—le dijo.—¿Y la viña?

—Vendida.

—¿Está V. loco! ¿Cómo es posible? ¿Posee tierra que deja para ir á América?

—¿Qué queréis? Hace dos ó tres años que doy lo comido por lo ganado. No sale más que lo que entra. Es preciso que ponga remedio al mal ahora que todavía estoy á tiempo.

—Pero ¿cómo es eso, si las tierras de aquella parte son tan buenas?

—Buenas: bien está. Pero oiga un poco. Mi viña, para que rindiera, es preciso renovar las vides. Yo no tengo un cuarto. Y luego el sostenimiento de la familia: once bocas. Y ya vé usted.....

—Pero su familia trabajará, presumo.....

—¡Trabajará!..... Casi toda son mujeres. Y ya se sabe el trabajo que pueden hacer las mujeres. El niño mayor ha cumplido once años por la Virgen de Agosto.

—Pero las muchachas, ¿no ha pensado V. en mandar á servir á las muchachas? Esas bocas tendrían V. ménos,

—De ménos, es verdad: ya lo sabía. Lo he pensado. Pero vea V. lo que sucedió. La mayor no sabe hacer más que tres platos, y los señores no quedaban contentos. La segunda, prescindiendo de que no sabe de cocina, tiene un humor un poco..... duro, ¿sabe V.? su manera de hacer, que es el motivo por el cual no puede estar en ninguna parte más que tres ó cuatro días. La tercera, una semana después de marcharse, se vió atacada de *pecondria* y me la ví de pronto volver á casa como las otras.

—En resumen, me parece imposible que no tenga V. manera de buscársela sin ir á América. Un hombre á su edad, con toda esa familia..... Sepa V. que es negocio serio. Piénselo bien. Todavía está á tiempo para cambiar de idea.

—¡Cómo quiere que cambie de idea, santo Dios! si hubiera encontrado cuatro mil pesetas á rédito moderado, de modo que hubiera podido renovar las

cepas, y conservar el resto aquí, se comprende.
¿Pero dónde encontrar ese caballero?

Le preguntamos á qué punto de América iba, y contestó:

—A Buenos Aires.

Le preguntamos si sabía poco más ó ménos en qué parte del mundo se encontraba aquel pueblo.

—¿Qué quieren ustedes que sepa?—repuso.—Sé que está á treinta días de agua.

—¿Ha viajado V. por mar?

—No lo he visto nunca.

—¿Lleva V. cartas de recomendación?

—¿Qué cartas quieren ustedes que lleve?

—¿Conoce V. á alguien allí?

—A nadie.

—¿Y qué hará apénas llegue?

—Pues.....

Nos miramos. En rigor era cosa, como dicen los periódicos, de omitir comentarios.

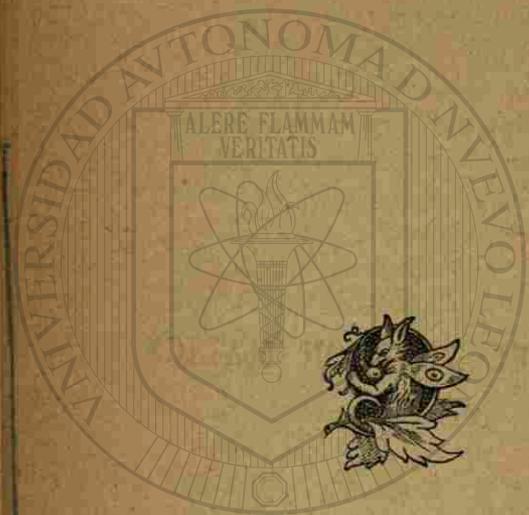
Fumaba tranquilamente su pipa, mirando el horizonte negro. Su familia estaba agazapada en el vagón, con los bultos sobre las rodillas, todos pensativos.

La madre tenía en brazos un niño de pocos meses y otro muchacho de un par de años dormía con la cabeza apoyada en sus piernas.

Probablemente mientras escribo estas palabras, están todos muertos de desmayo, con los ojos saltando de las órbitas, palidos como cadáveres, rodando dos ó tres días unos sobre otros en la suciedad, presas de la desesperación de la agonía, dentro de un camarote de tercera clase de un buque italiano, combatido como cascarrón de nuez por las ondas enormes del Atlántico, á dos mil millas de todo país habitado.

¡Oh! ¡Llegad salvos á la nueva tierra con aquellos dos niños sanos, pobre gente, y os acojan con caridad y encontréis en aquellas apartadas regiones, el pan y la paz que no pudisteis hallar en vuestra patria.





DESDE EL TORREON MALICY

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

DESDE EL TORREON MALICY



Es aquí por qué acabo el libro sobre el torreón Malicy.

El jardín de la villa Accussani cubre actualmente por completo el terraplén del antiguo torreón Malicy, donde existía una de las más grandes fundiciones de la Francia y el muro alto que lo sostiene es todavía el de la fortaleza de Luis XIV.

Al extremo de este muro existe una fachada de castillo, de la cual sobresale un balcón que dá sobre el campo.

Desde aquel balcón se distingue á la derecha, la embocadura del valle de Lémina, al frente la del valle de Chisone, más allá á la izquierda el del valle de Lucerna, del Pó y de la Varaita y dominando un semicírculo de colinas y de montes floridos, los

Alpes, dominados por el Monviso, el cual se nos aparece pequeño por virtud de la altura de los montes que le rodean.

Bajo el balcon, en la falda de la colina de San Mauricio, existen los poderes de dos hermanas gemelas, la muerte y la guerra: por una parte el cementerio, por otra la plaza de armas, y en medio, flanqueado por las últimas casas esparcidas de Pinero-lo, pasa el camino recto que conduce á Perosa y á Fenestrelle, atravesando la pintoresca aldea de la Abadía.

Más lejos se distingue San Segundo al pié de un monte y en la llanura la roca de Cavour.

Un paisaje vasto, variado, fresco, que sube transformándose gradualmente, desde el verde sonriente de los campos y jardines, á la majestad blanca y celeste de las más altas montañas de Italia.

Aquella incomparable belleza fué la que me hizo escribir.

No se creería; pero la bella naturaleza como las hermosas mujeres son las que hacen cometer las mayores majaderías.

Compuse casi todo mi libro sobre el torreón Malicy; por esto vengo aquí á terminarlo. No tengo yo la culpa; he sido obligado. Vayan á descargar sus puñetazos contra el torreón los críticos.

*
*
*

¡He pasado allí tan hermosas horas, solo y tranquilo, meditando trabajos que nunca llevaré á cabo y fabricándome quintas que jamás tendrán cimientos!

Verdad es que tambien allí algunas veces llegaba hasta mí, amarguras y enfados de todas clases, sellados y recomendados en pliegos de todas formas tamaños y colores.

Pero ¿qué quereis? No duran mucho. El viento se lleva juntas todas aquellas pequeñas cabezas multicolores de reyes, de emperadores de presidentes de república que después de haber dado unas cuantas vueltas por el aire, van á caer sobre los pámpanos de las viñas de abajo.

Y después tengo cosas mucho más importantes en qué pensar, durante toda la mañana, cuando llevo al balcon con el correo bajo el brazo.

¿Estará ó no estará el Monviso esta mañana? ¿Estará todo cubierto ó solamente coronado, ó tendrá la

espalda cubierta y la cabeza desnuda? ¿De qué humor se habrá levantado su majestad? ¿A qué hora podré ver el Cavour, el Frioland, el Servin y las otras canas excelencias? ¿Qué espectáculo tendremos hoy en la corte?

El balcon está cerrado por una puerta. A veces, al abrirla, abro la puerta del paraíso: es un inmenso resplandor de verde, de azul, de nieve, de sol y como el efecto de un prodigio que haya empujado los Alpes diez leguas hácia adelante.

Otras veces hay una especie de mal humor universal, una tristeza tan cerrada y negra, que abandono de pronto toda esperanza: no me atrevo siquiera á pedir el más pequeño favor.

Otras mañanas, por el contrario, hay un cambio de temple, un ir y venir de nubes, un incierto errar de copos blancos y de grandes velos grises rasgados, un hacer y deshacer inquieto y fatigoso, con el cual parece que la naturaleza responde á mis preguntas.

—No sé... Veremos... Estoy buscando... Ya ve usted que no estoy mano sobre mano... Vuelva otro día.

Pero yo permanezco allí para presenciar el ensayo con los codos apoyados en la barandilla de mi palco hasta la última escena del quinto acto, en que todo se ve claro y queda arreglado.

*
**

Bajo el balcon pasa un camino, flanqueado por débil tapia, que se bifurca en aquel punto: un ramal se dirige hácia el cementerio, el otro desciende, escondiéndose de pronto por la falda de la colina de San Mauricio, hasta llegar á Pinerolo. La embocadura forma como una terraza desde la que se distingue la llanura y la montaña.

Por esto pasan por allí al subir y al bajar casi todos los pineroleses peripatéticos que dan una vuelta por la colina durante la tarde.

También en aquellos tiempos en que existía la fortaleza, debía correr un camino por allí; ó al ménos, un simple sendero, un poco más alejado, pasco predilecto de los enamorados al aire libre que se complacían en agradables caminatas extramuros.

Aquí, por ejemplo, es para mí objeto del mayor recreo y diversion, en las largas horas en que permanezco al balcon ver venir hácia adelante á los jóvenes hermanos Bochiardi, Pablo y Antonino, cogidos

del brazo, los dos altos y hermosos, que se ocupan en concertar en voz baja el viaje desde Pinerolo al Cuerno de Oro, donde defendieron heroicamente la puerta de Adrianópolis contra el ejército del segundo Mahomed, y despues bajar lentamente, enterneciéndose, bajo la severa túnica de Dominicos y fantaseando tal vez sobre alguna nueva truanería de Zanni de Bérghamo, aquella cabeza ligera de Mateo Banello.

Y detrás de ellos, una amazona esbelta, elegante, valiente, la condesa Hortensia de Piosasco, todavía triunfante por haber salvado la ciudad del asalto nocturno de los soldados de Lesdiguières.

Y poco despues, la cabalgata pomposa del estado mayor del cardenal Richelieu, y una tropa de oficiales melencidos del directorio, ó una turba de italianos de todas provincias y nuestros buenos voluntarios de caballería del cincuenta y nueve, que pasaban declamando los versos de Berchet y de Gabriel Rosseti...

El último, es siempre el general Brignone, amarillo y encorvado con aquel aire de santurrón, que pasa solo, siempre solo, á pasos breves y cansados, meditando sobre sus batallas y sus desventuras.

*
*
*

Durante la mañana, sobre todo, hay siempre animacion en la llanura.

En la plaza de armas galopan rumorosamente, levantando chispas sus dorados cascos, escuadrones de lanceros mandados por oficiales de la escuela; colócanse—yo no sé dónde—pero me parece que junto al camposanto los trompetas de la guarnicion, que se ejercitan en destrozár los oídos y el alma, y desde el patio de un cuartel que distingo perfectamente, suben sonoras y distintas las voces de los soldados que responden á la lista en cien tonos, como parche de tambor herido por un niño.

En tanto, baja por el camino de Fenestrelle, gran campanilleo de esquilas, un ganado tras otro, torrentes enormes de lava que se precipitan en los fosos y parece que amenazan inundar la campiña. Descienden filas de carros cargados de grava del Malanaggio sobre las eras vecinas, baten el grano; el tranvía de Perosa llega arrojando penachos de humo; el Lémnia

murmura, y aquí y allá en medio de los campos, humean como hachas gigantes las chimeneas de las fábricas.

Alguna vez á aquella hora, por allí abajo, entre los árboles por el camino bajo del cementerio, un féretro seguido por mucha gente con los cirios encendidos; y entónces hace un contraste extrañamente dramático aquel lamentable murmullo de oraciones que quiere decir:—¡Todo ha terminado!—con aquellos relinchos violentos, con aquellas voces juveniles de oficiales, para los que la vida empieza:—¡Maaarchen!—gritos á los cuales responde la carrera de cien caballos desenfrenados.

*
*
*

Después vienen también las horas de silencio y de soledad.

Entónces mi espectáculo preferido es una casita rústica que hay allí cerca, habitada por una reducida familia: una anciana viuda, que hace la nata; un hijo suyo que trabaja de albañil; la mujer del hijo, que hace de ama y una niña, hija de la anciana.

Todo su capital consiste en un poco de prado y un par de vacas. Viven con nada y parecen contentos.

La esposa es una espórita, sacada niña de la maternidad y educada en la casa. El hijo se enamoró de ella. La adoran todos.

Es alegre, canta desde la mañana á la noche, trabajando siempre.

Yo tengo noticia de todas sus haciendas, y conozco perfectamente sus costumbres.

Cuando vuelve del trabajo, el hijo conduce las vacas al prado, y así por expansión abraza bien á la una, bien á la otra mientras están inclinadas pastando, acariciando amorosamente sus cabezas.

Al oscurecer, comen tranquilamente una menestra sentados delante del portal. Despues de la cena, los esposos dan un paseo de treinta pasos hasta la embocadura del camino, donde permanecen un poco de tiempo apoyados contra el muro, mirando al monte.

Vuelven á casa. Brilla una luz en una ventanilla durante un cuarto de hora, despues se apaga y todo se acabó.

Y así todos los días y todo el año. Y yo experimento un placer, una conmocion de niño en creerme un viejo millonario enfermo, que vá á llamar una tarde á aquella puerta con un oficio de la inclusa en la mano y entra en la casa, y oigo un grito de:—¡Padre mío!—y un estallido de llanto y el golpe de una caida y voces confusas de maravilla y gozo y el rumor de las alas de la paz que vuela de aquel nido para siempre.

*
*
*

Aquel profundo silencio de las mañanas, está interrumpido algunas veces por voces desusadas, conversaciones de un grupo de amigos, venidos de lejos, que discute acaloradamente para olvidar un almuerzo infeliz.

Y aquellas mañanas se esparcen por la campiña, como pajaracos exóticos traídos allí en una jaula, las frases más raras del mundo, palabras de una lengua misteriosa y siniestra que hacen correr el temblor por las fibras de los zarzales vecinos:

—...Pero aquella animacion *antropomorfa*, que se infiltra por todos los poros del mundo *rolesco*...

—¡No! Tu confundes con los pequeños *omoterios* que se encuentran en los internudos de las plantas *monóicas*...

—Dice que el alma del individuo entrando por obra del amor platónico en los órdenes *operativos*, participa de la *vida universal*, del *psico cósmico* y se confunde con el...

—Sabed que interesa interiormente la extremidad posterior de las tres *circunvoluciones témporo-esferoidales* y una parte de la porción posterior de la *circunvolución parietal inferior*...

Y es caso de reir entónces al ver el estupor profundo de las dos vacas de la lechería y el aire triste de incredulidad con que mueven la cabeza, como para decir con Manzoni:

—Negamos todo y no proponemos nada.

*
*
*

Ap enas hay un poco de sombra, se amontona all  todo el tropel de los niños de la vecindad.

Es otro espectáculo que no daría por muchas comedias en cinco actos. Por lo demás conozco ya perfectamente toda aquella tropa de rapazuelos.

Hay hermosos muchachos, crecidos y desarrollados al aire fuerte de San Mauricio, que llegan á grandes pasos, llevando   cuestras   sus hermanitos de un año. Otros, altos como la tierra, que llevan bufandas al cuello, con caritas como manzanas. Y despues, holgazanes de todas las medidas, de barrigas abultadas, verdaderas pieles de coliflor, minúsculos que apenas se sostienen, otros, regordetes, chup ndose el dedo gordo, con la gorra   un lado, un zapato solo, la chaquetilla toda ojos, los calzones rotos, las medias caidas y la camisa por fuera.

  Pobres madres!   Valiente canalla! Es preciso verlos como se revuelcan en el polvo y se sientan sobre las piedras y se estrujan contra el muro, todos

puestos en fila, con la cabeza inclinada hacia adelante, jugando á quién escupe más largo.

Y están allí media hora contratando el cambio de un boton, de un clavo, de una espina, de un trapo colorado produciendo un murmullo interminable por cada pájaro y cada perro que pasa, hasta que voces amenazadoras les llaman por sus nombres desde lejos.

Entonces se esparraman todos dando zancadas, excepto uno ó dos, las almas esforzadas de la compañía rebeldes á toda ley humana ó divina, los cuales permanecen apoyados sobre el muro en afectada actitud de desprecio, chupando las colillas de mis cigarros.

*
* *

Mas tarde pasan parejas de amantes rústicos: muchachas rollizas, con dos mechones de cabello: lustrosos pegados á las sienes y con una cinta de terciopelo negro al cuello; jóvenes con gorras de tela y pantalones á la francesa.

Cuando llegan allí, creen siempre encontrarse solos.

Muchas veces miran alrededor; pero ¡pobres jóvenes! jamás se acuerdan de mirar hacia arriba.

Pero despues de todo, ¿qué puede verse? Las cabezas se inclinan sobre los hombros, los brazos rodean el talle...

Y el fotógrafo, desde el balcon, cuenta los minutos, los segundos...

Alguna vez se comete una indiscrecion, y entonces las muchachas echan de repente la cabeza atrás y hacen retroceder los labios indiscretos con un golpe de abanico capaz de helar la sangre en las venas. Y los indiscretos se vengan, dando pellizcos capaces de fastimar á un rinoceronte.

Después se aquietan y se apoyan sobre el muro. Y allí hablan estensamente; la chica con los ojos bajos, dando vueltas entre los dedos al extremo de su delantal negro; él con los codos apoyados en actitud de adoración; y se adivina de la risa de uno y de las miradas de reproche y del rubor de la otra, las bromas verdes y los cumplidos impertinentes, con los cuales empiezan de nuevo los asaltos y los golpes de abanico... Hasta que la muchacha levanta los ojos al balcón, y entonces se quedan como dos estatuas de sal, en actitud tan digna de compasión, que me siento lleno de paternal piedad y entro rápidamente en mi habitación como un enorme autómatas de reloj.

*
* *

Pasan también parejas conyugales, burgueses, hermosas... Por mitad, se entiende. Estas, como todas, aman extraordinariamente las sombras del torreón Malicy.

Una señora dá cuatro pasos de polka; otra se separa del brazo del marido, para remedar el paso de una amiga muy gruesa.

Oigo fragmentos de disputa, contestaciones secas, de las que dan los lacayos á las señoras, y mascar el cigarro al acompañante.

—Te equivocas, te equivocas, te equivocas.

O bien:

—Esto no lo olvido ¿sabes? Ténlo muy presente.

Las parejas van un trecho separadas: uno á derecha y otro á izquierda del camino, murmurando y mirando á los dos lados opuestos con aire de estar mortalmente arrepentidos del sétimo Sacramento.

Después, de improviso, sintiendo pasos delante ó

detrás, se acercan otra vez, ó se hablan, sonriendo como buenos amigos, para salvar el decoro.

La señoras se detienen alguna vez para pasar un corchete que se desabrocha, ó atar una cinta que se desata, ó quitar una piedrecita que se introdujo en el zapato escotado.

Y tal vez aquella piedra era enviada por Dios.

Pero es triste cosa: siempre está el marido delante y son tan opacos los maridos!...

Pero no importa: me divierto. Con algun daño, es verdad; como aquella maldita tarde en que un buen mozo, atando por detrás el velo del sombrero de su mujer le estampó en la nuca un maldito beso, del que sentí entre cabeza y cuello el contra-golpe, como si me hubiera descargado nn pufictazo un boxeador inglés.

*
*
*

Pasan tambien solitarios, y no son estos por cierto, los que ménos me divierten. Ya me los sé casi todos de memoria.

Sé á qué hora precisa vendrá á despuntar tal ó cual otro: oficiales pensativos, empleados con licencia, convalecientes que verifican la ascension todos los días, por órden del médico; gentes acomodadas, anchas y lentas que suben tranquilamente, con las manos cruzadas á la espalda, mirando aquí y allá con vaga sonrisa, y yendo á buscar las piedrecitas para hacerlas rodar con el pié; y todas aquellas marcadísimas señales que dan las ciudades pequeñas despues de un día de tranquilo trabajo.

Hay un viejo sacerdote delgadito que pasa todas las tardes, á las ocho ménos cuarto, se encamina á la derecha por el camino del camposanto, vuelve á pasar bajo el balcon á las ocho y media, con el breviario abierto entre las manos, sin levantar los ojos nunca, sin cambiar de paso, sin detenerse

jamás un segundo; y dá aquel pasco, del mismo modo hace treinta años.

Un viejo y obeso señor pasa constantemente con el baston derecho sobre el brazo y el sombrero de paja colgado al baston.

Otro toma infaliblemente su polvo de rapé en el momento mismo en que pasa bajo un tilo que sombrea el camino.

Y yo me divierto en adivinar las demás costumbres de aquellos buenos señores, sus comidas regulares, sus horas de sueño sacramental, el odio profundo hácia ciertas salsas, ciertas costumbres extrañas é invencibles en punto á higiene, la faja de lana rodeando el talle, la pequeña cantina escogida para casos de enfermedad, y la pequeña farmacia casera, provista con tiempo y con gran cuidado.

Y asomando la cabeza dolorida y cansada de escribir todo el día, les sigo á todos hasta que desaparecen, con cierta sonrisa envidiosa...

*
*
*

Hácia la tarde pasan tambien soldados que ván á esparcirse por la campiña, casi siempre de dos en dos.

Oigo acentos napolitanos, sicilianos, toscanos, lombardos. Algunos cantan. Es un toscano que solfea:

Dove vai, dove vai, ricciolina

deliciosamente y muy bien acompañado por el acompasado movimiento de un soldado de infantería.

Hablan acerca de sus trabajos: la consigna, la reparacion de las prendas, el nuevo cuadro de horas.....

Algunas veces expresan sentimientos de admiracion por las señoras con las que se han cruzado poco ántes:

—¡Valiente moza!

—¡Monísima!

Pasan algunas veces solos, entreteniéndose en cojer las moras de los zarzales con complacencia glotona de niños. Corren tras las luciérnagas y se inclinan para registrar los hormigueros con las bayonetas.

Son capaces de perder una hora, buscando un pájaro del que oyen el canto dentro de un matorral ó entre las ramas de un árbol, chorreando de sudor á fuerza de dar vueltas, de acurrucarse y de retorcerse como una culebra.

Bajan hácia los campos, vuelven atrás con ramos de flores silvestres prendidas en los ojales, felices de poder dar cuatro pasos fuera de la caja, con el cinturón á la espalda y las manos en los bolsillos, aspirando el perfume de los prados y de las eras, donde han nacido y crecido.

Y algunos de ellos, se vuelven á mirar hácia arriba con una expresion de amistosa curiosidad que me compensa de un mes de quebraderos de cabeza.

*
*
*

A cierta hora disfruto otro espectáculo: veo subir por el camino del valle de Lemina grupos de viejos y viejas del vecino Asilo, vestidos de telas grises rayadas que vuelven de paseo.

¡Pobres viejos! Pasando bajo el balcon aquellos que pueden, levantan la cara; y entónces puedo decir también yo que "cuarenta siglos me contemplan."

Parece que vuelven de una batalla. Vienen primero los hombres con rostros de naranja secada sobre la chimenea, con cuerpos demacrados, nudosos como cañas; enanos torcidos que parecen salidos de debajo de una prensa, almas anchas que se caen por todas partes, figuras raras de que no se alcanza la fisonomía y que recuerdan los famosos *struldbruggs*, condenados á eterna decrepitud en el famoso libro de Gulliver; pasos que presentan juntos todos los saltos y ondulaciones de un mazo de muñecas en manos de un paráltico.

¡Cuán triste y maligna es la naturaleza al poner juntas de aquel modo la hilaridad y la compasión!

Vienen despues las pobres mujeres: cubos, pirámides equiláteras, escos, ochos, rostros velludos y súcios; entre los cuales tambien se reconocen ojos llenos de benevolencia y dulzura, que expresan todavía un amor alegre á la vida y prometen aun buenas acciones y pequeños sacrificios útiles para álguien.

Pero quien me dá qué pensar más que todos es un desgraciado todo roto, viejo como el primer topo, con una barba que parece un trapo sucio, una cara ridícula que debe ser el hazme reir de la compañía, que siempre está contando algo con voz de trombon desafinado, anécdotas verdes y cosas todas por el estilo, porque provoca alrededor risotadas fatigosas, nerviosas curvaduras, accesos de tos, millones de arrugas, una descomposicion, capaz de hacer mandar corriendo por el médico.

¿Qué diablos dice? Esta es una curiosidad que me atormenta. Debe contar todavía anécdotas lúbricas, aquel vegestorio, aventuras de 1820, quién sabe que bribonadas..... y que finezas.

Algunas palabras llegan hasta mí, pero su sentido se me escapa, y esto me desespera.

Pasan, á veces, grupos de colegiales con gorras galoneadas de oro, en dos filas, acompañados de los pasantes. Los primeros, pequeñitos, de ocho á diez años; los últimos, próximos á la quincena, dichosos de encontrarse en libertad y de aspirar el aire á sorbos como un vino generoso.

Pasan ensanchando y alargando las filas, volviendose á todos lados, hablando todos á un tiempo, con gradacion ascendente de fuerza vocal, desde las voces femeninas de las primeras letras, á los velados vozarrones del Instituto, hablando de tres en tres, de cuatro en cuatro, y sembrando por el camino reglas de gramática latina, enunciados de teorema, risas, nombres históricos, cálculos, todo confusamente, con aquella mímica encogida y angulosa de estudiantes, que tiene algo de la gesticulacion de las muñecas.

¡Ah! ¡Cuán lejano está aquel tiempo... que está tan cerca!

Encuentro, entre aquellas filas, cabezas salidas de mis antiguos compañeros de escuela; reconozco voces de hace veinticinco años, gestos que me recuerdan cosas distintas.

Pero no hay nada que fiar estando al balcon mientras pasan, porque puede darse el caso, como una tarde, que los primeros discutan acerca del mejor modo de cazar moscas, los del centro callen, y los últimos hablen, en alta voz y sin sospecha alguna, de lo que pende sin ser visto sobre sus cabezas; y aunque puede suceder que se oigan decir cosas agradables, se corre tambien el peligro de todo lo contrario.

Otra vez despues de media hora de silencio, oigo un murmullo de voces armoniosas, y veo á través de las ramas de los árboles una confusion multicolor de plumas, flores, sombrillas, velos; tres ó cuatro familias reunidas: muchachas de diez años, señoritas de veinte, señoras de treinta; la escala viviente del paraiso que sube hácia arriba.

Y forman un hermoso cuadro por algunos minutos todos aquellos rostros sonrosados sobre el fondo verde de las vides y de las acacias y las medias blancas sobre la yerba. Y un poco más acá los sombreritos rojos y sonrosados que se destacan sobre el azul de las montañas y tambien más cerca los ojos azules que brillan bajo las negras cejas.

Y á propósito, ¿cómo es la sangre de Pinerolo? No sabré qué decir.

Entre la sangre de Turín y la de Pinerolo, no hay más que una hora de ferro-carril.

Colorea un poco más los hombres y las mejillas...

En tanto, las señoras están allá abajo; la fatiga de la ascension, hace ondular los senos; el aire de los montes agita el cabello sobre las sienes y los brazos que se levantan, muestran los graciosos contornos de la piel blanca...

Pero esto es la vision de un momento. El murmullo armonioso se aleja, los velos y sombrillas se esconden entre los árboles, y no queda más que un poco de perfume en el aire y alguna huella de piecillos en el camino.

*
*
*

Pasan despues parejas de amigos, á mucha distancia unas de otras, lentamente, hablando fuerte, de manera que oigo las palabras antes de ver las caras, y recojo fragmentos de discursos curiosos, cortados despues de un golpe, y continuados luego en voz baja, cuando la pareja llega frente al observatorio.

—¡Comprendo!—dice una voz rimbombante que se acerca.—Me tienen sin cuidado trescientas cuarenta pesetas de riqueza móvil! Yo le demostraré.....

Aparecen: ya no oigo nada. Despues de cinco minutos, una voz lenta y tranquila que hace una biografía:

—En segundas nupcias con la señorita Glorocchi, hija del primer matrimonio del comendador Glorocchi que era jefe de division en 1860; de modo, que viene á ser cuñado de la condesa Vespretti, precisamente un año despues de separarse de su marido por el famoso escándalo con el capitán...

Despues viene un largo silencio, y tras éste, una voz estridente y apresurada:

—¡...Para decir calumnias y bribonadas...! Sí, bribones; que no son otra cosa. ¿Y con qué derecho? ¿Con qué pruebas? ¿Cómo tiene valor para acusar á los otros despues de aquella bribonada del setenta y siete? ¿Cómo no comprende que de un dia á otro...?

Despues, de repente, una voz gruesa y tranquila:

—...En un lío de papel ó bien en un envoltorio de tela, y lo pone á cocer. Pero sin agua, tenga cuidado. Debe cocer de cuatro á cinco horas á fuego lento, á causa de los vapores que se desprenden y que quedan allí encerrados. Y de esta manera lo comerá mejor de cuantos modos se han inventado, cuando se trata de comer ó de beber.....

Y todos se detienen un instante en el muro á admirar la puesta del sol.

Cuando toda la llanura está ya envuelta en la sombra azulada de la tarde, asoman todavía por el valle de Chisone, por el de Lucerna y del Pó, como por tres ventanas inmensas, caras coloreadas por luz ardiente que alumbran tres pedazos de campo, dorando las casas, bosques y torrentes.

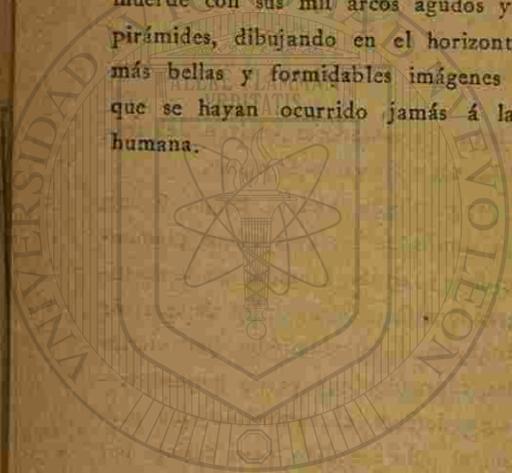
Los montes bajos están ya casi negros; los montes altos permanecen de azul profundo; las montañas más altas están todavía claras, de un azul limpio, unido y dulce, como las aguas de la gruta de Grapi; y adornados, por poniente, con manteletas de seda rosa, salpicada de pedrería y estrellas de oro.

Despues las manteletas caen, se estrechan, se reducen á un punto pequeño, no son más que un diamante y se desvanecen al fin.

Pero todavía permanece el Monvino bajo las caricias del sol.

Y el sol lo acaricia, lo lame, lo abandona.

Y entonces toda la enorme cadena negra se destaca violentamente en el cielo y lo pincha y lo muerde con sus mil arcos agudos y con sus mil pirámides, dibujando en el horizonte una de las más bellas y formidables imágenes de grandeza que se hayan ocurrido jamás á la imaginación humana.



*
*
*

A aquella hora, los labradores vuelven del trabajo y los muchachos y las vacas de pastar.

Por todas partes llegan alegres cantos á mis oídos; aquellos cantos de los campesinos piamonteses, tan extraños y tristes, cantados en voz altísima y con grande esfuerzo como para dejarse oír á grandes distancias é interrumpidos por ciertos gritos guturales, adornados con varios gorjeos violentos que hacen detener al campesino que pasa en silencio, con el oído ofendido, pero curioso por escuchar más.

Algunas voces suenan cerca de mí voces femeninas, llenas y poderosas, que me hacen imaginar grandes muchachas con la boca abierta y palpitante el seno. Otras más cercanas, cuyas palabras distingo, una voz trémula, una canción patética que comienza:

"América es grande é Italia pequeña"

y habla de un ramo de flores que será llevado á

través del Océano. Otras lejanísimas, voces anchas y dolientes semejantes á las cantinelas de los marineros, que se acercan, se alejan, están casi encima, y luego vuelven á sonar más léjos.

Y parece que todas aquellas voces se llaman y responden de una parte á otra del Lémina y desde la llanura á la colina. Gritos de amor engañado, suspiros de miseria sin esperanzas, *¡adiós!* á soldados que se alejan é imploraciones de socorro.

Cien voces, es decir, la gran voz difundida y cansada del campo que se lamenta de las fatigas mal compensadas, de las quintas, de la guerra, é invoca el sonido amigo que venga en su consuelo.

De repente, un viento impetuoso que baja de los Alpes dispersa todas aquellas voces.

Y entonces, delante de mí, empieza el gran movimiento de la muchedumbre verde, agitada por mil ideas y mil pasiones contrarias.

Es una confusion tempestuosa; disputas violentas de tilos que se insultan; negaciones rabiosas de árboles que gritan:

—¡No, no, jamás!

Actitudes convulsas y desesperadas de acacias aterrorizadas; ímpetus de furor de chopos que se encorvan para amenazar á los árboles débiles, que se achican y muerden el polvo.

Y pequeñas riñas feroces de arbustos que se odian, y más allá un eterno movimiento de cabeza de grandes árboles juiciosos que desapruaban tranquilamente toda aquella confusion.

Poco á poco todo se apacigua.

Despues, de repente, como si llegara una mala noticia, un estallido de ira y de dolor, un desencadenamiento de protestas é imprecaciones, una desesperacion, una rabia sin descanso, un tumulto de multitud amenazadora, la cual, sin embargo, poco á poco se cansa, baja los brazos y la voz, se deja casi persuadir, se apacigua con ciertas condiciones dando todavía señales de duda, con lijero murmullo de descontento, para no parecer demasiado fáciles de contentar...

Cuando hé aquí que llega un telegrama que lo desmiente todo... y entonces estalla formidablemente, para no aplacarse ni interrumpirse la revolucion social.

Entonces, solo en el balcon, en la oscuridad que sube, orcado por el viento, como sobre el puente de un navío, gozo de todo aquel fragor de huracán, lleno de gritos, silbidos, gemidos, palabras dolorosas, que suenan en mis oídos como susurros de espectros invisibles que pasan junto á mí al vuelo.

El fragor sube á oleadas; son hurras de Eugenio de Saboya que se lanza al asalto de Santa Brígida,

ahullidos de los prisioneros de Saint-Mars, azotados, llantos de niños astigianos, sepultados en las torres de los Acaia, estertores de cavorreses degollados sobre la roca.

Y después, tras breve murmullo sordo y comprimido, hé aquí á la marquesa de Spigno que estalla en sollozos, los valdenses cantando los salmos de la victoria sobre las cimas de Angrogna, los cañones de Veraita tronando, los emigrados que mandan el último adiós á la patria, treinta mil gritos de alegría que saludan al vencedor de San Quintin.

Todo el pasado se levanta y me habla, todos aquellos benditos dolores, todas aquellas santas alegrías, todas aquellas grandes historias de sangre, de fuego, y de llanto, á las cuales debo mi satisfacción de aquel momento.

La satisfacción de un italiano libre que contempla los confines de su patria libertada, al declinar de un día de trabajo, en el cual, escribiendo, recibiendo saludos de amigos lejanos, recorriendo periódicos y libros de todas las provincias, ha visto un poco de todas con el pensamiento y con el corazón y ha sentido sobre su frente el álito caliente de la madre común.

En tanto ha cerrado la noche.

Las ventanas de las fábricas y de los cuarteles están

todas alumbradas, allá en la llanura y aquí y allá por los campos y sobre las colinas, brillan algunas luces como ojos inflamados batiendo los párpados á punto de rendirse al sueño.

Entónces, en aquella oscuridad cerrada en que desaparecen las faldas de los montes, parece que toda la vastísima campiña suba y se convierta en falda de los Alpes.

Y los Alpes, negros, aparecen inmensos sobre el cielo gris como ondas de un mar prodigioso que se ha levantado para sumergir al mundo y queda un momento allá arriba amenazando.

Aquellos son los momentos en que me siento más encadenado admirándolos, porque no hay nada sobre la tierra que distraiga de ellos la mirada y el pensamiento.

Y los miro, los adoro, los llamo madres de los soldados de hierro y fuentes eternas de poesía y de salud, terribles, bellísimas y buenas, nuestro orgullo, nuestro amor y nuestra fuerza.

Y allí estaría sabe Dios cuánto tiempo hablando con ellos si á cierto momento no sintiese cuatro pequeñas manos sobre los hombros, y dos voces ligeras en los oídos que me preguntan:

—Y bien ¿qué haces ahí? ¿En qué piensas?

—¡En qué pienso! ¿Cómo os lo podré decir?

Pienso en estas montañas que han visto tantas cosas, en este ángulo de Italia, donde tanto se ha sufrido y combatido y que quisiera hacer conocer y amar por todos y que un día pudierais ser llamados á defender también vosotros, queridos niños.

Vosotros no comprendéis todavía estas cosas; pero yo escribiré un libro en el cual estará todo para que lo leáis despues durante muchos años, frente á los Alpes, y lo titularé: A LAS PUERTAS DE ITALIA.

Y experimento entónces un gran placer oyendo gritar aquellas cuatro palabras de voces infantiles con acento en que se siente casi el primer temblor inconsciente del más grande de los afectos; y me imagino toda su generacion que lo repite en coro á una voz, en días de peligro: millones de voces confundidas en un grito amoroso y tremendo que pasa sobre la pátria como el grito precursor de la victoria.



ÍNDICE

	Páginas.
Las Termópilas Valdenses.....	1
La Marquesa de Spigno.....	81
La roca de Cavour.....	123
Desde el torreón Malicy.....	203

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Pienso en estas montañas que han visto tantas cosas, en este ángulo de Italia, donde tanto se ha sufrido y combatido y que quisiera hacer conocer y amar por todos y que un día pudierais ser llamados á defender también vosotros, queridos niños.

Vosotros no comprendéis todavía estas cosas; pero yo escribiré un libro en el cual estará todo para que lo leáis despues durante muchos años, frente á los Alpes, y lo titularé: A LAS PUERTAS DE ITALIA.

Y experimento entónces un gran placer oyendo gritar aquellas cuatro palabras de voces infantiles con acento en que se siente casi el primer temblor inconsciente del más grande de los afectos; y me imagino toda su generacion que lo repite en coro á una voz, en días de peligro: millones de voces confundidas en un grito amoroso y tremendo que pasa sobre la pátria como el grito precursor de la victoria.



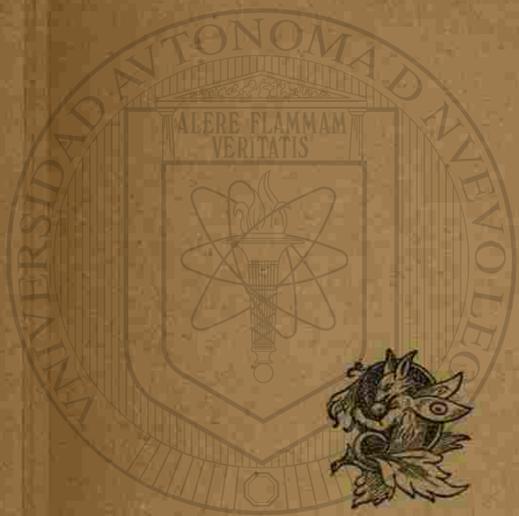
ÍNDICE

	Páginas.
Las Termópilas Valdenses.....	1
La Marquesa de Spigno.....	81
La roca de Cavour.....	123
Desde el torreón Malicy.....	203

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



